

José Luis Sánchez Escribano

Abuela es más que madre



Abuela es más que madre

No podemos seguir al viento.

Sólo podemos ajustar las velas.

A Nervo.

Abuela es más que madre. Esa es la pura verdad.

Pero, curiosamente, ser bisabuela debería serlo más aún y mi impresión es que no lo es tanto como abuela.

Existe una especie de ligazón de las madres con las hijas con respecto al tener hijos, de ahí que ya desde el embarazo de la hija la madre sienta con ella todos sus efectos, pues ella ya pasó por ello antes.

Y más tarde, con respecto al cuidado y educación de los bebés, de los hijos, pues ocurre igual.

Estas son las conclusiones a las que llega el autor después de muchas horas de charla con su madre sobre los aconteceres de su vida.



José Luís Sánchez Escribano

Primera edición: marzo de 2002

Diseño y ©: www.joelius.com

© José Luís Sánchez Escribano

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual con el nº 103794, 14/03/2002

Prólogo

La historia de la abuela es real, es la vida de una persona unida a las circunstancias que la rodean y modelan. Por tanto, todos los personajes que en ella aparecen existen o han existido y todos los hechos que se relatan han ocurrido realmente.

Únicamente me he tomado la libertad de cambiar los nombres a las personas y lugares que en ella aparecen para preservar la intimidad de aquellos que no quisieran ver retazos de su vida narrados en relación con otros, ya que no por los protagonistas de éste relato que no tienen inconveniente en que se conozcan sus dichas y desdichas por si con ello se contribuye en algo a que la humanidad vaya avanzando, valga la redundancia, hacia un modelo más humano.

Por otra parte, esta vida, esta historia, es igual a la de otros muchos seres anónimos que no han tenido la oportunidad de que nadie narre su paso por este mundo. Seguro que muchos se sentirán identificados o conocerán de cerca muchos de los acontecimientos, u otros parecidos, que se dan en estas páginas pues, desgraciadamente, el mundo está lleno de historias difíciles, de carencias y desigualdades, de dramas humanos y es que, según dicen, desde que Caín mató a Abel, la historia del hombre está llena odios, rencores y envidias, de guerras inútiles, de enfrentamientos que no conducen a nada pues, al final, todos calvos y bajo el polvo.

No quiero terminar esta breve introducción dando la sensación de pesimismo hacia la vida, no, pues al margen de que soy optimista por naturaleza, en esta historia también hay amor, mucho amor, ayuda, hermanamiento, amistad, buena gente y buenas relaciones ya que, como no puede ser de otra manera, de todo hay en la viña del señor. Y esta historia, dentro de sus momentos muy tristes, también tiene sus buenos momentos, sus alegrías.

En fin, una historia más, con momentos desgraciados y felices (siempre las luces y las sombras) pero, en todo caso, una suma de “vivencias” que es lo que hace una vida. Espero que disfruten con la lectura del libro que tienen en sus manos, tanto como yo he disfrutado con el privilegio de dar vida a sus letras, palabras, frases y párrafos que lo hacen entendible. *El Autor.*

I

Y ahora amigos, recibamos con un cálido aplauso a doña Ana Rosa Molina.

- plas, plas, plas, ...

Doña Ana Rosa: como Presidente de ésta Institución, que es de todos, me honra presidir el homenaje que hoy le dedicamos y hacerle entrega del galardón que le es otorgado con motivo del Día Internacional de la Mujer Trabajadora y por el que sus convecinos representados por el Ayuntamiento en pleno y aquí, por su Alcalde, le hacen merecedora del reconocimiento de su trabajo y entrega a su familia y a la comunidad, a lo largo de toda su vida. Reciba mis más sinceras felicitaciones y mi deseo de que podamos tenerla entre nosotros por muchos años más para ejemplo y orgullo de todos.

- plas, plas, plas, ...

Amigos, vecinos: Esta mujer, al igual que las que hoy reciben nuestro homenaje de reconocimiento y que queremos extenderlo a otras muchas mujeres anónimas que han realizado parecidas tareas para la sociedad, esta mujer, decía, es ejemplo de toda una vida de sacrificio, trabajo y entrega con las únicas alegrías de ver cómo sus hijos y sus nietos, van recogiendo el fruto de lo que ella sembró y cultivó a lo largo de sus vidas, vidas que ella dio y que hoy podemos verlas situándose como miembros activos e impulsores de una sociedad más justa e igualitaria. Ella no tuvo esa suerte. Ella tuvo que trabajar y luchar toda su vida, en precarias condiciones, para sacar adelante una familia. ¿Qué digo una? Muchas familias: la suya propia, la formada con sus padres y hermanos y las que la rodean, las de sus propios hijos.

Ahora, en la tranquilidad de su cansancio y retiro, puede ver como todo por lo que luchó, como persona y mujer, tiene, además de vida propia, mejores condiciones y más oportunidades y recursos que los que ella tuvo a su alcance en sus mejores años.

Doña Ana Rosa, muchas gracias por todo lo que nos ha dado.

- plas, plas, plas,...

Como no podía ser de otro modo, era un político el que aprovechando el acto, se extendía en su discurso halagador y captador de posibles votantes pero, en éste caso, lo que decía era totalmente acertado y de ello podían dar fe los muchos hermanos, hijos, nietos y demás familiares y amigos que asistían al acto expectantes, y también los no presentes, que sabían de la vida de la abuela, que así es como la conocía ya casi todo el mundo.

Porque la abuela Ana Rosa, nació en el medio rural de un pequeño pueblo de la blanca Andalucía allá por los años 20, años de guerra reciente y, por tanto, de miseria, de hambre, de sufrimientos y no tardando mucho, pues ella no habría cumplido los 14, nueva guerra, ésta vez civil, entre hermanos, entre vecinos, entre bárbaros,...

Sus años de niña, de joven, de mozuela, los pasó entre éstos horrores. Y ya mujer, siguió sufriendo sus efectos pues el bando vencedor sometió al pueblo a una dura prueba de trabajo y falta de libertades. Y como había que recuperar la mano de obra perdida en las guerras por desaparición, muerte o exilio, se obligó a las mujeres y a las familias, a cargarse de hijos mediante incentivos económicos, la prohibición o desinformación sobre los métodos de control de la natalidad y el azote eclesiástico con su machacón *pecado, pecado y niños los que Dios mande*. Así se cargó ella con 15 hijos de los cuales dos fallecieron y, lo que son las cosas, daría su vida porque cualquiera de los dos, a no ser posible los dos, vivieran hoy. El dolor de una madre cuando pierde un hijo es infinito. No tiene medida.

Porque una mujer, sobre todo si nació a la vida antes de mediados del siglo XX y en lugares como el que le tocó en suerte a la abuela (y luego dicen algunos que no es importante la cuna dónde naces), siempre es madre. Las nacidas después también llegan a ser madres, claro, pero al considerar los cambios producidos en la sociedad en el último cuarto del siglo, se comprende que las mujeres de éstas generaciones tienen, además, otras funciones y cometidos en la vida y otra forma de llevarlas a cabo. Pero antes no era sí en ésta parte del mundo. Antes la mujer era sólo madre: para con sus hermanos, madre de sus hijos y madre adjunta para con sus nietos y bisnietos. Así ha sido para la

mujer de nuestro relato pues hasta para algunos allegados a la familia ha sido, en alguna forma, madre.

Y no podía ser de otra manera. De niña y joven, tuvo que cargar con su condición de mujer y ayudar a su madre en las tareas del hogar al igual que su madre hiciera con su abuela y así nos perderíamos en la noche de los tiempos: hijas ayudan a madre hasta que éstas tienen sus propios hijos para ayudar a éstos y a sus proles hasta el final de su vida. En su casa materna lavó la ropa, incluso la íntima de sus hermanos y cuidó y aseó a éstos cuando pequeños, además de realizar las faenas del hogar. Eso sí, también iba a trabajar al campo cuando era tiempo de siembra o recogida de cosechas, por lo que los trabajos hogareños eran un extra, extra que no tenían los hombres. La salida: casarse siendo joven todavía, con lo que enseguida llegaron los hijos, uno tras otro, sin tomarse ni un año sabático, ni unas cortas vacaciones en su función de productora de savia joven. Así llegó hasta los 15 hijos donde la naturaleza o el agotamiento pusieron fin a su carrera reproductora. Pero no quedó ahí la cosa, no, puesto que con los últimos hijos empezaron a hacer su aparición los nietos. Quizá es que las cosas son así que la madre, en un determinado momento, traspasa la función de parir a las hijas. ¡Quizá! Los nietos le empezaron a caer a razón de uno o dos al año, aunque hubo años en que le cayeron hasta cuatro, llegando en número hasta cerca de los cuarenta. ¡Bendito regalo! Pero la vida sigue su curso y sin haber terminado la *producción* de nuevos nietos, hicieron su aparición los bisnietos, ésa tercera generación de hijos que algunas madres tienen el privilegio de vivir.

Lo dicho, madre en sesión continua toda su vida.

Esa es la vida de la mujer, al menos de ésta mujer que como hermana, madre, abuela y bisabuela, no ha hecho otra cosa que lavar culos, planchar ropa, coser botones, cocinar hasta el desmayo, quitar mierda de la casa un día y otro y otro, y es que en éste *oficio* no se entienda de descansos y menos de vacaciones. El oficio de mujer y madre lo es las 24 horas del día, todos los días del año. Su cuerpo y sus fuerzas se van exprimiendo poco a poco durante toda su vida, al servicio de su familia: desde sus tetas de las que extraen sus hijos el jugo de la vida hasta sus manos y brazos que sirven de comfortable y suave cuna donde se duermen

dichosos todos los hijos, manos y brazos que no descansan después en otros quehaceres más duros y así, poco a poco, van perdiendo la fuerza y belleza juveniles para ir llenándose de arrugas y dolor.

Este cuerpo de mujer, de madre, que en otros tiempos fue distinguido, atractivo y fuerte, va consumiéndose poco a poco o, mejor dicho, va dándose poco a poco a los demás, a su familia, de tal forma, que mientras éstos crecen y muestran la lozanía de la vida, en ella se deja ver la huella de su entrega a los demás. La huella de ser madre desde siempre y para siempre.

Pero creo que lo mejor es dar la palabra a los protagonistas, en especial a ella, a la abuela, para que de forma directa nos hagan llegar los ecos de un pasado tan reciente y actual, que a veces parece que seguimos inmersos en él. Situémonos, pues, en un día cualquiera en la casa de la abuela.

- Abuela: nos darás una fiesta en tu cumpleaños ¿no? ¡Uy! pero ¡qué guapa y jovencita estás!, le dijo frescamente una de sus nietas entre abrazos y el barullo que siempre había en la casa. (Las nietas y nietos en éstos finales de siglo son de lo más desvergonzados, cosa que por otra parte no está mal, dentro de un cierto orden).
- Sí hija, una jovencita, respondió paciente la abuela. Pues no queda lejos... ¡Si ni siquiera me acuerdo del día que nací!
- ¿Qué no te acuerdas? ¿Pero no habías nacido el 26 de ..?
- ¡Yo que sé! A ver, espera que me acuerde. Yo nací el... bueno, mira, mejor toma mi carnet y lo miras, anda.
- ¿Pero de verdad que no sabes cuándo naciste, abuela?
- ¡Yo que voy a saber!
- A ver. Aquí dice que naciste el 17 de noviembre de 1922 ¡Hala!, así que tienes... 78 años. ¡Yo creí que no eras tan vieja!
- Pues ya ves, hija. Ya soy un poco mayorcita. ¿Qué creías, que era una niña?
- ¡No, no! pero no pensé que estuvieras casi en los 80. Yo pensé que tendrías... pues eso, setenta y tantos, je, je, je.

- Ja, ja., pero que guasona eres. Anda ven y cuéntame de tus cosas y vamos a dejar lo del cumpleaños, que a estas alturas ya no sabe una si eso de cumplir años es bueno o malo.
- No abuela, mejor cuéntame tú a mí cosas de antes. ¡Anda, cuenta, cuenta, abuela!
- Y ¿qué te voy a contar? Bueno, pues eso, que soy ya una viejecita de 78 años, que me case a los 24 años y ...
- .. y que has tenido 15 hijos y muchos nietos ¡eso ya lo sé abuela!
- Espera, demonio, déjame ir poco a poco. Verás, si, me casé a los 24 y he tenido tiempo de tener quince hijos y muchos nietos y bisnietos, pero también que ya llevo 21 años viuda cargando con hijos, trabajo, casa, ... Tú no lo recuerdas, pero tu abuelo murió en el año 79 dejándome con cuatro hijos pequeños, así que estuve casada, pues, ...
- ¡33 años, abuela!

Sí, eso es. Y no he dejado yo nada atrás en todo éste tiempo, hija. Porque, fíjate, ya casi no me acuerdo ni de cuando nos casamos.

Bueno, si, recuerdo que lo celebramos en el molino que era la casa de mis padres y allí seguí viviendo con tu abuelo en una habitación que tenía una puerta que daba al patio de la casa vecina, la de mi chacho, un año o así, pues allí nació la tita Andrea.

Poco después de nacer tu tía, nos fuimos a la casa del campo que tú conoces y que la estuvimos haciendo mientras vivíamos en casa de mis padres. Aunque en los primeros tiempos de vivir ya en mi casa, teníamos que ir el abuelo y yo todos los días al molino a lavar la ropa y a por cosas, porque apenas teníamos apaños para nada.

- Pero abuela, ¿cómo ibais todos los días? Si entonces no tendría coche el abuelo...
- ¿Coche? ja, ja, ja. ¡Qué ocurrencia, hija! Entonces tu abuelo no tenía ni moto, ni nada. Al principio íbamos andando, claro, hasta que tu abuelo consiguió una bicicleta vieja y en ella llevaba la ropa y las cosas y yo me iba andando detrás de él.

- ¿Andando?
- Sí hija, sí. Andando íbamos casi todos los días al molino. La verdad es que tu abuelo se iba a trabajar por la mañana y se llevaba las cosas que había que llevar y yo, para no quedarme sola, me iba detrás y allí echaba casi todo el día, con mi niña y arreglando mi ropa.
- Y cuando estabais recién casados ¿no hacías nada?, quiero decir, ¿sólo hacer la casa nueva?, porque ¡anda que tardar un año para hacerla!

No mujer. La casa se hizo poco a poco. Recién casados, nos fuimos a la campiña dónde mi padre tenía unas tierras sembradas de maíces, a guardar el maizal porque en aquellos tiempos si dejabas la cosecha sola, desaparecía. Había hambre, hija, y el que no tenía nada pues lo tomaba de donde fuera. Y allí estuvimos todo el verano, guardando el maizal y en la recolección.

- O sea abuela, que las vacaciones estuvisteis guardando maíces. ¡Pues vaya vacaciones y viaje de novios!

Sí, ja, ja, ja. Cuando fuimos ya llevábamos a Andrea ¿o no? No, que va, que fue mucho antes de que naciera tu tía. ¿De vacaciones dices? Eso de las vacaciones casi no se conocía antes, querida. Al menos en el ambiente rural, en el campo. Allí es trabajar cuando la cosecha o el tiempo lo requiere y el tiempo atmosférico acompaña. Sólo se descansa, relativamente, cuando hace mal tiempo. Vamos eso era antes, que ahora tampoco es así. Ahora el trabajo en el campo ha cambiado mucho. Así que ...

Después del verano, cuando terminamos en el maizal, tu abuelo se fue a trabajar con tu bisabuela Rosa pues como él era el mayor de sus hijos y ella era viuda, él llevaba un poco la casa de su madre: iba y venía, hacia tratos, compraba lo necesario o vendía las cosechas, en fin, siempre de un sitio para otro. En ése trajín que tenía tu abuelo por trabajo, ya que por entonces llevaba la aceituna de la finca de su madre a una almazara del pueblo vecino de las Torres y fue allí dónde me llevó, subidos en un camión cargado de aceituna y sentada encima de él porque no había sitio, no por otra cosa, de viaje de novios. Dormimos una noche en una fonda, dimos un paseo y al día siguiente de vuelta a casa. Ese fue todo mi viaje de novios.

- ¿Y no fuisteis por ahí a la playa o algo así?

- Que no, hija, que entonces las bodas eran otra cosa de cómo tú las conoces. Hoy las bodas son todo parafernalia, celebraciones, viajes,... pero entonces te casabas cuando llegaba la hora y se celebraba en casa, como mucho, con una comida para los familiares y amigos y se acabó. Pocos eran los que disfrutaban de un viajecito de novios. Así que un día al pueblo vecino a dormir en una fonda y ya está el matrimonio funcionando, como si tal cosa. Y otra vez a trabajar, que no se puede perder el tiempo.
- ¡Qué romántico! Dormir en una fonda y ya está. Bueno yo me voy abuela. Luego me cuentas más cosas ¿vale?
- Sí hija, sí. Hasta luego diablillo.

Esta charla, como tantas otras que tenía la abuela con sus muchos hijos o nietos, era lo que llenaban ya la vida de la abuela. Amén de seguir preocupándose de lo que hacían unos y otros, pues ella parecía que era el centro de toda la familia y la casa de la abuela, la casa de todos. Así que allí aterrizaban todos, ya para interesarse por su salud, ya para informarle de algo, ya para pedirle ayuda y, algunos, para que le contara historias como hacía la pequeña Mari, una de las muchas nietas que tenía. Y ella le contaba sus cosas, sí, aunque ya un poco a trompicones, un poco sin orden, ya que cuando las personas se hacen mayores quieren transmitir todas sus experiencias para que no se pierda el hilo de la continuidad, aunque las cuentan según el orden en el que afloran en su memoria.

Porque los abuelos, casi todos los abuelos, son unos incomprendidos cuenta cuentos. Pero por alguna razón, ya sea por la fuerza de la naturaleza, o por la lucha por la preservación de las especies o, tal vez, la intencionalidad de mejora que buscamos para los nuestros a través de la corrección de errores, de nuestros errores, toda persona mayor tenga la necesidad de contar “su mundo” como lo ve o lo ha vivido y todo joven quiera escuchar cómo han sido las cosas para, en su caso, superar a sus mayores.

De ahí que la abuela tuviera como oficio el recordar y, sobre todo, transmitir sus vivencias a las generaciones propias que la seguían en su transitar por la vida, por si con ello pudiera ayudarles de algún modo. Digno oficio el de ser abuelo.

II

Lo cierto y verdad es que ser “la abuela”, así, sin otro adjetivo, nombre ú dato profesional, es todo un detalle y reconocimiento a una persona que ha dedicado su vida a tener y cuidar hijos, incluidos los hijos de sus hijos. Y seguro que los hijos de algún que otro allegado también habrán recibido los cuidados de la abuela, no cabe duda. Y en esas sigue y seguirá.

- ¡Aquí estoy, abuela! ¿Qué me vas a contar hoy?, como casi siempre su inquieta nieta volvía a la carga con sus preguntas hechas a modo de saludo.
- ¿Porqué no me cuentas tú algo de ti, que nunca me quieres contar nada? le contestó la abuela.
- ¡Porque yo no tengo nada que contarte! ¡Anda, abuela, cuéntame cosas!
- ¡Vale hija! Veamos que te puedo contar hoy.
- Lo que hacías tú y el abuelo en el campo, por ejemplo, a qué se dedicaba, ¡cosas! abuela.

Pues, comenzó la abuela, tienes que saber que tu abuelo nunca o casi nunca tuvo, digamos, un trabajo normal cobrando un jornal y eso. Sólo cuando estuvo con mi padre, con tu bisabuelo, que fueron poco más de dos años, cobraba un sueldo y el tiempo que estuvo de guarda en el molino de los Rojas, porque él siempre trabajó en la finca de la abuela Rosa. Y con mi padre estuvo poco tiempo porque se peleó con mi hermano Lolo y lo dejó.

Que eso es otro hecho curioso, verás. Mi hermano Lolo era un bruto, “un agonías” con el trabajo, ya ves cómo sería que le llamaban “*aramundos*” porque quería hacer más que nadie. Y tu abuelo era más tranquilo y además sabía hacer el trabajo, que en el trabajo no sólo vale la fuerza y el esfuerzo, sino saber hacer. Y tu abuelo, en verdad, sabía hacer todos los trabajos. Trabajar, trabajaba poco o más lentamente, menos a lo bestia porque tenía un hueso del brazo fuera de su sitio y le molestaba, pero le cundía y sacaba más partido que los que más se esforzaban. Así es que mi hermano Lolo estaba sobre él a ver si le cogía en un fallo, siempre con la “costilla” montaba: se fueron a cavar olivos y Lolo, a la que saltaba; se fueron a otro trabajo y mi hermano, lo

mismo, a ver si se lo podía cargar, a ver si podía ganarle y fue en la siega cuando se lo cargó y allí fue la pelea que si el manigero no interviene se pegan y todo.

- ¿Qué es el manigero, abuela?
- El manigero es la persona que está a cargo del personal y de las labores en el campo. El que dirige la cuadrilla, vamos. Mi padre tenía un hombre mayor que era muy respetado que le llamábamos el de la manta, porque siempre iba con su hatillo a donde tuviera que ir. Después, cuando el pobre hombre ya no podía más, de mayor que era, entró otro que se llamaba... ¿ay, cómo se llamaba?.. sí, un tal Jiménez, creo que era.

Te decía, siguió la abuela, que cuando el abuelo discutió con mi hermano pues se vino a la casa y entonces le pidió a tu bisabuelo que le dejara una bicicleta que era, que había sido, de mi hermano Quico, el que murió joven y así poner él un negocio de vendedor ambulante, que antes había muchos así. Si se la hubiera dado pues no habríamos pasado tantas penurias como hemos pasado tu abuelo y yo, y tu madre, y tus tíos,... Pero no se la quiso dar.

- ¡Por una bicicleta! ¿No le quisieron dar una bicicleta? Pero abuela ¿y por qué no la comprasteis?
- ¡Porque no teníamos dinero hija! Ni para una bicicleta, ni para una burra, ni para nada. Y eso era lo que tu abuelo quería. Una bicicleta para irse a vender productos por ahí. Porque entonces los llamados recoveros eran personas que, bien en bicicleta, en mula o burro, iban de casa en casa vendiendo su mercancía y recogían a cambio como pago, lo que les dieran: huevos, gallinas, cabritos, en fin lo que fuera. Y ellos vendían sus telas o cacharros que hacían falta en la casa. Eso era lo que quería hacer tu abuelo. Pero ya ves, no le dieron la bicicleta, aunque sí se la dieron al manigero. ¡Qué cosas tiene la vida! ¿Verdad hija?

Así que se fue a trabajar a casa de tu bisabuela Rosa y allí, con el tiempo, se apañó una bicicleta vieja que era con la que íbamos luego a mi casa a lavar, él cargando en su bici las cosas y yo con mi niña a cuestas.

- ¿Y por qué no lavabas en tu casa, abuela? En la pila que hay en el campo y con el agua del pozo, y así no te tenías que dar la caminata todos los días.

Ya ves, hija, pero es que yo estaba acostumbrada a hacerlo en una pila como Dios manda y en aquel entonces, todavía, no tenía yo pila en el campo, así que no me acostumbraba. Además, el pozo tampoco estaba hecho todavía, el pozo que tú conoces, bueno el que tú conoces no, el otro el que está hacia la alameda que es el que había entonces, se hizo al año y medio o dos de estar viviendo allí. Es que no había forma de encontrar agua allí y se hicieron pruebas en varios sitios y nada, hasta que cerca de la alameda encontramos un poco de agua, que no mucha. Entonces sí, entonces ya empecé yo a lavar mi ropa allí llevándome el agua con cubos, aunque a veces me iba a lavarla a la casa de la Sorda, la que vive cerca de la carretera, porque el pozo que había en su casa tenía bastante agua y además un pilón muy apañado para lavar. Así que allí lavaba y muchas veces hasta tendía la ropa al sol y cuando me volvía a mi casa llevaba yo la ropa ya casi seca o seca.

Así era mi vida, hija, y la de la mayoría de la gente de entonces. No había las comodidades de ahora. Por aquel entonces...

- Abuela y con tus hermanos ¿cómo te llevabas?
- Pues como vosotros ahora, ja, ja, ja. Eso no cambia mucho con los tiempos. Siempre hay algunos enfados y cosas de esas, pero vamos, no nos hemos llevado tan mal. Recuerdo que cuando nació el tito Marcos yo ya me había peleado con mi hermana Rafi y ...
- ¿Qué le cuentas a ésta guapa mocosa? ¿No estarás cansando a la abuela? Dijo su hijo Marcos que entraba en ese momento en la casa.
- ¡Que no, tito! ¡Pero si a la abuela le gusta! ¿a que sí abuela?
- ¡Déjala, hijo!, que así me entretiene. Además, ya ves, quiere que le cuente mi vida. Pero ¿si no la sé ni yo? Anda, cuéntale tú algo que tú te acordarás mejor.
- ¡Yo que me voy a acordar! Si a mí también me la tendrías que contar.

- Sí hombre, tú si sabes muchas cosas. Pues le hablaba de cuando me peleé con mi hermana Rafi, poco antes de nacer tú precisamente.
- Pues esa historia tampoco me la sé yo, así que, ¡anda, cuenta, cuenta!, dijo su hijo.
- ¡Seréis plomos!, ja, ja, ja. ¡Anda y dejadme tranquila! Niño, pero.. ¿ya has comido? ¿te preparo algo?

Lo de siempre. Primero, interesarse por la comida, pues aunque su *niño* tenía ya 50 años, ella mantenía su control de madre o su inconsciente la hacían interesarse por el tema, dadas las obligadas privaciones por las que habían tenido que pasar sus hijos de pequeños ya que aunque nunca les faltó algo de comer, privaciones sí las hubo. Y muchas.

En el caso del enfado con su hermana Rafi, su hijo sí sabía la historia, sí, pero no es lo mismo oírlo de sus labios que relatársela él a su sobrina, aunque no insistió, pues ése tipo de recuerdos dolorosos, aunque cicatrizados hace tiempo, siempre es ingrato recordarlos. Los hechos eran tontos, como en muchos casos entre hermanos, pero dejan su resquemor en las relaciones. Y aunque las dos hermanas estaban peleadas, no por eso dejaron de hablarse nunca.

Ocurrió un día de los muchos que la abuela, ya madre de su primera hija, fue a lavar la ropa a casa de su madre. Cuando estaba haciendo su hatillo con su ropa limpia para volver a su casa entró su hermana Rafi y señalando, dijo:

- ¡Esas medias son mías!
- La abuela, tranquila, contestó que no, que eran suyas.
- ¡Pues yo te digo que son mías!
- Mira Rafi: las medias son mías. Fíjate si las conozco bien ¿ves esta costura que tienen? Pues se la he hecho yo así que ya ves si está claro que son mías.
- ¡Pues son mías!, porque tú eres una tal y una cual y te voy a dar una patada en la barriga que se te va a salir el chiquillo, tú, que ni siquiera llevas medias en tu casa...

La verdad es, según había dicho la abuela, que su hermana Rafi le dijo tal cantidad de cosas y de tan mal gusto sin saber bien qué la motivaba, que ella las escuchó sin saber que responder y

sin entrar en discusión. Sólo le dijo que en su casa ella iba con medias o sin medias, iba como le daba la gana y que vergüenza le tenía que dar a ella decir eso cuando ni había tenido el detalle de ir a conocer su casa. Después cogió su camino y se fue. El colmo es que su madre, de ambas, no medió en nada. No dijo nada. Sólo después de que Rafí empezara otra andanada de barbaridades la emplazó a cortar, pero sin defender a ninguna, sin decidirse a darle o quitarle la razón a nadie, como nadando entre dos aguas (¿entre dos hijas?). Pero una de las hijas no era merecedora de ése trato que le daba la otra, la abuela no había faltado en nada a su hermana. Así que se marchó a su casa dejando la de sus padres, para no volver allí más a diario a lavar y hacer una vida de cercanía familiar. Sí seguía yendo, desde luego, pero no tan a menudo y cuando iba no dirigía la palabra a su hermana, porque la otra la rehuía. Y no quedó ahí la cosa, no. La abuela lo había contado a su hijo, más o menos con estas palabras:

“Cuando tú naciste, ella quiso venir a verme, pero no se atrevía ni ella ni mi madre de que viniera. Entonces, un día que vino mama Carmina y vio que tu padre no estaba allí, me dice: me llevo a la niña para que te deje tranquila un rato y que luego vengan tus hermanas a traerla. Yo le dije: bueno, llévesela usted.

Pero ella se la llevaba porque sabía que tu padre había ido a Las Torres y pensó que era la ocasión para que me visitara mi hermana Rafi, trayéndome de vuelta a la niña.

Tu padre, en vez de ir a Las Torres como tenía previsto, se tuvo que volver por alguna cosa y cuando llegó se encontró allí, en la misma puerta, a mi hermana que traía una gallina en la mano que, ¡qué curioso! de qué cosas se acuerda una, pues traía una gallina que no era para mí sino para una vecina que se la había dado para echarla y sacarle los pollos, y.... bueno, cuando llegó ella, llegó casi al mismo tiempo tu padre y le dijo él nada más verla:

- ¡Tú! ¿A dónde vas?
- Pues,... aquí, balbució mi hermana.
- Tú aquí no tienes nada que hacer. De este rebate para adentro no pongas los pies. Tú no tienes derecho a poner los pies en mi casa para nada.

En fin, papá le dijo un montón de cosas que tenía guardadas desde que me echaron (por decirlo de alguna forma) de mi casa y mi hermana empezó a llorar y llorar, en fin, que ya se fue tu padre para adentro y yo salí y le dije: bueno Rafi, las cosas han pasado como han pasado y así están. Tú has venido a mi casa y ya está, eso es lo que cuenta. A todo esto, ella había venido pero no traía la niña, así que me dice tu padre que me fuera yo a por ella. Ve tú, le dije yo a él, que yo no quiero tener una bronca ahora cuando llegue a recoger a la niña, porque si voy yo seguro que me llevo la bronca. Así que fue él y cogió a su niña y no pasó nada más.

Después de ése día, cuando yo iba a la casa de mamá Carmina me ponían malas caras, muy malas caras, pero nunca me decían nada. Yo quería que sacaran el tema, que me dijeran algo para ver qué pasaba, pero nada, no me decían nada. Y así un día y otro, pues yo seguía yendo como si tal cosa, hasta que un día mamá Carmina me dijo unas cuántas cosas, como: es que tu marido es tal, que tu marido es así o asao, porque si tal que si cual, ... Yo le dije: mire madre: mi marido no es así o asao, porque la primera que no tenía que haber ido nunca a mi casa es mi hermana. Lo que pasó, pasó por ir a mi casa cuando ella no había ido nunca hasta ahora, lo oye, nunca. Ni cuando se hizo la casa, ni cuando me instalé en ella, ni cuando nació la niña. Nunca. ¿A que fue entonces? Si quería decirme algo tenía que haber empezado por decírmelo aquí, en la casa donde nacimos y crecimos. Así que mi marido no hizo nada más que lo que tenía que hacer. Decirle las cosas como son. Porque lo que yo quisiera saber es porqué ella se ha peleado conmigo y que me diga todas esas barbaridades que dice, pues hasta dice que mi marido es un maricón. ¿Un maricón que tiene ya dos hijos y lo que venga? ¡El suyo si que será un maricón que todavía no se ha estrenado!

Total que nos dijimos unas pocas de cosas, que estaban cociéndose dentro y necesitaban salir fuera y ahí quedó la cosa de momento hasta que días después vinieron tus tíos a la finca a desvaretar los olivos, con Lolo que era el cabecilla y mayor de ellos, y se quedaron con sus cosas (su cántaro de agua, la comida, hachuelas, etc.), lejos de la casa, cosa que nunca habían hecho pues ellos siempre dejaban sus cosas, las yuntas y todo allí en la casa. Pero ése día se quedaron allá en medio de la finca y no se

acercaron a la casa. Llegó la hora de comer y tampoco se acercaron a la casa para comer allí. Y al día siguiente, porque yo ése día los dejé que hicieran sin decirles nada, me acerqué donde estaban parados y les digo:

- Lolo, haz el favor.
- Se acerca y me dice ¿qué pasa?
- ¿Que qué pasa?, le digo. ¿Tú te crees que es normal lo que estás haciendo?
- ¿Qué estoy haciendo?, contestó como sorprendido.
- Hombre, es muy simple: mi casa siempre ha sido de ustedes para todo, vamos que mi casa es vuestra casa...
- Es que tú, porque tu marido y tú habéis formado una en la casa que a papá y mamá los vais a matar a disgustos.
- ¡Alto!, querido, le dije. Echa el freno. ¿Tú te has parado a pensar o has preguntado quien es el culpable de lo que ha pasado? Porque Rafi me ha hecho esto, esto y esto.... (la abuela le relató todas las discusiones tenidas con su hermana y padres). Y eso es lo que ha pasado, sabes, eso es todo lo que ha pasado entre nosotros, así que si tú crees que yo soy la culpable, pues vale, culpame a mí y no traspases el umbral de mi puerta, pero ni tengo culpa de la pelea con mi hermana, ni deseo que mis hermanos no vengan a mi casa, todo lo contrario. Así es que, así son las cosas.

Total, que al día siguiente ya vinieron y dejaron sus cosas en la casa y seguimos como siempre, porque es lo que yo le dije, si alguien está matando a nuestros padres, como él decía, esa era ella, que es que mi hermana es muy retorcida, muy peculiar y rara. Mis otros hermanos no, son todos muy sanotes, si acaso la tita Rosalía que es un poco finolis, un poco raída, pero los demás son todos muy sanotes, muy campechanos.”

.....

- La verdad, mamá, es que la tita Rafi es un poco .. diferente, parece diferente a todos los demás titos. Porque, en general, son todos muy poco dados a los enfados o la envidia, aseveró Marcos.
- Sí, hijo, así es. Y además yo me llevo bien con todos, incluso con ella, pero es... bueno, que tiene sus cosas.

Pero mis hermanos Quique, Felipe, bueno todos, son simplones, amigables.

- Y la tita Sensi también es muy campechana y ...
- Si, la tita Sensi es la mejor de todas ellas. Bueno y la tita Carmen también era muy buena, lo que tiene es que se casó con el marido que tiene y... Pero la tita Carmen me favoreció a mí más que ninguna. Porque cuando yo me fui a vivir allí, a la casa, ella iba a verme todas las tardes, todas las tardes y, claro, sabía que yo tenía faltas. Y también iban Lola Santos, la tita Rosalía y tu tío Isidro, en fin ¡vamos a ver a la niña!, se decían, y se venían a mi casa a ver a tu hermana. Y la tita Carmen, como sabía de mis faltas, pues me metía cosas en la cesta cuando yo iba a la casa de mamá Carmina y a veces me las traía ella. Decía: toma eso, guárdalo que no lo vea mamá...Toma, llévate estas sábanas que están un poco rotas, pero ella sabía que a mí me daban el apaño, o jabón y otras muchas cosas, yo que sé, de todo. Pero esto lo hacía la tita Carmen. Sólo ella. Ni la tita Dolores, ni ninguna de las demás. Aunque la tita Sensi se casó casi cuando yo y ya no estaba en la casa Pero ¿mis otras hermanas? Nada. Sólo la tita Carmen. Ahora está la pobre más echada a perder que... que ¡yo que sé!
- El tiempo no pasa en balde, mamá.
- Sí, claro. Y lo que lleva una dejado atrás en ése tiempo, también cuenta.
- Desde luego. Todo va sumando arrugas.

III

El molino era la casa familiar (dos casas unidas incluso con una puerta de comunicación entre ambas) que albergaba a las dos familias hermanadas, la del chacho y la chacha, es decir, la del tío y la tía, y la de los padres de la abuela. Tenía todas las instalaciones propias de un caserío rural, con viviendas y demás dependencias para el ganado, granero, pajares, horno de asar y molino para hacer del grano harina. Era algo así como un cortijo aunque sólo vivían las familias y tan sólo un par de personas que hacían de peones, sirvientes o lo que fuera necesario, pero que eran como de la familia.

Una de estas personas, Pepote, que pasó prácticamente toda su vida al servicio de la familia de la abuela, pues se lo llevaron de chico para guardar cochinos y ya no abandonó la casa hasta que estaba cerca de la vejez para irse con una hermana mayor y eso porque el abuelo, el padre de la abuela, repartió las tierras a sus hijos y ya no pudo continuar el hombre con ninguno de ellos pues, con el reparto, las fincas resultantes no permitían tener personal fijo, esta persona, decía, fue el blanco de un extraño suceso ocurrido cuando la abuela era todavía una cría, según lo recuerda ella: "Al Pepote durante varias noches lo apedrearon, bueno no, que le caían piedras del cielo cuando salía a cuidar las vacas que estaban en el chozo. Y cayeron también en el patio de padrino y a una de las nenas cuando fuimos una noche al granero a por harina, que íbamos a preparar las cosas para amasar al día siguiente, y en otros sitios. Pero al que más le cayeron fue al Pepote. Parece como si él atrajera las piedras. Salía y ¡zas!, piedra en todo lo alto. ¡Me cago en D...!, decía, ¿quién me tira piedras? Incluso papa Manuel nos reunió porque pensaba que éramos nosotros, para gastarle una broma. Pero no, las piedras seguían cayendo, así que papa Manuel dio cuenta de ello a la guardia civil que vino a ver qué pasaba y, estando allí la guardia civil, volvieron a caer. Al principio todos buscábamos por todos lados a ver si había alguien tirándolas, ya ves, que hasta el tito Quique que estaba chiquitillo se subió a los tejados a ver si había alguien allí, pero nada. Y eran unas piedras blancas, pequeñas, como chinas, parecidas a las que se hacen en los arroyos pero blancas,

totalmente blancas y de tamaños no más grandes que un garbanzo. Y sólo cayeron allí, en la parte de papa Manuel y algo también en lo del chacho, pero más en lo de papa Manuel. Hasta los vecinos vinieron y nos escondíamos a ver qué pasaba, a ver si caían. Y claro que caían. Y al Pepote, el pobre, le llovían todas. Porque salía a cuidar las vacas y ¡zas!, pelotazo, que yo no sé qué acierto tenía el hombre, que al salir le arreaban y ya estaba tan mosqueado que una vez salió hasta el centro de la calle a ver que era o quién era, a ver qué pasaba allí e iba muy cabreado y nada más llegar al centro de la calle ¡zas!, otro pelotazo, que nos dimos una “hartá” de reír, porque el juraba por todos los Santos. Pero al menos se quedó tranquilo, comprobó que no éramos nosotros, porque él estaba convencido de que éramos nosotros. Aquello fue un misterio que no pudimos aclarar, yo no sé si procederían del cielo, de algún extraño meteorito o algo de eso”.

- Entonces tus padres, en alguna medida, eran unos señoritos, apuntó su hijo Marcos.
- ¡Hombre!, sí. Cuando ellos se casaron mi padre no tenía nada, pero a mi madre le había dado mi abuelo el molino, la finca de las chinas y otro pedazo delante del molino. Y cuando nosotras éramos chicas mi madre siempre tenía una mujer que la ayudaba en la casa y con los críos, unas veces de continuo y otras la llamada de vez en cuando. Y es que mi abuelo tenía dineros, la familia de mi madre tenía una buena posición, pero la de mi padre no tenían nada. Ya ves tú que mi padre estuvo de chico en la sierra guardando ovejas y luego, ya más mayor, segando con José el Guarda, tu bisabuelo, que con él segó mi padre muchos años. Se iban el chacho Francisco y mi padre y le ajustaban el trabajo y se daban unas panzadas de trabajar que se crujían. Más tarde, mi abuela se puso mala y alguien le dijo que porqué no ponía una tabernilla, que por allí no había nada de eso y ellos como tenían un saloncito bastante apañadito y era el sitio ideal y, así, mi abuelo podía cuidar de mi abuela, que es que ella ya no podía quedarse sola. Y pusieron la taberna en la que la primera garrafa de aguardiente se la dieron fiada, para

que la pagara cuando la vendiera, ja, ja. Y así empezaron y se hicieron con un poquito de dinero.

- ¿Tú conociste a tus abuelos?
- Pues ...
- ¡Abuela! ya estoy aquí. ¿Qué le cuentas al tito?
- Pues le estoy contando cosas de mis abuelos. ¿Quieres saber tú también lo que recuerdo de ellos?
- Sí, abuela ¡cuenta!
- ¡Vale! Anda, ven y siéntate aquí a mi lado y atiende.

Pues sí, continuó la abuela, conocí a mis abuelos por parte de padre. Cuando murió mi abuela tendría yo unos nueve años y me acuerdo como si fuera ayer. Me acuerdo de una vez que fui a verla con mis hermanos Lolo y Quico y yo no me quería volver luego a la casa, quería quedarme con ella y mis hermanos no me dejaban y yo, pues claro, a protestar. Y ya fue ella y me dice: ¡Anda ven! mira vete con ellos porque ya ves que no te quieren dejar aquí conmigo, pero para que juegues y te acuerdes de mí, toma. Y me dio una cajita de medicinas que tenía ella, una cajita muy bonita de nácar y así me fui yo más ancha que larga. De lo que no me acuerdo es de su fisonomía, porque de sus cosas, de sus formas me acuerdo perfectamente, pero de su cara no me acuerdo, no la puedo recordar. Mi abuelo falleció cuando yo tenía ya diez u once años y era un hombre muy alto, muy campechano. Murió de asma y me acuerdo yo perfectamente cuando ocurrió. Y los otros, mis abuelos maternos, no los conocí ya que ellos murieron cuando mi madre estaba chiquitilla todavía. Tendría seis o siete años mi madre cuando falleció mi abuela y doce o catorce cuando se fue mi abuelo. Y mi tío Juan José fue el que acabó de criar a mi madre, que él la casó y todo, y las tierras que heredaba mi madre, las que le tocaron porque cuando murió mi abuelo partieron las tierras para los dos, pues se las llevó mi tío Juan José hasta que ella se hizo cargo cuando fue mayor. Que mi tío Juan José llevaba las tierras como si fueran suyas y con las rentas de cada año le iba comprando más tierras (los olivos de los chinos, los compró él para ella y otras porque él todos los años compraba tierras con lo que le hubieran dado las que ya tenía y compraba la mitad para ella y la otra para él). Mi tío llevó bien las cosas de mi madre. Así es que mi madre tenía su dinerito cuando se casó.

- Total, que tú y tus hermanos no lo pasasteis mal, dentro de lo que cabe. Y los colegios entonces ¿cómo eran?, porque vosotros tuvisteis oportunidad de ir al colegio ¿no? preguntó su hijo.
- Allí había una escuela que tu te acordarás, el centro como se le llamaba, que tú fuiste a aquella escuela. Aquello fue siempre escuela, hasta hace pocos años. Y allí iban mis hermanos porque nosotras no íbamos a la escuela, las niñas no iban entonces a la escuela.
- ¡coño! ¿y eso?
- Eso no se dice, tito.
- Pero chica si eso... bueno, vale, no se dice.
- ¡Vale! pero ya me voy abuela, que me espera mi amiga July. Luego me lo cuentas, tito ¿eh?
- Te lo contaré, te lo contaré, dijo su tío con paciencia. ¡Qué remolino es esta chiquilla! Decías que las niñas no ibais apenas a la escuela ¿por alguna razón especial?

Pues porque entonces, siguió relatando la abuela, las mujeres, vamos las niñas no solían ir a las escuelas, al menos en aquellos tierras, si acaso alguna la enviaban para que aprendiera a leer y a escribir y eso era todo, que con eso tenía bastante para escribirle al novio cuando se fuera a la mili o sin mili, puesto que entonces se carteaban los novios, ya que no se podían ver como ahora.

De todas formas, nosotras si fuimos más tarde a una escuela que estaba cerca de la casa de Caminantes ¿te acuerdas tú de aquella? pues allí fuimos nosotras y los titos, Emeterio y todos los de por allí, que allí había cuarenta o cincuenta niños y niñas de todas las edades, que allí estábamos todos juntos: de primero, de segundo, de tercero, ... Pero yo fui poco tiempo porque un día ya llegó mama Carmina y le dijo a la maestra que ya no iba a ir más, que ya sabía bastante y que tenía que ayudarla a ella. Y estaba yo chica, chica, ¡ya ves tú!, que todo lo que he aprendido lo he aprendido yo sola. Así que me sacó mi madre de la escuela y hasta la maestra doña Fulgencia lloraba porque no quería que me fuera. Porque la mujer era muy buena, bajita, gordita y le ayudaba su hija Luisa porque con aquel follón de niños que había no podía ella sola. Y le daba pena a la mujer que no siguiéramos

estudiando siendo tan pequeñas además que nos tomaba cariño y ella se hacía querer, también. Pero éramos niñas, así que había que dejar la escuela. Algún tiempo después, volvió mi madre a mandarme a la escuela y había otra maestra, doña María, porque la anterior se había tenido que ir o la habían trasladado cerca de su pueblo porque se le había muerto el marido. Y un día pasó por allí, por la carretera, nuestra anterior maestra doña Fulgencia y empezamos todos a decirle adiós, a saludarla, y ella a contestarnos y ya se paró y nos dice: ahora no me puedo parar que voy a arreglar unos papeles pero luego cuando vuelva me quedo un ratito con vosotros. Y al regreso estuvo un rato con nosotros y empezamos todos a llorar con ella, que decía la otra, ¡pero bueno! ¿Es que a mí no me queréis? ¿Solo la queréis a ella?

Me acuerdo de una vez que llevé al tito Toño, cuando nació la tita Dolores creo que fue pues había un bebé nuevo en la casa, el que fuera que no me acuerdo bien, el caso es que mama Carmina estaba en la cama y como la mujer que tenía allí para ayudarla no sujetó al chiquillo, éste se escapó corriendo y se fue conmigo, se vino detrás de mí. Detrás de mí venía también padrino con la bicicleta, así que cuando alcanzó al chiquillo lo subió en la bicicleta y cuando me alcanzaron me lo dejó. Así que tuve yo que cargar con él y llevarlo a la escuela conmigo. Pero el tito Toño era muy malo, muy malo, se pegaba con todos, los ponía a todos en revolución, no podía estar quieto en ningún sitio. Por eso la maestra no quería que me lo llevara. Y como no podía ser de otra manera, la armó. Le pegó a un chiquillo o le hizo lo que fuera así que la maestra echó detrás de él, porque él enseguida salió corriendo y la otra no le podía coger. Así que cuando él vio que la maestra desistía, se sentó en el camino muy flamenco silbando, como regodeándose de su éxito. Entonces me dice ella, ¡anda ve a por tu hermano!, porque tu hermano tiene tarea. Y tuve que ir a por él para que volviera a la escuela.

Otra vez, porque yo lo llevaba bastantes veces a la escuela esa es la verdad, en el camino nos cayó una tormenta enorme, un aguacero que nos puso chorreando a todos. Esto ocurrió cerca de la casa de una tal Juanjo, todavía lejos la escuela. Yo cogí a mi Toño y le eché el vestido por encima para que se resguardara un poco y todas nosotras salimos corriendo hasta la casa, hasta que

ya nos vio el hombre y salió con un capote para echárnoslo por encima. Pero ya estábamos caladitos hasta los huesos. Nos hizo entrar en la casa y allí nos quitaron la ropa a todos (a mis hermanas, a mí, a los chicos, a todos) y las pusieron a secar en el brasero. Nos pusieron unas camisetas muy grandes, que cabíamos dos en cada una, ya que los hijos que tenía esta familia eran muy gordos. Y a la tita Rafi la dejaron en cueros del todo de lo que nos reímos un montón, porque la cogieron así, en alto, levantándola para arriba, yo que sé, ja, ja, ja, es que nos pasaba de todo.

Pero lo que aprendí, lo aprendí con doña Fulgencia y luego yo sola. Con ella fue con la que hice mi primera comunión que, cosa curiosa, yo no me acuerdo nada más que de cuando yo la hice, de mis hermanos es que lo tengo completamente borrado, vaya que no sé si la hicieron o no. Pero de la mía si me acuerdo, que me compró mama Carmina un vestidito corto, muy bonito. Fui a hacerla con otros chicos y chicas del colegio, que entonces era sólo eso, ir al pueblo a hacerla y ya está. Ni celebraciones, ni todas las gaitas que hay hoy con una comunión. Esa fue, más o menos, mi infancia, mi corta infancia, porque enseguida tuve que trabajar, hacer las cosas de la casa y al campo, a todas las faenas que había que hacer en el campo.

Porque nosotros nos íbamos con papa Manuel al campo a todas las labores. Nos llevaba a la campiña y nos ponía en un tajo aparte de la gente, de la cuadrilla que él llevaba, para que no tuviéramos que seguir el ritmo de ellos, que eran mayores. Eso cuando había cuadrilla que casi siempre, o al menos cuando los maíces estaban chicos, empezábamos nosotros solos con él, para ir teniendo tiempo de aclararlos y no tener que pagar muchos jornales. Los hijos entonces éramos carne de trabajo. Igual de ahí viene eso de que los hijos traen un pan debajo del brazo. Y es porque entonces trabajábamos desde niños: en la aceituna, aclarando maíces, quitándole la hierba con escardillos al trigo, la cebada, las habas, etc., que entonces no se utilizaban herbicidas de esos, entonces era todo a base de manos y herramientas. Menos en la raspa, que eso no lo consintió nunca tu abuelo, que las mujeres trabajáramos en la raspa, en lo demás, en todo. Y es que la raspa es muy mala de segar y él no quiso que sus hijos, ni

siquiera los varones, segaran raspa. Lo hacía con gente de fuera. Nosotros segábamos las habas, los garbanzos, etc. pero no la raspa, no los trigos, cebadas, etc., y es que mi padre había segado mucha en su vida y no quería darle a sus hijos ese trabajo tan duro. Íbamos muchas veces a la campiña con una yegua que tenía papa Manuel y aunque la yegua era más que nada para llevar las herramientas, el agua y la comida, nos subíamos un ratito alguno, turnándonos, para hacer más llevadero el camino, porque aquello estaba bien lejos. Estando en la campiña, un día se nos acabó el agua y tuvimos que coger de un pozo que había cerca y que tenía el agua casi a ras de tierra y muy sucia, y de ahí tuvimos que beber. Y a mí me dieron unas calenturas malísimas por beber de aquel agua y me las curé con eucaliptus cocido porque las pastillas que me recetaron para las fiebres no las había, así que con el eucalipto se curaron.

Recuerdo una vez que estábamos aclarando maíces papa Manuel, el tito Lolo, Quico, Sensi y yo. Y nosotros, aunque pequeños -sobre todo yo que he sido siempre muy rabiscosa-, nos daba rabia quedarnos atrás, porque claro él iba más deprisa. Y nos dice papa Manuel, vamos a hacer un descanso para refrescarnos y beber agua. Pero yo que iba apretando para alcanzarle pues me llevaba tres o cuatro matas de delantera, me dije, mientras él se detiene me pongo yo a su altura. Y seguí mientras él paraba y en la última mata que iba a hacer me salió una culebra, vamos que casi la cogí al echarle mano a unos hierbajos, porque había mucha hierba y la culebra se empinó siseando con un largo ¡Schssssssssss!, que me dejó helada. Enseguida acudieron Lolo y Quico, que habían seguido como yo para alcanzar el tajo y eran más valentones y con los escardillos empezaron uno por un lado y otro por otro a hostigarla y la bichaca, que era bien grande, se tiraba a un lado y a otro siguiendo a los escardillos y así la llevaron casi de pie hasta donde estaba papa Manuel que se había ido hacia donde teníamos el agua. Y allí la mataron ya.

Y en otra ocasión, en la campiña también y cuando ya volvíamos a la casa, me subí con papa Manuel en la yegua en la que él se subía primero y después me daba a mí el pie para subir, y al subir noté que algo me corría por la espalda y agarré un pellizco por donde se movía y noté que algo había cogido. Pero

yo no le dije nada a papa Manuel, ya ves tú que tontas éramos entonces, y así fui hasta la casa con el pellizco cogido para que lo que fuera que hubiera dentro de mi ropa no se moviera. Y cuando llegué a la casa salté de la yegua y me fui corriendo a la habitación a quitarme la ropa y allí apareció el bichejo, un ciempiés enorme. Pero yo lo había retorcido entre la ropa y estaba ya frito. Pero el susto lo llevé todo el camino.

- O sea, que no le dices a tu padre que tienes algo en la ropa, para no tener que desnudarte delante de él; hacéis un gran esfuerzo para tratar de estar a la altura de una persona mayor, etc. ¿por qué?
- Así eran las cosas, hijo. Yo no quería levantarme las ropas delante de mi padre, ya ves. Porque entonces, de las relaciones entre hombres y mujeres o, simplemente, de cómo eran unos y otros, de eso no te hablaban los padres. Eso eran temas prohibidos.
- Pero a las chicas os dirían las madres algo sobre la regla y esas cosas ¿no?
- ¡Qué va! Ya ves tú cuando yo fui mujer pues hasta los tres o cuatro meses después no se enteró mama Carmina. Aunque a mi si me decía algunas cosas Fuensanta, ella me imponía algo en éstas cosas. Pero mi madre nada y además pasé yo mucho con aquello porque como no se lo había dicho a mi madre, y no se lo dije hasta pasados tres o cuatro meses, pues cuando la tenía sufría mucho por mi culpa, por no decir que la tenía.
- Por tonta, supongo, que no por culpa tuya, digo yo. Serían culpables los padres, en todo caso, que no os preparaban para estas cosas.
- Sí, claro, de ellos y de la plancha. Porque planchar y blanquear es muy malo cuando se tiene la regla. Al menos antes que estábamos más atontadas, porque ahora parece otra cosa, yo que sé. El caso es que yo me ponía malísima sobre todo cuando planchaba así que le decía a mama Carmina que ya plancharía al día siguiente, pero ella decía que no, que tenía que ser hoy porque había esto ú lo otro. Y yo por no decirle nada, pues lo hacía y a sufrir. Es que éramos tontas, es verdad. Y pasé bastante

porque me entraban unos dolores que rabiaba. Cuando murió el tito Quico, que por esos días tuve la regla, me dio un dolor que yo creí que me moría. Que con el tito Quico pasamos mucho, porque pasó cinco pulmonías, bueno cinco no porque la última se lo llevó.

- Sería joven todavía ¿no?
- Veintiún años tenía, veintiuno. Murió con la misma edad que la niña. El día que ingresó su quinta él estaba muy malito, muy malito y murió a los pocos días. El tenía que irse a la mili con Emeterio y Flores, que iban al mismo sitio porque tenían el mismo apellido y tu padre iba a Córdoba, a Cerro Muriano y pidió permiso cuando falleció el tito y se lo dieron, aunque llevaba sólo seis u ocho días en la mili. Y mi hermano Quico era de lo más agradable y gracioso, siempre estaba con buen humor y ganas de cachondeo. A mí me chantajeaba con el tabaco. En aquel entonces no había tabaco en las tiendas ni estancos, sólo se conseguía de contrabando. Y tú padre como iba mucho al pueblo de las Torres y allí había mucho contrabando, pues traía el tabaco por cartones y me los daba a mí para que yo se los guardara, porque si no se lo fumaban sus hermanos y él se quedaba sin nada. Total que como el tito Quico lo descubrió, pues me venía socarrón y me decía: ¿Me das un cigarrillo? Pero chico, si yo no fumo, le decía yo. ¡Anda chiquilla!, que yo sé que tú tienes y si no me das pues ya veremos luego cuando venga a verte una persona que yo me sé, ja, ja, ja. Así que tenía que darle tabaco. Pero se lo daba con gusto porque era gracioso y además mi hermano valía mucho.
- Y ¿qué hacían los jóvenes de tu tiempo para divertirse?

En aquellos años los jóvenes íbamos a fiestas también, claro, pero eran muy diferentes a lo que hay hoy, respondió la abuela a su hijo, como si ella misma se trasladara a aquellos tiempos recorriendo de nuevo sus días de mozuela.

Normalmente los días de fiestas que se celebraban eran, digamos, los grandes como el día de Santiago, el día de San Juan, San Isidro, o sea, los señalados como festivos cada año más o menos. Eso de ir de fiesta todos los fines de semana como ahora

no se podía hacer, porque no había festejos y porque tampoco daba el dinero para ello. Allí cerca de mi casa había una taberna que era donde se celebraban las fiestas de aquellos alrededores y allí se reunía la gente para correr las cintas, hacer carreras de sacos, jugar a diferentes juegos, pasear e, incluso bailar, que también había baile aunque de sevillanas sobre todo, el “agarrao” no se nos permitía a los jóvenes, a no ser que fuera con tus hermanos o personas muy cercanas. Estas fiestas eran aprovechadas por los jóvenes para acercarse a nosotras, las mujeres, y pretendernos que era como se iniciaba el acercamiento del chico a la chica. Pero claro, las mujeres nunca íbamos solas, no nos dejaban nunca solas, siempre iba con nosotras una persona mayor o nuestros hermanos y así lo tenían más difícil los pretendientes. A nosotras, y digo nosotras porque normalmente íbamos las titas y yo (y además refiriéndome a las mujeres en general) y también nos acompañaba la Benigna y Rosario, la hija del capataz que tenía papa Manuel y casi siempre nos acompañaban los titos, Quico o Lolo y Emeterio y otro de la pandilla que le llamábamos “Jalollo” ya que éstos se apuntaban a todo. Además que se lo pasaban pipa ellos con los pretendientes, viendo las dificultades que tenían y las que le ponían ellos al que se acercara a nosotras. Me acuerdo que en una ocasión le aguaron la fiesta a un pretendiente que tenía Benigna, un chaval que era bajito pero muy guaperas y fue el Jalollo, porque el Jalollo era muy amigo de nosotros pero era muy bestia, muy burro y muy feo pero muy gracioso, con un arte para hacer reír y una gracia que..., total, que va y le dice a Benigna, nena, esta noche me arrimo yo a ti como si fuera a pretenderte y así animo al guaperas a ver si es capaz de acercarse a ti delante de tu hermano, que iba también su hermano y ella, claro, le dice ¡haz lo que quieras!, el caso es que el chaval parece que adivinó lo que iba a pasar y antes de que se acercara el Jalollo se arrimó él a Benigna, le cogió la delantera al Jalollo, pero Emeterio que no sabía nada del tema en cuanto vio al otro acercarse a su hermana se deja ir hacia él y lo coge por el pecho ja, ja, ja, dándole un empujón y diciéndole, pero ¿adónde vas tú? y el chaval, el pobre, dice: hombre que mi intención es buena, que yo voy con buenas intenciones para con tu hermana, total, para ellos un despiporre, porque ellos con éstas cosas se

partían de risa y por eso les gustaba llevarnos de fiesta más que comer, porque se lo pasaban en grande. Y la verdad es que visto ahora en la distancia, son cosas que no tienen tanta gracia porque a ellos no les gustaría que le hicieran lo mismo que ellos hacían a los otros. Pero entonces era así, como no había muchas cosas con que divertirse si se podía uno divertir a costa de los otros, pues, se hacía, aunque normalmente eso no significaba que tuvieran nada contra los que nos pretendían. Pero es que no había otra forma de declararse a una mujer: o te acercabas a ella delante de los acompañantes o no le podías decir nunca nada sobre tus pretensiones. Por eso normalmente los pretendientes aprovechaban cuando las mujeres íbamos con nuestra tía, a veces con la madre y, sobre todo, con las hermanas mayores para declararse, para pretenderte. Pero si iban hombres, ya fueran hermanos u otros parientes lo tenían difícil.

También usaban las cartas, que era la forma, aparentemente, más directa y discreta de declararse y digo aparentemente porque muchas veces las cartas las leíamos todas las de todos y entonces éramos nosotras las que se reían. Esto del carteo tenía sus reglas, sus formas. Por ejemplo, lo normal era que antes de acercarse a ti un pretendiente te escribiera dando a conocer sus intenciones y entonces, sólo entonces, si tú le aceptabas la carta pues daba el paso siguiente, que era acercarse. Esto de aceptar la carta era algo así como invitarle a que se acercara a ti, por eso la mayoría de las cartas que recibíamos las chicas, las devolvíamos ya que si no se la devolvías, también significaba que podía acercarse y mucho más, si le contestabas aún diciéndole que no querías saber nada de él. Ese era el código. Pero antes de devolvérsela la leíamos todas y nos hartábamos de reír con las cosas que nos decían. Y algunos mandaban muchas cartas intentando hacer ver con su insistencia, su decidida intención de pretender relaciones. Pero no siempre eran aceptados ni aún insistiendo. Lo normal era que los que vivían en las cercanías iban ellos mismos a dejar su carta en una ventana de la casa, a ser posible en la de los dormitorios de las chicas y si no, en cualquier otra. A través de correos, también, sobre todo para los que estaban fuera que eran normalmente los que estaban en la mili. En el molino había un huerto en la parte de atrás y era el lugar más discreto y alejado de los perros pues éstos

solían estar delante de la casa, y en la ventana que daba al huerto nos dejaban las cartas. Me acuerdo una vez que armamos una buena, porque desde hacía días la tita Sensi recibía una carta, que ella devolvía, claro. Y venga insistir el hombre. Total que decidimos averiguar quién era, bueno no, que sabíamos quien era, pero quisimos gastarle una broma así que, aquella noche, pusimos la carta devuelta atada con un hilo y éste lo atamos a la mesa de la cocina dónde estábamos comiendo, que daba allí atrás y estuvimos atentas a ver si oíamos a los perros o pasos o lo que fuera para verle cuando viniera a ver si tenía contestación. Porque cuando te ponían una carta en la ventana al día siguiente, bueno a la noche siguiente, volvía a recoger contestación o la devolución. Así que estábamos esperándole y cuando llegó y fue a coger la carta y se encontró con que estaba atada, echó a correr para atrás, que iba que se las pelaba. En fin que las cuestiones de pretendientes eran de lo más divertidas.

Y como no había celebraciones festivas nada más que en fechas importantes, pues nosotras, bueno todo el grupo aquel que formábamos, nos íbamos normalmente a casa de la chacha Carmen que era una mujer que le gustaba mucho la juerga y que tocaba muy bien la guitarra y bailaba muy bien las sevillanas y todo, que ella le daba a cualquier baile y allí organizábamos nuestras propias fiestas. A veces invitábamos a algunos vecinos a la casa de la chacha y otras, nos íbamos a la casa de padrino o ellos venían a nuestra casa y así nos organizábamos las fiestas la pandilla. Más tarde, cuando éramos un poco más mayores, nos íbamos muchas veces a casa de Victoria a picar los higos que ella tenía para hacer pan de higo y, de cachondeo decíamos, ¡vamos a picarle el higo a la Victoria! y se apuntaban enseguida el Emeterio, Virginio, en fin, los de siempre. Y allí la armábamos, porque después de picar los higos empezábamos con las tonterías y para esto el chacho Juan era también muy apañado. Y la Victoria se ponía un papel en el culo y empezaba a mover el culo diciendo ¡no me lo quemarás! ¡No me lo quemarás!, y el tito Lolo se lanzaba con una cerilla en la mano a pegarle fuego al papel, en fin, los juegos de antes. En una ocasión, cuando éramos más mayores, formamos un buen jaleo celebrando que habían venido de la mili padrino ya licenciado y un hermano de Emeterio, Pepe,

y el tito Lolo con permiso. Que Pepe murió luego en la guerra en Alemania. Pues ese día cogieron los tres una borrachera más grande que un piano. Primero desayunaron en casa de la chacha, la comida la hicieron en casa de tía Carmen y la cena en casa de mama Carmina, o sea, una comida en cada casa y vino a tutiplén y la cogieron buena. Así que ya por la noche estaban los tres, para el arrastre, pero a padrino le dio por organizar un baile y quería que viniera Pepita, la que más tarde sería su mujer y a la hija de tarugo, que más tarde también fue novia de él, bueno novia no, amante, cuando ya se quedó viudo. Y además cogió una perra con la borrachera llorando, que venga Pepita, que venga Pepita. Total que ya mama Carmina dice que fuera yo a por ella, porque si no sus padres no la dejaban, claro, en aquellos tiempos eso no era de recibo así y si iba yo, pues quizá la dejaran. Así que cogí al tito Quico y nos fuimos a por ella y eso que estaba lloviendo a mares, con el arroyo fuera de madre que las bestias casi no se atrevían a cruzarlo. Pero cuando llegamos a su casa los padres no querían dejarla porque era ya bastante tarde. Y a todo esto hablando por la ventana porque no nos abrieron ni la puerta y la madre sobre todo que era un fiero para esto no quería, aunque el padre cuando vio que iba yo me dice: ¿tú respondes por ella? y yo le dije que sí, que se quedara tranquilo y ya la dejaron y se vistió ella y nos volvimos. Y ella subida en la bestia con el tito Quico porque le daba miedo subirse conmigo para cruzar el arroyo con el agua que llevaba. Y bueno la dejaron porque en realidad ella era ya novia de padrino, que si no, ni flores. Total que ya cuando llegamos a la casa estaba padrino que no se podía tener, dando unas bailarás, unos saltos y enseguida quiso bailar con ella. Pero ya ves tú como estaba. Y la cuñada de padrino le decía a Pepita tú toca el acordeón, que Pepita lo tocaba muy bien, y así te deja en paz, porque con esa trompa ¿quién baila? Y es que cogieron la borrachera del siglo, comprensible por lo mucho que estaban pasando en la mili, de hambre y penalidades.

Y así era la vida de los mocitos y mocitas de entonces, muy diferentes a como se hacen las cosas hoy. Entonces lo que había era nada más que trabajo, estar en casa, un baile de vez en cuando y se acabó. Ni estudiar, ni radio, porque entonces no teníamos ni radio siquiera, ni nada. Porque de por allí los únicos que

estudiaron fueron padrino y el manco, que esos iban al pueblo a estudiar, tenían medios, bueno tenían dinerillos pero iban en bicicleta al pueblo a estudiar. Y ya cuando no podían hacer nada más en el pueblo, lo dejaron, pues en el pueblo tampoco se avanzaba mucho, no sé hasta dónde se llegaba, hasta que nivel, pero vamos tampoco mucho, para carrera ¡ni hablar!

- Y tú ¿tuviste muchos pretendientes? sonrió Marcos.
- Sí, tuve bastantes. Pero más que nada de carteo, de los que mandaban cartas y yo se las devolvía tal cual. Tuve uno que estuvo el hombre mandándome cartas yo que sé el tiempo. Mucho. Era vecino de allí, hijo de Pepe Mateo, su hijo Pepillo. Y del pueblo me escribieron muchos, también, pero bastantes más en la guerra, los que estaban haciendo el servicio militar. Y luego ya tu padre que, ya ves tú, no me dio tiempo a nada, ja, ja, ja, caí como una boba. Pero entonces la gente era así, más decidida o que buscaban la forma de hacer las cosas como fuera.

IV

Como en tantos otros momentos en los que Marcos y la abuela tenían oportunidad, ya fuera en sus paseos por el campo, en la tranquilidad del sillón o mecedora o mientras las ollas y sartenes hacían su labor en la cocina, las charlas entre ambos discurrían por todos los momentos de las vidas de ambos y de los que los rodeaban y sobre lo acontecido en tiempos recientes o remotos, ya que ambos disfrutaban “discutiendo” sobre el mundo y sus cosas.

Y es que, al margen de la relación madre / hijo, existía entre ambos una amistad, una forma de entenderse que, las más de las veces, no necesitaba ni siquiera de palabras. En ocasiones una llamada de teléfono era respondida con un “en este momento te iba a llamar yo” y era cierto, había algo de telepatía en su comunicación. Pero había más, porque en asuntos que tenían algún grado de complejidad, muchas veces llegaban ambos a la misma conclusión y al mismo tiempo. Así ocurrió en no pocos temas familiares. Eso sí Marcos, como la mayoría de sus hijos, no hacía sino apoyar las decisiones que tomara la abuela. Alguna decisión tomó la abuela en relación con estos temas, comunicándolo más tarde a su hijo, diciendo “No te lo he dicho antes porque sé que tú no ibas a estar de acuerdo, pero yo, como madre, lo tenía que hacer así”. Ambos reían el hecho de conocerse tan bien, el uno del otro, y del hecho que hubiera llevado a la abuela a realizar algo en contra de la opinión respetada, pero no tenida en cuenta, de su hijo. Así discurrían las cosas entre madre e hijo. Y así discurría este relato.

- Hemos hablado de un montón de cosas pero, salvo de la escuela, poco o nada de cuando eras niña ¿o es que no lo fuistes nunca?, preguntó Marcos.
- (Risas) Pues casi nunca, porque de niña tengo poco que contar. Trabajar mucho y nada más. Tú sabes cómo eran las cosas entonces porque tú también has trabajado en el campo. ¡Pues eso! Y además, mi niñez fue en tiempos de guerra, la dichosa (por desgraciada) guerra, que tanto daño hizo y a tantas familias destrozó.

- Vivir una guerra para un niño debe ser un recuerdo imborrable.
- Y tanto, contestó la abuela. Y cuando te haces mayor percibes con más claridad lo que ocurrió y comprendes lo tremendo que fué.

Papa Manuel, prosiguió la abuela, no quiso nunca figurar en nada, ni en partidos, ni en sindicatos, ni en nada. Pero el chacho sí, el chacho era socialista, esto... digo, fascista y tuvo que preparar un montón de leña muy grande y por la noche dormía escondido dentro, porque de día venían a la casa los fascistas y por la noche venían los rojos, y es que el molino era el lugar de encuentro y de partida de todos ellos en aquella zona. Y papa Manuel atendía por el día a unos y por la noche a otros, sin decantarse por ninguno y dándoles, digamos, el visto bueno a unos y a otros para no implicarse. Y eso que los fascistas no querían nada más que llevárselo al pueblo y para tratar de convencerle le decían que allí en el campo podía tener problemas, que podían ir los rojos y hacer alguna faena. Ya ves tú, si todas las noches iban los rojos. Pero los otros querían ganárselo para su bando. Y además él no se fiaba de nadie, porque a bastantes se habían llevado y a muchos de ellos se los llevaron pero para matarlos, como a tu otro abuelo, a sus hermanos y a tantos otros. Así que él no se fiaba de nadie y además estaba asustado, ¡que leches!, y no quería darse a más ni con unos ni con otros.

Y es que todo era muy complicado, porque su hermano, la noche que se fue con los rojos, vino con una cuadrilla de gente tremenda. Venían a llevarse las monturas, la que tenía el chacho, la del abuelo y la de Manolillo. Y la chacha, que era muy soberbia ella, salió y empezó a darles voces y a decirle cosas, a lo que uno de ellos contestó: ¡Cállese usted, señora, que le vamos a pegar un tiro que la vamos a dejar ahí pegada a la pared! Y no es que fueran a hacerle nada, porque casi todos los que venían eran de por allí alrededor, eran conocidos. Pero querían amedrentarla. Aunque los que daban la cara no eran tan conocidos, esos venían de otros sitios. Los de por allí se quedaban más rezagados. Así que ya intervino papa Manuel diciéndole a ella que se callara y les dio su montura y la del chacho, porque la de Manolillo no estaba allí. Pero como ellos sabían que había otra montura, porque lo

sabían todo, preguntaron que dónde estaba y la chacha que no podía estar callada, contestó que allí no había más monturas. Total, que ya papa Manuel les dijo que estaba en casa de Manolillo y se fueron a por ella.

Y otra noche vinieron a a por la yegua de papa Manuel, que era una de las mejores yeguas de la comarca y que era la madre de todos los mulos que había en la casa, a todos los había parido ella. Y donde quiera que fuera la yegua iban los mulos detrás. Así que ya cuando habían recogido las bestias del chacho que, para más inri, tuvo que ir papa Manuel a por ellas porque estaban en la finca de las rosas y a mí me dieron un susto de muerte ya que yo era una pequeñaja todavía y, quizá por eso, me dijo mi madre, niña: ¡vete con tu padre!, para asegurarse ella de que no pasaba nada y, claro, salgo yo y digo: ¡Yo me voy con mi padre! Y sale uno de ellos con mala cara y dice: ¡Tú para atrás! que te pego un tiro que te aso. Y yo salí corriendo hacia mama Carmina llorando como una “madalena”, ya ves si era yo una enana. Total que ya cuando tenían reunidas sus bestias se disponen a marcharse y al llevarse la yegua, pues salieron los mulos detrás de la reata. Así que al final dejaron la yegua y no se la llevaron. Y, cosa curiosa, a los dos años o así la yegua de padrino, que fue otra de las que se llevaron, volvió a la casa, yo no sé si es que la soltarían por allí cerca o que el animal se había escapado. De los demás animales muchos de ellos se perdieron para siempre.

Pero con ser malo esto de las pérdidas de animales o lo que había que darles, porque ellos iban a llevarse todo lo que les fuera a serles de utilidad, ya fuera comida, piensos, animales, etc., lo peor era cuando nos enterábamos o nos decían que se ha matado fulano, que es lo que decían, ellos no decían haber matado a nadie.

Me acuerdo yo de una mujer que vivía cerca de allí y la mataron porque su marido se había ido con los rojos. Y fíjate tú, que ella y el marido eran los padrinos del guardia, ¡ay!, como se llamaba aquel guardia ...Galiana le decían, sí, Galiana, pues ellos eran los padrinos de los hijos del guardia y echaban muy bien, que estaba el guardia siempre con él, que si compadre por aquí, que si compadre por allá. Pues ese mismo guardia mandó a otros a buscar a la mujer y se la llevaron para matarla porque él le

preguntaba a ella que dónde estaba su compadre y ella no se lo decía, así que al final mandó a por ella. Y pasaron y llegaron allí al molino preguntado por la casa y querían que papa Manuel los acompañara. Y dijo papa Manuel que ni hablar, que él no iba. Y ya se fueron y a la vuelta otra vez pararon allí y bajaron a la mujer del coche y la pobre se recostó sobre la pared y hasta se orinó allí, ¡pobrecilla! Y al poco el padre de ella que venía corriendo detrás del coche, pero corriendo a todo tren que venía el pobre hombre y llegó y se fue derecho al chacho diciendo; Juan ¡dame dinero!, ¡dame dinero!, que yo me voy con ella. Y entró el chacho en la casa para darle dinero y mientras los otros la cogieron y la metieron en el coche y arrancaron y el hombre agarrado, arrastrando del coche ¡dejadme que vaya con ella! decía, ¡dejadme!, y ella, llorando, ¡dejadle que venga!, ¡que se suba encima de mí!, pero dejadle, porque ellos le decían que no cabía en el coche. Y no lo subieron y el hombre siguió corriendo detrás del coche como un loco y, al poco rato, cuando el hombre ya casi había llegado al arroyo porque él seguía corriendo tras el coche, oyó los tiros que le pegaron a ella, que la mataron allí mismo en el arroyo.

Y cuando mataron a tu abuelo y a sus hermanos también pasaron por allí, que aquel era lugar de paso de unos y otros. Cuando llegaron ellos me acuerdo yo como si fuera ahora mismo, vamos que tengo la voz de Rafael en mi oído como si estuviera hablando él y me acuerdo que dijeron los otros algo con gracia y Rafael pegó una carcajada que parece que la estoy oyendo todavía. Y allí estuvieron un rato de cachondeo todos, porque es que nadie pensaba que se los llevaban para matarlos, ni ellos mismos, porque a pesar de que estaban matando gente, ellos es que no tenían nada, pero nada que ver con nada, ni se metían en nada. ¿Por qué los mataron entonces? Al parecer, sólo porque tu abuelo tenía una taberna en la que le ayudaba su hermano y allí se reunían a charlar los de izquierdas o dar sus mítines o lo que fuera, pero ellos nunca habían participado en nada, ni hecho nada, dada su posición y aunque sí, quizá le tiraban más las izquierdas, porque de derechas no eran desde luego, pero ellos no intervenían en nada, ni se metían en nada. Y por eso fueron a por ellos, por prestar, digamos, o consentir que en su local los otros hablaran. Y

fueron a por ellos y por el abuelo viejo, que estaba inválido y no se podía mover de cintura para abajo, pero les daría lástima o pensaron que no valía la pena cargar con él y lo dejaron allí. Y otro a por el que iban era a por Manolo el guarda que era pariente de ellos y no se lo llevaron porque no estaba allí en ese momento que si no también hubiera caído entonces y, ya ves tú, Manolo era el hombre más inocente y más buena persona del mundo, ese sí que no decía ni pío a nada.

- Pero entonces, la guerra fue ...

La guerra fue de odios, dijo la abuela cortando a su hijo. De odios, envidias y, sobre todo, dejar claro quién mandaba. Por eso al que destacaba en la protesta o en la exigencia de justicia igual para todos, lo eliminaban. Eso es el fascismo. Allí no hubo ni enfrentamiento armado ni nada, sólo odios y eliminación de los que estorbaban a sus fines, los que no estaban de acuerdo con sus ideas o proyectos, es decir, los que opinaban de manera diferente. Porque el poco enfrentamiento que hubo, fue el día que estalló, finalmente, la guerra. Ese día, si no es porque era una guerra, era un caso de risa. Porque vinieron del pueblo anunciando ¡que ha estallado la guerra!, ¡que ha estallado la guerra! y salió todo el mundo corriendo hacia el pueblo, hombres y mujeres, vamos todos los rojos, uno cogía un hacha, otro un palo, otro una hoz, otro un biello, cada uno lo que pillaba, ya ves tú lo que iban a hacer con aquello, porque escopetas llevaban alguna, pero eran los menos porque había pocas escopetas. Y cuando llegaron al pueblo pues se pusieron al lado de la autoridad que la tenían los rojos, porque a los fascistas los habían echado, bueno no, que no tenían mando en el pueblo, vamos. Y los que venían a tomar el pueblo eran los fascistas de Córdoba. Así que cuando llegaron los campesinos al pueblo, se quedaron con la autoridad que había y la guardia civil para proteger a la población y defenderla de los fascistas y allí esperaron a que éstos llegaran. Pero cuando llegó un camión de Córdoba con unos pocos de fascistas y una ametralladora y la instalaron a la entrada del pueblo, en la cuesta, y empezó a pegar tiros, automáticamente la guardia civil se pasó al otro bando. Entonces ya se incorporaron los fascistas del pueblo al grupo que vino de Córdoba, así que los otros, los rojos, no tuvieron más remedio que echar a correr, por todos los

caminos iba gente corriendo y uno tiraba el hacha en un pozo, el otro escondía o tiraba la escopeta en un regajo, que iban todos como alma que lleva el diablo.

- O sea que la guardia civil estuvo rápida para ponerse al lado de los fuertes.

La guardia civil se cambió de momento, vamos no es que se cambió, es que se fue con los suyos, siguió la abuela. Con los rojos habían estado, digamos obligados, ya que tenían que estar al lado de la autoridad y entonces la tenían los rojos, pero una vez estallada la guerra, ellos a su sitio. Ellos no iban a hacer la guerra a los suyos. Así que el pueblo y Córdoba quedó en poder de los fascistas y entonces es cuando de verdad empezaron a matar sin contemplaciones, porque los rojos o se marchaban o acababan en el piquete. Hubo muchos que pudieron escapar porque de los pueblos vecinos que estaban controlados por los rojos, venían por la noche para pasar gente a aquel lado, aunque a veces no podían, y es que enseguida empezaron a controlar todos los caminos y vías de escape y por la noche era frecuente escuchar tiroteos a los que intentaban escapar. Niños, mujeres, personas mayores, todos intentaban montar en las bestias que les facilitaban los de los pueblos vecinos para pasar al otro lado, por la noche. Y aquí, los fascistas día a día iban haciendo su selección y llevándose a la gente que acababa frente al pelotón y aunque a algunos le hacían una pantomima de juicio, a la mayoría los mataban sin más.

Recuerdo el caso de otra mujer, María creo que se llamaba, y de su hija. Ella era viuda y tenía tres hijos varones y una hembra. Y ya en la víspera de la guerra le hicieron boicot para que nadie le recogiera la aceituna. Que eso era otra de las cosas que hacían, boicotear al que no les agradaba por lo que fuera y ¡ojo! del que se atreviera a echarle una mano. Así que aquel año no pudo coger la mujer la aceituna y ellos dieron carta blanca a los pobres, bueno se la dieron a ellos mismos, nada de pobres, para cogerla una vez pasada la fecha, digamos, normal de recogida. Así que allí fue un montón de gente con bancos, bestias y todo a coger aceituna, a robársela ¡vamos! a la pobre mujer. Y el guarda tenía ella tuvo que dejarlos coger, sin poder hacer nada. Pero había tanta gente que hasta fue la guardia civil para poner un poco de orden, porque aquello era un atropello y ellas pues

también fueron a coger algo si podían de lo que era suyo, porque todo era suyo. Pero como no las dejaron que hasta un guardia civil le echó la montura encima a la chiquilla, que la chica no tendría más de trece o catorce años, y casi la atropella. Y la mujer pues defendió a la hija, claro.

Pues cuando estalló la guerra, vinieron a por ellas, yo no sé si por aquello de la aceituna o porqué, el caso es que se las llevaron a las dos y abusaron de ellas, una delante de la otra, madre e hija, y allí las mataron, que decía la mujer ¡matadme a mí y dejad a mi hija! pero nada, los muy hijos de puta le decían, no, si os vamos a matar a las dos. Y las mataron a las dos. Y así actuaban. Todo aquel contra el que tenían algo, que le tenían interés por lo que fuera o que no comulgaba con sus ideas, pues, lo mataban. Eso fue la guerra: odio, envidia, rencor y atropellos.

Y es que hicieron auténticas barbaridades. A las mujeres, por ejemplo, las cogían y le rapaban el pelo, les daban a tomar aceite de ricino y las paseaban por las calles del pueblo cagándose las pobres por las patas abajo, por el ricino. Así las paseaban. Y a lo mejor sólo se las podía culpar de estar casadas con un comunista o socialista, porque eso era lo único que al parecer habían hecho mal. Cogían a los comunistas o socialistas que eran sus contrarios en ideas y por eso solamente los mataban. Y a su familia si “encartaba”, también. Y además los obligaban a cavar una zanja, que sería su fosa, y allí mismo los mataban y los enterraban. Y en algunos sitios fue atroz, fue una auténtica salvajada sin final.

- Y ¿eso lo hacían los fascistas y los rojos? preguntó su hijo.

¡No!, no. Eso lo hacían los fascistas, dijo la abuela. Los rojos no hacían nada de eso, no mataban a nadie, al menos por allí. Allí los que mataron fueron los fascistas y la guardia civil, al parecer, no se metía con ellos o lo consentía. Y casi todos los días un grupito de éstos iba por allí, porque salían a dar una vuelta y se iban a las casas de los rojos, que ellos sabían quiénes eran, y se llevaban las gallinas –quiero decir, que les obligaban a que les dieran las gallinas que tenían – y nos las llevaban allí, a la casa, para que nosotras se las matáramos y las cocináramos para ellos. Y allí se las comían, como disfrutando de una juerga. Yo me

acuerdo de algunos como Antón Barrero, Paco Cabello y otros. Y nos tocaba a nosotras cocinar, porque mama Carmina y la chacha se quitaban de en medio, que ellas no querían ni oírlos. Y como nosotras éramos chicas pues nos tocaba atenderles. Y allí sí que decían barbaridades, entre el cachondeo y la risa. “Ayer nos llevamos a fulano y le pegamos un tiro en la misma frente”, decían. “Y yo le pegué un tiro a zutano en los pies y pegó un salto que” ..., saltaba otro. “Y yo lo tiré y le rompí el brazo”, terciaba un tercero. Y esa era su conversación entre risas y cachondeo. Y nosotras oyendo y aguantando.

Otro caso que recuerdo, siguió la abuela con su extenso relato, es el de un hombre que era comunista y éste sí que defendía sus ideas y el hombre cuando empezó la guerra se fue al otro lado, donde estaban los rojos. Pero una noche vino a ver a su familia y estuvo por aquí uno o dos días, y cuando fue a regresar al otro lado no pudo pasar. Total que el hombre se refugió en unos olivos muy grandes que había por allá, por donde mama Rosa, no me acuerdo como se llamaba aquella finca, el caso es que allí se refugió. Y allí le cogieron, no sé si es que alguien daría el chivatazo o porque pasaron ellos por allí o lo que fue, el caso es que allí cogieron al hombre y, como decían todos, un hombre que lleva una escopeta y la canana llena de cartuchos ¿cómo se dejó coger? Si él sabía lo que esperaba a todos los que se llevaban, ¿porqué no se lió a tiros y, por lo menos, se habría llevado a algunos por delante antes de caer él puesto que de todos formas ese sería su final? Pero el hombre, ya ves tú, era tan buena persona que no quiso pegar ni un tiro contra nadie, sólo defendía sus ideas con la palabra. Y lo cogieron y lo subieron a un camión a patadas, culetazos con las armas y empujones, que creo que le dieron de lo lindo, porque pasaron por la casa de mi tía Antonia y allí estaban las muchachas que fueron las que nos lo dijeron y el hombre iba fatal de lo que le habían dado. Y así lo llevaron hasta el pueblo a patadas en los cojones, en la cabeza y en todas partes que lo dejaron hecho trizas y allí lo remataron. Y de esas hicieron muchas. Y, en éste caso, todo el mundo lo decía, como aquel hombre no se lió a tiros con ellos, total, si lo cogían sabía que lo iban a matar porque lo llevaban buscando ya un tiempo. Pero el hombre no fue capaz de disparar un tiro.

- Todo eso ocurría cuando ya había empezado la guerra ¿no?, quiso confirmar Marcos.

Sí eso ocurría cuando ya se declaró la guerra, siguió la abuela, cuando Franco ya se había levantado en armas en África aunque aquí eran, digamos, sus satélites los que manejaban los hilos. Y entonces fue cuando empezaron a ir buscando gente, a unos se los llevaban para el frente y a otros los mataban. A tu tío Lolo se lo llevaron a la mili a los 18 años, con la recluta de su edad, y a padrino se lo quisieron llevar, que tendría entonces 20 años, pero en vez de a él se llevaron a un muchacho que tenían allí en la casa, un muchacho que era un inocentón, vamos se lo llevaron no, que él se quiso ir con ellos porque ellos iban haciendo reclutamientos voluntarios, que mira que la chacha le decía al muchacho, ¡no te vayas Manuel, no te vayas! ¡quédate aquí, que aquí no te va a pasar nada! Pero el muchacho se fue confiado con ellos y no llegaron ni al pueblo con él, en el puente el garabito lo mataron. Iban por ahí reclutando gente, unos voluntarios y otros a la fuerza, se los llevaban y los que les parecía bien pues los alistaban en su bando y los que no, los mataban y ya está. Ellos hacían la selección: estos de izquierdas, a matarlos. Estos de derechas, al frente. Pero sin más miramiento, ellos decidían quienes eran de izquierdas y quienes de derechas, los que tenían que morir allí mismo o los que mandaban al frente, igual para morir también. Y así se llevaron a tantos y tantos que yo casi no recuerdo, al de las tres Martas, por ejemplo y ..., bueno, y así se llevaron también a tu abuelo y sus hermanos.

- Se sabía quiénes eran los cabecillas, los que dirigían todo aquello más a menos, pero ¿se sabe quién fue, en concreto, el que mató al abuelo?

Si se sabe, tu padre lo sabía, dijo la abuela. Porque se llevaron a los tres hermanos y los pusieron en fila para pegarles un tiro a cada uno. Pero el que tiró a tu abuelo, que por lo visto alguien les decía, les ordenaba, quién tenía que matar a quién, no le quería matar así que tiró el hombre desviado y no le dio. Y entonces tu abuelo salió corriendo para escapar aunque tenía las manos atadas y corrió y corrió hasta llegar el arroyo que hay allí detrás del cementerio, que fue donde ocurrió esto, y al ir a saltar un regajo se cayó y uno de los otros, no el que disparó a no dar

sino otro de los que tiraron a uno de sus hermanos y que iba detrás de él corriendo y, llegándose hasta él, lo remató allí mismo, en el arroyo. Por lo visto, por lo que se sabe, tu abuelo desde el suelo le dijo: hombre no me mates, que tengo once hijos a lo que el otro le contestó ¿once? Pues ya no vas a tener ninguno. Y lo remató a pesar de que a él no le tocaba, digamos, matarle que era al otro el que le tiró a no dar el que tenía que hacerlo. Y por eso se sabe quien lo mató, por la “anécdota” que fue comentada. Y a los otros, claro, pues se supo quienes fueron los tres “matarifes”.

- Y cuando los mataban que hacían ¿avisaban a la familia para que los enterraran?, quiso saber su hijo.

¡Qué va! Los enterraban allí mismo, hacían una zanja y allí los enterraban. Lo que pasa es que en algunos casos, como en éste, había alguien que sabía dónde estaban los cuerpos. Concepción, no sé yo si tu te acuerdas de ella, fue y señaló dónde estaban cada uno y al poco tiempo pues pudieron ir y retirar los cuerpos de allí y enterrarlos en el cementerio, que fue ella misma la que los desenterró, los metió en cajas y los enterraron en el cementerio. Porque mama Rosa y las dos mujeres de los otros fueron al otro día por la mañana a ver qué había pasado (a ellos se los llevaron sobre las cinco o las seis de la tarde), que iban ellas con sus bestias al pueblo a ver que había sido de ellos, pero el tío Manuel se había adelantado a ellas y cuando llegó el hombre al pueblo y se enteró de lo que había pasado, pues salió para atrás a su encuentro y se encontraron en el arroyo aquel que hay cerca del molino rojo y las hizo volverse para atrás. Y a mama Rosa le dio un ataque, que iba como si estuviera muerta, iba tiesa en la bestia y el tío Manuel sujetándola porque ella no se tenía, iba tiesa, tiesa. Así que Concepción fue la que señaló donde los habían enterrado y ya, al cabo del tiempo, los dejaron que los desenterraran y los llevaran al cementerio y fue ella, también, la que los lió en sus sabanas y los metieron a todos en una caja.

- ¿Cómo es posible que esa gentuza esté todavía viviendo en el pueblo?, ¡con las atrocidades que han hecho!, dijo Marcos.

En el pueblo y en todos sitios, porque de esos hay en todos sitios. Por eso tu abuela no quería venir al pueblo, por no encontrarse sobre todo con el Antón Barrero y Paco Cabello que

eran los más destacados, los que salían por ahí señalando, como el otro que dice, a los que tenían que coger, a los que tenían que quitar de en medio. Ellos iban dando el chivatazo. A fulanito, a zutanito. Y a algunos los metían en la cárcel y le decían, si me traes a fulano, o si denuncias a zutano, no te hacemos nada, te soltamos. Y a alguno soltaron, que yo se de uno que todavía vive y que fue el que les llevó a la madre y a la hija que te conté que habían matado. Que, por cierto, la María Josefilla le tenía manía a papa Manuel, ¡uy que manía le tenía!, porque le puso Quique al tito y ese era el nombre del hombre que te digo. Y se enfadó ella mucho porque le pusieron Quique. La verdad es que ése cabrón se llevó a bastantes por delante. Porque le soltaron para eso, para que diera el cante de por donde andaban los que buscaban. Y este iba por allí, por la casa, porque era el marido de una sobrina de mama Carmina, incluso estuvo comiendo allí un día, y así le iba con el cante a los otros de por dónde estaba la gente. Así fueron cayendo unos y otros, porque del que menos te lo esperaras, daba el cante e iban a por él, sin culpa de nada, sin haber hecho nada, a lo mejor simplemente por una envidia vecinal o por tener simplemente ideas diferentes que, ya ves tú ahora, con tantos partidos como hay hoy y nadie mata por las ideas, excepto los terroristas de ETA, que es un fascismo parecido a aquello. Así que entonces, ni juicio ni nada. Tú no eres de los nuestros. ¡Pum!, y ya está. Y como allí en la casa, en el molino, iban casi todos los días los caballistas, como les llamábamos, pues allí oímos y vimos muchas cosas, además de lo que nos enterábamos. Un día que llegaron los caballistas, que iban a por mi primo Eloy, que ellos llegaban muy puestos, muy flamencos, con mando. Y ese día estaba allí mi prima Amelia, la que ahora es Testigo de Jehová, pues esa, que ella estaba muy puesta en política y la Rosario, también, pues estaba ella y dicen los caballistas a la chacha que les de unas tijeras que le iban a cortar el pelo (que ese era el castigo que daban a las mujeres, les cortaban el pelo y le hacían tomar aceite de ricino), pero la chacha se arremangó y dice: ¡aquí no se corta el pelo a nadie! ¡Venga niña, tu para dentro! que estos hijos de la gran puta no te hacen nada a ti. Total que no le hicieron nada, porque la chacha se puso como una fiera, la defendió a muerte. Y también allí llamaron un día a otra, la

Carmelina de Tobías, que ya ves tú era una mujer más inocente que un flan pero como ellos hacían lo que querían, pues mandaron a los nenes a que buscaran a la muchacha y cuando llegó empezaron a decirle, tú ¿qué? Que eres un poquito flamenca ¿no? y que si tú eres así o eres asao. Y salió la chacha igual, como una furia, y dijo: de ésta respondo yo, a ésta no se lo toca. Y ellos empezaron, pero si es que ésta es tal o cual. Pero la chacha, igual, defendiéndola, a por todas. Y ya dicen ellos, bueno, pues que diga ¡Viva España! y ¡Viva Franco! Y la pobre sollozando, como podía, dando gritos de ¡Viva España! y ¡Viva Franco!, hasta que a ellos les pareció bien y la dejaron marchar, que iba la pobre por el camino como un alma en pena, llorando como una madalena. Sabiendo que a todos, o casi todos, a los que llamaban donde terminaban pues ya me contarás.

- Entonces, mamá, allí todo el mundo estaría muerto de miedo ¿no?
- Allí estaba todo el mundo *acojonadito*. *Cagaditos* estábamos todos, tu no ves que hacían las cosas como de capricho, sin saber muy bien porqué. Pues todos estábamos que no nos le llegaba la ropa al cuerpo. Que yo no sé como papa Manuel tuvo tanta paciencia, como fue capaz de recibir a unos y a otros, a unos de día a otros de noche, sin implicarse en nada ni con nadie, dándole el visto bueno a unos y a otros y eso que los fascistas estaban siempre liados con él, para llevárselo, porque se lo querían llevar y los otros igual, también querían que se fuera con ellos. Pero papa Manuel supo mantener el tipo y les decía: ¿pero yo como me voy a ir, como voy a dejar mi casa y tantos hijos como tengo que atender? Yo no tengo nada que ver con ningún bando, ni con ustedes ni con los otros, que yo mi vida se la tengo que dedicar a mi casa y a mis hijos, eso es lo que yo tengo que llevar adelante. Y no sé cómo pudo resistir, más bien, como le dejaron porque bien que le presionaron para que se fuera al pueblo. Que la tita Rosalía, la más pequeña de las niñas, nació allí en aquel follón. Y le decía papa Manuel a Mama Carmina, como tengamos que ir al pueblo a por la matrona, verás que lío. Porque en el pueblo se podía

entrar de día, pero de noche no, de noche te pegaban un tiro sin preguntar quién eras. Al final, a la niña la recogió una vecina y no hubo que ir al pueblo a por la matrona. En fin, la guerra todo lo trastocaba además de ser una brutalidad, una carnicería sin sentido.

Las escenas, tristes escenas, que nos cuenta la abuela son sólo una pequeña muestra de las que se prodigaron durante el conflicto, esa guerra “incivil” que enfrentó a tantas personas hermanadas.

Pero nada más concluir la guerra, se inició la implacable dictadura de Franco que duraría casi cuarenta años y que dejó su triste huella en los numerosos casos de personas afectadas, como los de unas 200.000 que fueron fusiladas después de la guerra, los más de 450.000 exiliados y otros 300.000 que fueron a parar a las cárceles franquistas, sin olvidarnos del ataque en toda regla a los derechos y libertades de los ciudadanos a los que se les negaban éstas o a las depuraciones de funcionarios y profesionales, la censura a los medios de comunicación, etc., lo que conllevó que España perdiera el paso de los tiempos retrasando en más de una generación su desarrollo y progreso.

Hasta la muerte del dictador ocurrida en 1975, España fue la apestada de Europa, incapaz de encontrar su sitio y nivel con respecto a los países de su entorno. Sólo una vez que fue recuperada la democracia, a partir de la muerte del dictador, nos fuimos poco a poco quitando los miedos y avanzando en la modernización y en las libertades para, en poco tiempo, alcanzar un lugar, nuestro lugar, al lado de los países occidentales.

V

- ¿Qué? ¿Cómo estás hoy?
- Bien, respondió la abuela a su hijo. Con mis achaques de siempre, pero bien.
- Y la Mari ¿qué te cuenta? ¿O eres tú la que sigues contándole tus cosas? dijo Marcos refiriéndose a la nieta que siempre estaba interesada en las cosas de la abuela y que se encontraba al lado.
- Mi Mari siempre me hace compañía y me cuenta y le cuento cosas, respondió la abuela.
- ¡Eso está bien!, dijo Marcos. Lo cierto es que si ponemos todo lo que nos cuentas, todas las charlas que tenemos, con un cierto orden, podremos hacer un relato la mar de interesante.
- ¡Eso tito! ¡Bieeen! Y cuando yo sea mayor, seré escritora y escribiré tu vida. ¿vale abuela? ¿A qué te gustaría?
- ¡Claro que me gustaría!, hija. Pero más porque seas escritora que porque cuentes mi vida.
- Pues hala, ¡cuenta, cuenta! A ver: cuando tú eras niña ¿a qué jugabas? ¿te ponía moño tu madre? ¿qué hacías en el cole? ...
- ¡Echa un poco el freno, demonio!, cortó la abuela extendiendo la mano en señal de stop. Despacio hija, las preguntas de una en una van mejor.
- Pero bueno Mari, terció su tío. ¿Tú crees que lo más interesante es saber si la abuela se ponía moño o no? ¡Pues vaya escritora vas a ser!
- Ja, ja, ja. Si hombre, lo del peinado tiene interés para ella porque en estos tiempos es el entretenimiento diario de toda mujer, pero entonces yo me peinaba como podía, hija, unas veces de una forma y otras de otra, pero sin muchos cambios. En aquellos tiempos no era como ahora que vas a la peluquería y te hacen lo que quieras. Así que, como mucho, nos ayudábamos entre las hermanas o amigas a peinarnos. Y además no nos preocupábamos de esas cosas tanto como se hace ahora.

- Anda, deja a la abuela con los rollos del peinado y que nos cuente algo de cómo empezó su vida allí en la casa de campo, que eso sí que lo entenderás tú, Mari. Y ve tomando nota, para cuando lo escribas, para tu libro.
- Pues allí, ya lo sabes tú, hijo, con muchas necesidades porque no había ni agua en la finca. Así que el agua la teníamos que traer unas veces del pozo de la vieja y otras del pozo del tuerto hasta que sacamos agua en la finca, aunque nuestro pozo no siempre tenía agua y había que ir a los otros. Unas veces íbamos con el cántaro al hombro, otras con un carrillo “*arrempuja*” que teníamos y más tarde con la burra, cuando ya tuvimos la burra.
- ¿Qué burra abuela? Yo no he visto nunca ninguna burra en el campo.
- No hija, la burra la teníamos cuando tu madre y tus tíos eran pequeños. Así que como la vas tú a recordar.
- Entonces, mamá ¿la burra no la tuvisteis desde el principio de irse a vivir allí?

No hijo, no. Verás, esa es otra historia curiosa. Mi padre tenía una borriquilla que le había parido una burra y decía que era para mí, aunque a mí no me lo dijo que se lo dijo a la gente que nos rodeaba y así me enteré yo. Pero como a tu tío Lolo se le deseó también la borriquilla, porque él estaba ya viviendo en la finca de Las Palomas y la necesitaba para que su mujer fuera y viniera, pues ...¡perdí la borriquilla!. Y eso después de haber dicho tu abuelo veces y veces que era para mí, que así me lo habían dicho más de uno, gente de la calle incluso, aunque él no me lo dijera. Pero en aquella ocasión me quedé sin burra.

Al poco tiempo, tu abuelo hizo el trato de la venta de la casa de un hombre que se iba para Barcelona o por ahí, no se dónde se iba el hombre, y tu abuelo le hizo el trato. Este hombre tenía una burra muy buena, pero muy buena. Y le dijo a tu abuelo: ¿qué me vas a cobrar por el trato? Y tu abuelo le contestó, ¡hombre yo que te voy a cobrar por hacerte el trato! ¡Nada! ¡Esto te lo hago porque somos amigos! Y entonces le dijo el hombre a mi padre que le daba la burra, pero no para él: Te la doy para tu Ana Rosa ¿sabes?, dijo el hombre. Así que tu abuelo no tuvo más remedio que dármela, ja, ja, ja.

- O sea que tampoco te la regaló él ...
- Bueno él la sacó del trato, bueno no la sacó, que el otro se la quiso dar.
- Abuela ¡qué bien! Una burra para pasear.

Si para pasear, sí, rió la abuela. La burra nos servía para todo hija: para ir a comprar, para cargar leña, para ir a por agua, para todo. Y también para pasear, claro, que bastantes *troles* le daban a la pobre tus tíos. Pero al principio de estar en la casa, cuando todavía no tenía la burra, yo iba a casa de Emeterio, la tienda donde comprábamos todo, bueno, todo lo que entonces había que era bien poco, que yo iba cada dos o tres días a por los “*mandaos*” y me cargaba con dos talegas, una delante y otra detrás - que las ataba y me las echaba al hombro - y una cesta en la mano. Y así traía yo mis cosas y no tenía que ir todos los días. Me acuerdo que un día cuando yo llegué a la tienda empezó a caer agua, que cayó una tormenta de miedo, menudo chaparrón cayó. Y cuando volví para la casa el arroyo había crecido mucho y me tuve que meter en él con mis cestas y mis bolsas, llegándome el agua hasta las rodillas y así pude cruzarlo. El arroyo lo he cruzado yo muchas veces de esa manera. Y luego con la burra pues, aunque al animal le costaba trabajillo meterse en el agua, al final pasaba. La burra era muy buena. Ya ves si era buena, que cuando los nenes estaban ya mayorcitos e iban a que les diera escuela el tío Isidro, que puso una escuela en la aldea de la mancha, se llevaban la burra, que iban por lo menos cinco (Ramón, Chema, Bernardo, Pepe el de Emeterio y algún otro), e iban todos los días en su burra poco contentos. Unos se subían por delante, otros por detrás, otro le cogía el “*jopo*”, le pasaban por debajo y el animal ni se movía, le hicieran lo que le hicieran. La burra era muy buena. Y murió el pobre animal allí en el molino, atada al palo aquel que había en la puerta para subirse y bajarse de los animales ¿te acuerdas tú del palo aquél, hijo? pues allí la ató tu hermana Maribel un día que fue a por paja, que como sabes íbamos a casa de los abuelos un día sí y otro no a por cosas sobre todo la paja para la burra, y allí murió el animal atada al palo, mejor dicho, murió nada más llegar al palo pues tú hermano Lolo que también iba estaba subido a la burra todavía cuando cayó muerta. Yo creo

que murió porque la paja estaba envenenada, pues al abuelo también se le murieron dos o tres mulos.

- ¿Es que habían echado lejía ó algo a la paja? quiso saber Marcos.
- No, yo creo que no. Al parecer, fueron los erizos porque cuando están en celo desprenden un veneno o sustancia tóxica y por la hierba que pasan la envenenan. Y entonces había bastantes erizos, aunque hoy ya quedan pocos.
- ¡Pobre animalito!, dijo la pequeña, pero abuela y en el campo ¿qué hacías, quiero decir, de qué vivíais?
- Pues vivíamos como antes se vivía en el campo, hija, con lo que daba la tierra. Hicimos un pequeño huerto como el que hay ahora aunque más pequeño y teníamos gallinas, pavos, ovejas, bueno, las ovejas fue un poco más adelante cuando las tuvimos, cuando ya los titos estaban un poco mayores. Tú te acordarás, hijo ¿no?
- Sí, sí, yo también fui pastor en aquellos tiempos.
- ¿Tú tito? ¿tú guardabas ovejas?
- ¡Claro! Y los otros titos mayores también.

La verdad es que, dentro de lo malo, nos apañábamos bastante bien, dijo la abuela. En el huerto sembrábamos sobre todo patatas aunque también alcachofas, ajos, cebollas, lechugas y otras cosas. Siembra de invierno, claro, ya que no teníamos agua para regar en verano. También había conejos en las madrigueras que se formaron en el horno de palos que hizo tu padre. Y eso es lo que teníamos y las gallinas. Y esto de las gallinas tiene su gracia también, verás. Al principio cuando tu padre trabajaba con papá Manuel, pues yo tenía a mi Andrea y mis gallinas y mi hermano Lolo tenía a su Manolito y sus gallinas. Teníamos prácticamente las mismas gallinas los dos y los mismos gastos. Y cuando iban a ajustar cuentas, a tu tío Lolo le sobraban dineros y a tu padre le faltaban. A él siempre le sobraban y a nosotros nos faltaba y bastante. ¿Cómo se explica eso? Papa Manuel decía que es que a tu tío le daban mucho las gallinas. En fin, misterios bastante fáciles de descifrar.

- No lo entiendo, abuela, es que...

- Verás hija, para poder comprar otras cosas, pues vendíamos los huevos que ponían las gallinas y nos sobraban del consumo de la casa y se le vendían al recovero que era un señor que iba por las casas vendiendo cosas y comprando huevos, chivos o lo que hubiera. Así que nosotros pues llevábamos a la casa de los abuelos todo lo que teníamos para vender para cuando pasara el recovero. Y también vendimos chivos ya que cuando yo me casé me regaló mi chacho una cabra que estaba para parir. Así que también teníamos leche de la cabra. Y luego tuvimos más cabras.
- O sea, abuela: con tu leche, la de la cabra quiero decir, los huevos y las patatas y cuatro cosillas os apañabais.
- Así era, hija. Aunque hubo algunos años muy malos, muy malos, que apenas recogimos patatas, apenas una canastilla de un saco que sembramos. Fue fatal. Pues con eso, con lo que había allí y lo que tu abuelo podía traer de la huerta de su madre o de la casa de mis padres, en fin, lo que pillábamos. Y la leña para la chimenea y para guisar y calentarnos, para todo, la recogíamos muchas veces por ahí, que salía yo con mi canasta a recoger leña, porque de la finca unas veces me dejaban y otras no, ya que los olivos se cortaban un año sí y otro no. Así nos apañábamos.
- Pero mamá, también se sembraron alguna vez garbanzos ..
- Garbanzos sólo se sembraron en la finca de los Rojas, cuando tu padre era guarda allí, contestó la abuela. Tú abuelo no nos dejaba sembrar en la finca. Sólo el huertecillo. Así que tu padre cuando trabajaba con su madre pues se traía de allí lo que nos hacía falta, si es que lo había en la casa de su madre y, al revés, llevaba cosas a su madre cuando le faltaban a ella si es que las tenía en casa o las podía sacar de los Rojas, pues cuando entró a trabajar en ésa finca empezó ganando cinco duros diarios pero además de allí se traía la paja, leña, aceitunas, metía las ovejas a pastar en las fincas de Rojas, en fin, todas esas cosas las sacaba él para las dos casas: la de mama

Rosa y la nuestra. Y él de sueldo siempre ganó cinco duros no quisieron subirle nunca. Pero sacaba otras cosas y así estuvimos cuatro o cinco años, o quizá más.

- Pero cuando cortaban los olivos le pagarían más ¿no? Porque él iba señalando y ...
- Sí entonces sí le pagaban un poco más, contestó la abuela a su hijo. Y también trabajaron en la corta de olivos tu tío Santiago, Manolillo y otros. Algún tiempo más tarde se fue dos o tres años al cortijo Salmantino también a cortar. Allí también estuviste tú, hijo.
- Pues no me acuerdo.
- Sí hombre, sí, te tienes que acordar del cortijo que estaba allí, metido por los lanchones y tú ibas muchas veces con papá. Allí vivía Mariano, uno que echa muy bien con Fernan, si te tienes que acordar.
- Pues no me acuerdo, mamá, vamos que no me viene nada a la memoria de lo que dices sobre ese lugar.
- Pues muchas veces has ido tú allí a jugar con los nenes de Mariano, casi todos los días. Mariano era el casero del cortijo y el Pendanga era el manijero de corte y se llevó dos o tres años a tu padre a cortar allí. Entonces si ganaba un buen dinerillo y además a papá le gustaba mucha la corta. Y después de la corta, pues otra vez a lo mismo.
- ¡Abuela! ¡me voy a jugar! porque, además, es que no entiendo nada de lo que estáis hablando. Pero otro día me cuentas más cosas ¿vale? ¡Y tú también tito!
- Vale, rayo. Esta cría es un torbellino.
- A ver, mamá, entre tantos tendrás que tener de todo.
- Claro.

En el medio rural y antes de que los tractores y máquinas modernas hicieran su aparición, la vida era bastante defendible a pesar de su dureza, ya que la tierra al estar más entera, - con menos contaminación de insecticidas y menos arados profundos como los que hacen los tractores y que eliminan muchas raíces y bulbos o los entierran profundos impidiendo su posterior desarrollo -, pues producía muchos productos para el consumo

humano y que todo hijo de vecino conocía: espárragos, cardillos, tagarninas, collejas, setas, moras, vinagretas, etc.

Así es que, desde la propia abuela hasta todos sus hijos iban de vez en cuando en busca de espárragos por aquellos arroyuelos y olivares, llevando de vuelta a casa además de los productos encontrados en el recorrido, algún que otro susto de un pájaro que dejaba el nido de forma precipitada o un conejo que aguantaba en la madriguera hasta el final y que, al que estaba cerca le hacía dar un salto atrás, o lo que es peor, alguna serpiente que no quería que la molestasen una panda de chiquillos.

En cierta ocasión una de esas serpientes le salió al paso a Bernardo y éste, ni corto ni perezoso, la persiguió y dio alcance antes de que la bicha se escondiera en su agujero, si bien es verdad que ya había metido la cabeza, y tiró de ella hasta hacerla salir y de un rápido tirón la crujió rompiéndole la cabeza. Esta proeza fue largamente comentada y aplaudida si bien Bernardo no le encuentra explicación ya que él le tiene bastante miedo y no sabe por qué razón ese día actuó de esa manera. Sólo de pensarlo ahora, le aterra.

Pero como decía, estas escapadas por el campo en busca de alimentos tenían además otros incidentes como eran el que de pronto empezara a llover calándolos hasta los huesos, o el barro y aguas de los arroyos que a veces les llegaban hasta la rodilla, a alguna caída o arañazo de importancia, etc., siempre había algo de peligro en estas andanzas.

Aunque también eran aprovechadas para buscar nidos en los árboles o en el suelo y, si había lugar, llevar los huevos encontrados de una perdiz para que los empollara una gallina y que es una de las cosas más bonitas que se pueden ver, una gallina enana con una camada de pollitos de perdiz que son rapidísimos corriendo hasta que inician los vuelos, primero cortos y poco a poco los van alargando hasta que, al final, abandonan el lugar y a su madre adoptiva.

Naturalmente también los animales disfrutaban de estas correrías pues a veces se iba con la burra, aunque la pobre más que disfrutar sufría las burradas, valga la redundancia, de los chavales, e incluso se llevaban las cabras ú otros animales a pastar mientras se hacía la recolecta. Sin olvidar, claro, a los

perros, esos siempre fieles compañeros en toda casa rural y que allí tienen una función que cumplir, un lugar en la organización, por decirlo de alguna manera, y no como los animales que se encierran en los pocos metros cuadrados de un piso y que son sólo para el placer del amo, al animal no se le pregunta ni se le deja libertad para correr por su medio natural. En el campo los animales son mucho más libres que encerrados en un piso, sin lugar a dudas, aunque también tengan que estar sometidos al hombre.

Pero el campo tiene más alicientes, pues todo él es un magnífico jardín donde los críos pueden jugar, colgar sus columpios de los árboles, usar éstos para trepar, ya sea en busca de nidos, ya sólo por el placer de ejercitarse, ya por nuestros viejos recuerdos “arborícolas”, corretear por el campo y los arroyos, pescar (entonces se encontraban peces en los arroyos además de ranas, especie ésta que prácticamente ha desaparecido últimamente de todos los sitios), recoger bellotas, bayas y, desde luego, hacer todo tipo de juegos y divertimentos. La sensación de libertad y de formar parte de la naturaleza que se tiene en el medio rural es muy diferente a la que se respira en una ciudad. Es ... otra forma de vivir.

VI

Y es que la vida en el campo a mediados del siglo XX, en cualquiera de los casos, era hartamente difícil. Se trabajaba de sol a sol, los que tenían trabajo y cuando lo había, pues éste estaba condicionado por la meteorología o los ciclos de siembra / recogida de cosechas. El resto del tiempo era ocioso o, mejor dicho, ingeniárselas para llevar algo que comer a casa, para sacar adelante la prole, así que con calor, frío o tempestad, había que salir a cuidar las cuatro cabras, el que las tenía, o a buscar los productos que nos ofrece libremente la naturaleza o a rebuscar lo que queda después de recogidas las cosechas y, si el hambre aprieta, antes de que se recojan éstas. Por eso las nuevas familias, en muchos casos, solían continuar en la casa de sus padres hasta que, con el tiempo, tenían la oportunidad de poder acceder a una casa propia o bien prestada por algún pariente cercano.

La abuela pasó los primeros meses de su matrimonio en casa de sus padres hasta que tuvo la suya propia. El tema de la casa no fue tan fácil, no, porque su suegra quería que se fueran a vivir a su casa e insistió en ello sobre todo cuando se casó una de sus hijas y dejó la casa materna y eso que ya para entonces la abuela tenía tres hijos y esperando el cuarto. Y a su suegra le quedaban en casa todavía otros tres hijos solteros, si bien es verdad que la casa era bastante grande pues, sin llegar a cortijo, se podría decir que era una casa típica de labranza de las muchas que existen en la campiña andaluza.

Y su suegra tenía sus razones, ya que su hijo mayor, el marido de la abuela, era el que le llevaba todos los asuntos de papeleos, bancos –por la necesidad de créditos más que nada - y organización de las labores del campo, amén del trabajo que él y sus hijos realizaban en el mismo y que quedaba, por así decirlo, a beneficio de inventario. Así que, aquel buen hombre, tenía dos sombreros de padre y esposo: para su esposa e hijos por un lado y para su madre y hermanos por otro. Dos casas a las que atender, dos familias a las que había que procurar tener cubiertas sus necesidades más elementales.

La abuela, siempre sabía ella, se negó a irse. Y no porque tuviera ningún conflicto con su suegra o cuñados con los que

siempre se llevó muy bien. Pero ella intuía que su sitio estaba con su marido y sus niños, lejos –aún en la cercanía- del vivir día a día ya fuera en la casa de sus padres o de su suegra, porque las relaciones humanas como mejor funcionan es con cada uno en su sitio, en su casa y dejando los temas comunes, los que realmente tengan en común con familia o amigos, para otro terreno, para un terreno neutral propio de esos asuntos. Pero en la vida familiar, cada uno en su casa. Que su marido tenía que ir a diario a la casa de su madre a resolver temas o a llevarle dinero o a hacer la siembra o vender la cosecha: pues bien. Del mismo modo, es decir, dividiéndose casi en dos, atendía las necesidades de ella y de sus hijos. Lo de ir a diario a casa de su madre es un decir, porque algunas veces su madre se pasaba muchos días enviándole recados para que fuera a verla pero como el pobre hombre no tenía un duro que era, en realidad, lo que quería su madre, pues demoraba la visita hasta que tenía algo que poder llevarle. ¡Esa era la lucha diaria de este hombre! Ingeniarse cada día cómo o de dónde podía sacar algo para atender a sus dos familias.

Yo conozco muchos de esos días, en los que se iba al pueblo sin ningún motivo aparente y en el que permanecía dando vueltas de un lado a otro, de un bar a otro, aunque él si tenía claro a lo que iba: a tratar de encontrar a alguien que le comprara la cosecha que todavía no se había recogido, o parte de la que había sobrado o, por lo menos, que le prestara algún dinero que le permitiera seguir tirando para adelante unos días hasta que vinieran tiempos mejores. Y si tenía suerte, pues volvía a su casa para poder dar algo a su mujer y a su madre. Pero muchas veces volvía con los bolsillos más vacíos que habían ido y con el estómago, igualmente vacío de comida, aunque se hubiera tenido que tomar unas copas tratando de allanar el camino para que algún amigo le prestara algo. Dura vida la de ser un pedigüeño y que no lo parezca. Pero por unos hijos y familia hay que hacer muchas cosas aunque a uno no le guste.

Pero volvamos al tema, que me estoy desviando. La abuela decidió contra viento y marea seguir en su casa sola, con sus hijos, aquella casa en su pequeña finca que estaba bien alejada de la de sus padres y suegra.

- La verdad, mamá, es que dentro de las carencias que había entonces, yo creo que nos defendimos bastante bien en aquellos primeros tiempos en el campo, apuntó Marcos en una de sus charlas con la abuela. Yo recuerdo muchas cosas de entonces, pero hay algunas que las tengo olvidadas o borrosas, por ejemplo, una de ellas es la de que no recuerdo haber recogido aceituna en las fincas de los Rojas, que tú dices que sí, aunque si me acuerdo de haber ido a rebuscar aceituna, vamos casi a robarla porque nosotros la recogíamos tanto de los olivos que ya habían sido recogidos como de los que la tenían toda.
- A robarlas dices, ja, ja, ja. Si fuisteis de rebusca, pero también un año por lo menos estuvisteis dos trabajando en los rojas y dos con papa Manuel. Sí, igual tú estabas con papa Manuel y en Rojas estaba la Carmen y otro. Pues ya ves, las cuentas con tu abuelo las eché yo y recogí mi dinero del trabajo vuestro en la aceituna. Pero las cuentas con los Rojas las echó tu tío Santiago y el dinero fue a parar a la casa de tu abuela, así que ya ves tú. Y ese dinero yo lo tenía previsto para entregárselo a Emeterio, que tú sabes que yo iba comprando en su tienda lo que necesitaba y luego le iba pagando como podía: un día le llevaba huevos, otro le daba unas pesetas, o unos duros, en fin lo que podía y con el dinero que ganabais vosotros en la aceituna o en el algodón o cuando se vendía algún chivo o borregos, pues entonces le llevaba más cantidad y así íbamos funcionando. Porque a Emeterio siempre le teníamos la cuenta en rojo que yo os decía cuando os mandaba a comprar cosas, decirle que lo apunte en el libro verde (risas) y él siempre nos tuvo cuenta abierta, siempre nos sacó de muchos apuros. Y cuando yo veía que la cosa estaba muy achuchada pues os mandaba a la casa de mama Carmina, sobre todo a la Andrea que era la más lanzada para eso. Decía mi gente: ya está aquí la gitana, porque ella siempre que iba, iba a pedir. Ella no se cortaba con nada. Que si un trozo de jabón, que si un poco de aceite, que yo le decía a Andrea dile a la abuela que es que no tiene Emeterio, je, je, je.

- Pero mi Andrea era única para eso, ella llegaba y se colgaba al cuello de la abuela y le sacaba lo que quería
- Sí, porque yo para eso no sirvo, respondió su hijo, a mi siempre me ha dado mucha vergüenza pedir algo y alguna vez que tuve que hacerlo tú no sabes lo que yo pasé, porque incluso protestaban para darnos un poco de paja para la burra, ya ves tú un saco de paja que nos llevábamos con toda la que tenían ellos en el pajar, y a mí eso me resultaba fatal.
 - Pero Andrea era diferente - y lo sigue siendo -, ella de niña era muy alcahueta y le empezaba a decir a mama Carmina, ¡ay mi abuela, que guapa es! ¡ay, cuánto te quiero!, hasta que le sacaba lo que quería. Un día, me acuerdo que fuimos a casa de mama Carmina y yo no sé si es que lo comentamos por el camino o qué, el caso es que cuando llegamos ella empezó con sus zalamerías hasta que le sacó que le comprara la abuela unas zapatillas que quería. Y ropa, zapatos y de todo le compraban porque mis hermanas, sobre todo mi Carmen, la empujaba mucho a comprar y es que ellas se la llevaban por ahí de romería, de fiestas, de boda, en fin, iban con su niña de aquí para allá, ya que era su primera sobrina, y les gustaba que fuera bien arregladita, así que le compraban muchas cosas. Porque tú sabes que antes las mocitas no salían solas y por eso se llevaban a la niña. Me acuerdo que un día fui yo con mi Andrea de romería, que yo iba para llevar a las titas, y como mi Andrea no tenía zapatos, pues ellas le compraron unos nuevos. Bueno mi Andrea no tenía zapatos ni mi Carmen ropa, que a Carmen también la llevé con unos pañales y nada más, porque no tenía otra cosa que ponerle. Pero a Andrea le compraron unos zapatos que le estaban muy grandes y no se pudieron cambiar porque estaba cerrado, así que hubo que meterle en las puntas un poco de lana para que se los pudiera poner. Aún así, la chiquilla iba andando de mala manera con aquellos zapatos y le estaban haciendo hasta daño menos mal que papa Manuel

que estaba también allí, le compró unas sandalias de goma porque la chiquilla ya no podía más.

Los recuerdos de la abuela llegaban hasta los rincones más lejanos de su infancia, de su vida, pero destacaban, de alguna manera o al menos así parecía desprenderse de su relato, dos momentos clave: sus comienzos de casada y cargada de hijos viviendo en lo que entonces era un medio hostil, el rural, y el otro momento más difícil y doloroso como fue el quedarse viuda con hijos pequeños y todo lo que vino después. De sus inicios de casada, la abuela seguía contando bonitos recuerdos:

Por aquellos tiempos en los que yo era mozuela, decía la abuela, no teníamos ni radio en la casa, bueno prácticamente nadie en aquella zona tenía radio. La primera radio que yo tuve fue estando ya casada y viviendo en la casilla, que me la regaló a mi tu padre para el día de mi santo. Porque la casa la hicieron tu padre, sus hermanos y los míos, que allí fue a trabajar todo el que pudo, aunque había un manigero dirigiendo la obra y a ese había que pagarle las peonadas. Y también tuvimos trabajando a albañiles colocando las tejas, las vigas, la chimenea, el horno, puertas y ventanas, en fin, que tuvimos que pagar bastantes jornales. El gasto fue de esos jornales y el material, porque la tierra la cogimos de allí, del cerrillo. Porque a aquello había que ir echándole la tierra, piedras, agua y cal, en cimientos y paredes, e ir pisando todo hasta que quedaba compacto, que tu te acordarás de aquellos pisones de madera que teníamos y que eran con los que se hizo la casa. Y el manigero dirigía y trabajaba, porque también había que ir poniendo los tablones para levantar las paredes y luego las vigas, en fin, que el hombre llevaba la construcción. Y aunque tuvimos ayuda familiar, nos costó bastante hacer la casa.

- Como no me voy a acordar yo de los pisones, dijo Marcos, si yo trabajé con ellos en la cooperativa cuando se estaban haciendo las calles por dentro de la fábrica. ¡Y que no pesaban nada, los puñeteros! Y también me acuerdo de haber trabajado en el molino cuando mama Rosa tenía el cine, vendiendo refrescos con un cubo por

en medio de la sala de mala manera; o en la taquilla o en los carnavales en los que se hacían aquellas burradas de matar los gallos a pedradas y cosas de esas.

- Pues el molino lo hicieron los mismos albañiles que estuvieron haciendo la casa, el cochino y el as como les llamaban, y tuvieron de peones a mi Andrea y a mi Carmen que, ya ves tú, mi Carmen no podía ni con un cubo y tú no estuviste porque ya estabas en el sindicato. Que anda que no hemos echado jornales en la casa de mama Rosa y todo ¿para qué? para quedar peor.
- Eso no lo ven ni lo valoran ellos.
- Eso no lo ven, no, porque una vez le dijo tu tío Santiago a tu padre que sus niños iban a ser hombres y los de tu padre una mierda.
- ¿Eso le dijo?
- Eso dijo, dijo que él tenía a sus hijos ganando dineros y que los suyos ni ganaban dinero ni hacían nada. El uno lo tienes en el sindicato de señorito, dijo, y los otros igual, sin dar ni golpe. Que tú estuvieras en el sindicato les ponía a ellos negros.

Pues cuando nos fuimos a vivir a la casilla, siguió la abuela, a la casa de campo como decimos ahora, estaba ya viviendo allí la Felisa, en la otra casa vieja que había enfrente y su madre, la coja, que estuvieron hasta que nació mi Carmen. Y estuvieron allí viviendo treinta y tantos años porque la coja crió allí a sus hijos, en una casa en la que tenían que ir a por el agua bastante lejos y que no había apaños para nada. Y además, que eran personas que no tenían nada ni de dónde sacarlo, porque los chiquillos, el quiqui y el Sabino, como les llamaban ellas, estaban muertos de hambre los pobrecitos, tan delgaditos como esos que salen del tercer mundo o en los campos de refugiados. Eran tiempos malos, malos, de escasez. Y papá se reía mucho con ellos, porque nosotros teníamos nuestro horno en la casa y yo me traía la harina de la casa de mama Carmina y una vez al mes amasábamos y hacíamos el pan. Y siempre papá le daba una rosca a ellos, que él los llamaba la jaca y el caballito, ya sabes que a tu padre le gustaba poner motes a todo el mundo, cosa que es muy de nuestra tierra. Pues ellos estaban agachaditos o sentados viendo el trajín

de meter y sacar en el horno y, claro, cayéndoseles la baba, pero quietecitos esperando y cuando estaba listo el pan, iba tu padre y le decía al mayor, que era el quiqui: te doy una rosca pero le tienes que dar al caballito. Y el otro, respondía: ¿a ese hijo de la gran puta le voy yo a dar rosca? ¡Ni hablar! ¡Que se muera de hambre! porque se llevaban a matar, no quería al hermano más chico nada de nada, lo que es la miseria. Y entonces decía tu padre, pues, en ese caso, al que gane una carrera se la doy. Y los ponía a correr un tramo corto pero, por lógica, el mayor ganaba siempre y tu padre decía, no ha valido por tal o por cual cosa así que, empezamos otra vez, y así los “enrabietaba” un poco hasta que ya sujetaba al mayor o le daba delantera al otro, total que ganaba el pequeño y tu padre empezaba a dar voces ¡ha ganado el caballito!, ¡ha ganado el caballito! y todo por oír al otro que en ese momento se cagaba en la madre que lo parió y le decía barbaridades de todo tipo. Y ya les daba el pan, procurando que fuera igual para los dos porque, aun así, se peleaban por el pan que les hubiera dado. En fin, el hambre hace que se den estas barbaridades.

Después estuvimos algún tiempo solos, sin nadie viviendo en aquella casa hasta que vino una hermana de Rosario, la mujer del tío Antonio. Y un poco más tarde, fue cuando ya se vino el tío Antonio y su familia, sus cuatro hijos, dos chicas y dos chico pero ya mayores, porque ellos eran un matrimonio mayor.

El tío Antonio...

- ¡Abuela! ¡abuelita!
- ¡Aaay mi Mari que guapa es! Qué, ¿cuéntame qué has hecho hoy en el cole?, se dirigió la abuela a su nieta que venía del colegio.
- Pues hoy, lo de siempre abuela: estudiar en el rollo del cole, porque es un rollo. Y además hoy la señorita Claudia parece que estaba enfadada con alguien y lo paga con nosotras, que nos ha echado una bronca porque dice que armamos mucho ruido pero ¿qué quiere? ¿qué estemos todo el día sin abrir la boca? ¡Pues sí que ..!
-

La casa de la abuela era lugar de parada y fonda muchas veces para algunos de sus nietos que en vez de ir directamente a

su casa después del cole, hacían un alto en casa de la abuela para merendar ¿será que la comida de la abuela es mejor? ¿Qué atracción ejerce la casa de la abuela que siempre está llena de gente?, gente familiar y querida, si, pero allí siempre hay invitados o auto invitados.

En fin, sigamos en el punto en que estábamos cuando fue interrumpido el relato de la abuela por su nieta, cuando madre e hijo hablaban del tío Antonio que, según recordaba muy bien Marcos, era un hombre en edad *jubilable*, que no jubilado, ya que el que vive en y del medio rural en plan pobre, nunca puede jubilarse y trabaja hasta que entre cuatro lo trasladan al otro barrio. Rosario, su esposa, también en edad *jubilable* y mujer de buen ánimo compartía con él y los cuatro hijos lo que tenían y, la verdad, es que hacían una familia bastante bien avenida. Aunque el tío Antonio tenía otros dos hijos de su anterior matrimonio del que enviudó y que estaban ya casados y vivían por ahí, no vivían con ellos.

Esta familia aportaba compañía en aquel solitario lugar al tiempo que también la recibía, por lo que ambas partes ganaban con la cercanía de sus casas, que no distaban más de cincuenta metros la una de la otra. La del tío Antonio y familia, vieja y hecha de barro al igual que la de la abuela, pero ésta podía datar del tiempo de los romanos, pues se encontraron tinajas, canaletas y otras construcciones parecidas que indicaban que aquella casa vieja llevaba allí muchos años y había acogido a viejos y desconocidos lugareños. Lo más curioso de la construcción de ésta casa era el emplazamiento pues para no tener que trabajar demasiado fueron sacando la tierra de la parte delantera de la casa, lo que originó una especie de cráter que podía dar lugar a una laguna. Para evitar esto, habían hecho un pozo en la parte delantera que recogía las aguas de lluvia tratando de impedir que se formara una laguna de agua en la puerta de la casa, cosa que no siempre se evitaba pues si las lluvias eran persistentes el pozo acababa hasta los bordes y al no tener el agua otra salida, iba llenando el cráter llegando a entrar hasta la propia vivienda muchas veces. Era un espectáculo ver a la señora Rosario salir con su vestido remangado y descalza por el agua hasta alcanzar el camino firme.

Pero quizá lo más importante que aportaban estas dos personas mayores y, a su vez y en compensación recibían, era conversación. Los ancianos tienen necesidad de contar sus batallitas, sus historias o, simplemente, llenar su tiempo con alguien con quien poder conversar. Y los críos necesitan, quieren saber, conocer y en tiempos en los que no había televisión ni otros entretenimientos como hoy, pues una persona mayor y unos críos eran como el rabo a las pasas: no eran nada el uno sin los otros. Así es que se juntaba el hambre con las ganas de comer, es un decir, aunque del hambre de aquellos tiempos también se podría hablar: dos ancianos con tiempo y ganas de contar cosas y unos críos aviesos y dispuestos a preguntar y a oír las historias, sobre todo las del tío Antonio. Y allí, bajo el melocotonero que había al lado del pozo, árbol frondoso y de jugosos y amarillentos manjares, se sentaba el buen anciano en una vieja silla y un corro de críos tomaba asiento en el suelo escuchando sus cuentos e historias.

Otra función que tuvo el tío Antonio fue la de pastor. El abuelo tenía algunas ovejas y como era guarda de las fincas que estaban en los alrededores, pues podía llevarlas a pastar allí que éste era uno de los beneficios que tenía el ser guarda, ya que el sueldo era bien escaso. Y él hacía este trabajo sacando también fruto de ello, pues parte de las ovejas eran suyas. Así, el abuelo ponía las tierras donde pastar el ganado y el anciano pastor, su trabajo. Y las dos partes tenían su beneficio. Marcos y algún otro hermano fueron zagales muchas veces a las órdenes del viejo pastor por aquellas fincas, con sol y con lluvia, con viento y con frío pues a los animales había que sacarlos a comer todos los días. Y sobre todo los días de invierno, de frío y lluvia, eran muy duros, todo el día tirado en el campo pendiente del rebaño, sin apenas poder resguardarte del agua que toda caía encima del chubasquero, con los pies húmedos cuando no chorreando, comiendo mal y frío, en fin uno de los trabajos más ingratos que puede haber aunque también tiene sus cosas buenas, sus momentos de diversión y, sobre todo, el sentir a la naturaleza en su plenitud. Pero en los días de invierno el trabajo era doble ya que había que cambiar los rediles al ganado casi a diario, pues por la noche se convertía aquello en un auténtico fangal y así

había que ir cambiándolo a otro sitio más seco y duro lo que servía a su vez para ir fertilizando la tierra de forma natural. El tío Antonio, en fin, era un hombre de campo, sencillo y sin más aspiraciones que tener algo que llevarse a la boca cada día, que al menos un cacho de pan le mantuviera la vida y la esperanza. Y sólo con eso él mantenía un extraordinario buen humor. Fue una buena compañía y vecindad la que había entre las dos familias.

VII

- En nuestras charlas hemos dado repaso a casi todo lo concerniente a la vida en general y la tuya y de los que te rodean en particular, pero poco o casi nada de tus relaciones con papá, quiero decir, relaciones de matrimonio ¿qué tal fueron?, inquirió un día su hijo en una de las muchas charlas tenidas con la abuela.
- Nosotros siempre nos llevamos bien. Nunca hubo voces del uno al otro ni nada parecido y aunque él tenía su genio y yo el mío lo sobrellevábamos bien. Y yo nunca, nunca, ni cuando alguna vez llegó tu padre borracho, que tuvo un tiempo de buenas borracheras, le levanté la voz. Bueno cuando llegaba borracho no le decía nada, aunque al día siguiente si se lo decía. ¡Vaya si se lo decía! Y es que tuvo un tiempo en el que cuando venía de la casa de su madre pasaba por la tasca del Carretas y allí se encontraba con el Afrasio, que era un vejete que siempre estaba allí en la tasca, y se liaba con él de charla y vinos, total que cuando llegaba después de dos o tres horas de estar en la tasca llegaba bien puesto. Yo no le decía nada en ese momento, pero al día siguiente si se lo decía. Y luego se me enredó con las Lolas y tuvimos un poco de tirantez y ..
- ¡Coño, eso no la sabía yo!, aunque sí que papá era, bueno, que parece que le gustaban las faldas igual que a mí. Pero ¿quiénes eran las Lolas?

Una de ellas era hermana de la Felisa, respondió la abuela, y la otra vivía por allí por la casa del tuerto y las dos eran putas y lo tuvieron enredado un tiempo, no mucho, porque yo le dije un día ¡oye bien lo que te digo! como sigas yéndote por ahí con esas putas, la vamos a tener. Y dejó de ir, aunque él en realidad iba solo de vez en cuando, echaba una canita al aire y ya está, je, je, je. Pero las Lolas traían a un montón de hombres en revolución, hasta a unos pocos de guardias civiles los tenían arruinados de familia, porque ellas se iban con todos, con todos. Tenían fama. La hermana de la Felisa, se quedó embarazada y tuvo un hijo que decía que era de mi hermano Toño y mi hermano fue un día y le

dio unos “sopapos” al tiempo que le decía: ¿de quién coño es el chiquillo? ¿Mío? ¡Pero si tú te has acostado con todos los hombres de la comarca! Puede ser de cualquiera, ¡qué coño va a ser mío! Y eso mismo decía yo, porque a mí me decían que también esta Lola tenía un chiquillo de tu padre, pero yo decía lo mismo que mi hermano, si puede ser de cualquiera de la comarca, que eso no lo sabría ni ella misma si cada día pasaban por su cama unos pocos. Y con otra que pudo estar liado fue con la viuda ésa que tenía un hijo mayor que nos dejó una deuda, vamos que tu padre le tenía avalado la compra de un tractor y al final tuvimos que pagar lo que quedaba porque nos cargó el banco una letra cuando murió tu padre y que el niño decía que él ya había pagado. Pero como tenía avalado tu padre, nos la cargaron. Y aunque decían que el niño era de tu padre, no puede ser, porque cuando tu padre, que yo sepa, conoció a esa mujer tenía el niño ya grandecito. Lo que pasa es que ella era viuda y tu padre le empezó a arreglar papeles, que tú sabes que tu padre le echaba una mano con los papeles a todo el que se lo pedía y a ésta pues, igual le echó más de una mano. Con ésta si pudo estar liado, aunque yo no lo pude averiguar.

- Y papá te ha dejado alguna vez, quiero decir, si se ha ido un tiempo de la casa dejándote sola. Te lo pregunto porque yo no si que lo he soñado o qué, pero tengo la “imagen” de que papá se iba y luego volvía y yo lo tengo aquí, en mi mente, como un sueño.
- ¡Nunca! El no me dejó nunca. Vamos, las únicas veces que yo me he quedado sola era cuando él iba a Madrid con la gente del Sindicato por el cargo que tenía en la Unión de Trabajadores o la gente de la Cooperativa y eso cuando no me podía llevar, que él me llevaba siempre que podía. El lo único que hizo alguna vez fue eso, correrse una juerga y llegar tarde, pero él volvía a casa siempre. Y juergas si se corrió bastantes porque también estuvo un tiempo en que se iba al pueblo de las Torres, que de allí era su amigo Juan de las Rejas, que tenía bastante dinero, y en cuanto se juntaban los dos y tu padrino, que ése era otro que tal, pues se corrían unas juergas tremendas. Fue una temporada, al menos dos o tres años, en los que él en la fecha de la aceituna iba a venderla allí en el pueblo de las Torres y ganó un

buen dinerito y como tenía que ir allí a ajustar cuentas, a hacer tratos y eso, pues se corrió buenas juergas. Pero cuando llegaba a casa me lo contaba todo, él me decía lo que habían hecho. Pero ya ves, él no se gastaba un duro, que todo lo pagaban Juan de las Rejas y tu padrino, que los dos tenían mucho dinero, aunque los dos acabaron arruinados. Supongo que se dirían, ¡que nos quiten lo bailao! Y tu padre pues iba a acompañarles, porque el hacía muy buenas migas con ellos. Un día, me contó que estuvieron toda la noche en un local con unas artistas gitanas, pero ellos solos, que mandaron cerrar el local y se quedaron solo ellos, y una de ellas era una artista importante no sé si sería Lola Flores ú otra artista célebre, que no me acuerdo que artista era, que estaba con su marido y su gente, su grupo, y creo que organizaron una fiesta de escándalo y ellos se hicieron fotos con ellas y todo. En fin esto lo hacían cada dos por tres, así acabaron, arruinados los dos que tenían, porque tu padre como no tenía no se podía arruinar, ja, ja,ja. Pero él no faltó de volver a casa nunca, nunca, ... Bueno, no, que una vez, recién casados, faltó una noche ..

- ¡cojones!

Sí, siguió la abuela, fue porque había ido al pueblo de las Torres a algo de la aceituna y cayó una tormenta tremenda. Estábamos viviendo en casa de mama Carmina todavía, claro si fue recién casados y no tenía yo ni a mi Andrea ni nada, y la tormenta dejó tanta agua que ellos apenas podían hacer el camino aunque iban con las mulas, porque entonces se iba con las mulas. Iba con él el Chaparro, como le llamaban, no sé si tu te acuerdas que era primo segundo suyo, de su tío Manolo, si hombre que tenía otros dos o tres hijos y vivían allí al lado de la casa de mama Rosa. Pues aquella noche no fue tu padre a dormir conmigo, que se quedó en la casa de su madre porque el arroyo iba corriendo a mares y no se podía cruzar. Así que yo le dije a mi padre que en cuanto amaneciera iba a ir a casa de mi suegra a ver qué había pasado, pero papa Manuel dice: ¿pero niña, con el agua que lleva el arroyo vas a ir? Bueno, anda llévate la yegua y no vayas andando. Así que cogí mi yegua y me fui y cuando llegué allí el Chaparro se traía un cachondeo conmigo diciéndome, anda que hemos estado que si con una rubia, que si una morena, queriendo sacarme los colores. Pero yo no me “acharé” y le dije: ¿Habéis

disfrutado? ¡Claro que hemos disfrutado! dice. Pues estupendo, eso es lo que hay que hacer, disfrutar de la vida. Y no me pudo “acharar”. Y claro que habían estado de juerga, que después el me lo contó. Ya que no se podían venir, pues echaron el rato y ya está.

- Pues fíjate que yo siempre he tenido esa impresión, como un sueño, de que papá nos abandonaba y volvía al cabo del tiempo. Las cosas de la mente, supongo, que parecen tener un funcionamiento independiente de nuestra parte consciente.
- Será eso, porque él nunca nos dejó. Y es que tampoco podía ser de otra manera porque con tantos como habéis sido y, sobre todo, cuando estabais chicos no había más remedio que estar a cuatro manos y si fueran más, mejor. Porque aunque desde que mi Andrea fue un poco mayorcita, aún siendo niña, he tenido la ayuda de vosotros, los mayores, para cuidar a los más pequeños. Y para hacer las cosas de la casa, para hacerme los recados, la compra y muchas cosas que tú te acordarás de todo, ya que yo muchas veces he necesitado ayuda, sobre todo cada vez que venía un hijo nuevo que era una vez al año, aunque hubo un año en el que vinieron dos: en enero, mi Rosina y en Diciembre, Emilio. Así que ya ves si hacían falta manos.
- La verdad mamá, es que has tenido que pasar lo que nadie sabe para tratar de sacar flote una casa y tantos hijos, aunque fueran otros tiempos en los que parece que las cosas eran más fáciles, reconoció Marcos.
- Pero salimos adelante y yo creo que bastante bien, sentenció la abuela.

Lo cierto y verdad es que sacar adelante una casa con catorce hijos pequeños parece una tarea imposible, ya que siempre había pañales que lavar y culitos que limpiar. Pero si se ven las cosas desde dentro, es diferente. La sensación que se percibía a veces en aquella casa era la de que existía una organización que usaban las mejores técnicas de aprovechamiento del tiempo y material, cual si de una moderna fábrica se tratara.

Por ejemplo, en el aseo personal. Los mayores iniciaban el lavado y secado de los más pequeños utilizando, incluso, el sistema de cadena, pues uno lavaba, otro secaba, otro vestía, etc., hasta dejar listo al infante. Y así uno tras otro, empezando por los más pequeños, hasta llegar el turno a los más mayores, que ya se las arreglaban solos.

O el colegio, en el que los mayores hacían no sólo de guías de los pequeños para llevarles y ocuparse de ellos en el cole, sino que también les ayudaban con los deberes en casa para que nadie se sintiera perdido con los estudios. Y hay que tener en cuenta que el colegio estaba lejos y en invierno aquellos caminos llenos de fango y charcos eran muy apropiados para meterse en el agua o en el barro y quedarse atascados, cosa que ocurría con frecuencia, pues los niños, siempre son niños, y juegan sin ver el peligro. Así que muchos días volvían con los pies completamente chorreando y las botas hechas una pena.

La comida era otra de las escenas curiosas, pues al ser mucha gente no había mesa para tantos. Así que primero comían los más pequeños, ayudados por los mayores, después los mayores, atendidos por su madre y hermanas mayores y, finalmente, los adultos y, cosa curiosa, a veces servidos por sus mismos hijos mayores. Es todo un lujo organizativo. Eso sí, a veces se producían discusiones tratando de averiguar a quien le tocaba o no fregar platos o servir la comida, barrer o hacer otras cosas de la casa. Pero ¿no ocurre igual incluso cuando hay sólo son dos personas? ¡Pues eso!

Y no hablemos de la hora de dormir. Camas con cuatro niños, dos con la cabeza a una parte y los otros dos a la otra y con los cuatro, digo ocho, pies juntos y unos entre otros. Literas de hasta tres alturas. O los sueños y las pesadillas que hacían que la cama de los padres siempre estuviera “visitada” por uno o dos pequeños, aunque a veces había que trasladarlos a la cama de algún mayor, cuando la de los padres ya estaba demasiado llena, para que se durmiera sin miedo. El orinal lleno, camas “mojadas”, los “mamá, quiero agua”, o quiero pis, etc., hacían que la noche fuera de lo más divertido (para contarlo, claro).

Y tantas otras situaciones que se podrían relatar y que demuestran que es más fácil, salvando las distancias, claro, cuidar

a catorce hijos que a uno o dos solos, ya que los primeros tienen la necesidad de ocuparse de ellos mismos y, por instinto, cuidarse unos a otros, y cuando sólo son dos, además de aparecer más frecuentemente el egoísmo, se vuelven más necesitados de mimos y más caprichosos.

Catorce niños son como un pequeño regimiento, con un cierto orden, funciones y reglas, pues cada cual tenía su cometido aunque alguno, como en la mili, intentara escaquearse, mientras que dos niños solamente son como una interminable discusión sin tema aparente.

Y hay que recordar entre esas funciones y reglas, las de ir a la compra, por ejemplo, en el que un par de mocosos subidos a una burra que a veces hacía ella lo que quería pues ni entre los dos tenían fuerzas suficientes para dirigirla y con una lista de mercancía en el bolsillo, se acercaban a la tienda más cercana que distaba más de un kilómetro de la casa a por los productos que necesitaba la abuela.

O en lo del orden también hay que recordar como la hermana mayor y, por ende, con más autoridad aunque no por tal, sino por los pellizcos retorcidos en el brazo que daba a aquel que no acataba prontamente sus instrucciones y que terminaban con la queja o llantos de los más pequeños, aunque de poco le servía, pues ya se quedaba con el el pellizco.

En fin, todo un rosario de anécdotas.

VIII

- En cualquier caso y a pesar de haber salido bastante bien de los problemas de aquellos tiempos, nadie sabe lo que yo he pasado con los hijos, dijo la abuela, porque ¡Ay! ¡Tú no sabes la guerra disteis! Casi todos vosotros, empezando por mi Carmen que fue la primera que empezó a dar la lata, bueno no, que Andrea también me dio bastante, aunque menos que Carmen, y tú diste poca, tú fuiste un niño muy tranquilo ..
- Como ahora, je, je, je, ironizó Marcos.
- Ja, ja, ja., sí.

Pero mi Carmen, siguió la abuela, casi siempre estaba malita y tan sequilla como era, tan poquita cosa y cogió una pulmonía con la que estuvo una semana o poco más y estuvo muy malita. La llevamos a Las Torres al doctor Sancho Malón, que era el médico al que íbamos nosotros allí, y le dijo que tenía pulmonía y aquella misma noche se puso fatal. ¡Qué malita se puso! ¡Y estaba sin bautizar! ¡Pues vamos a bautizarla! Y nos fuimos a bautizarla y vino con nosotros Valle, la de los Cabreros. Y como íbamos andando hacia el pueblo ella no quería nada más que cogerla, llevarla ella en brazos pensando que se moría en el camino. Cuando llegamos al pueblo se nos incorporó papa Manuel que estaba allí y dijo: ¡Vamos a llevarla al médico! ¿no? ¡Vamos a llevarla!, dije yo. Y la llevamos a un médico que decían que era sabio, no sé cómo se llamaba, ... Luis creo que se llamaba, pero cuando la vio el tío dijo que no tenía nada, que lo que tenía es que su madre la iba a matar porque tenía la teta muy fuerte y tan chiquita como era pues no podía con ella, así que la iba a matar con la teta. Yo, a esto, sin mirarle a él, yo sólo miraba a mi niña y entonces se dirige a mí y me dice: ¿Es que no me miras siquiera ni me dices nada? Dije: para qué si usted lo está diciendo todo. Y eso es todo lo que nos dijo y las esperanzas que nos dio. Le recetó algunas medicinas y ya está.

- ¿Y le quitaste la teta?
- Yo que le voy a quitar la teta, ni mi teta era fuerte ni nada. Y para cuatro días, como el otro que dice, que yo le daba teta. Y así se quedó la cosa. Pero a papá le quedó la

duda de que sí, de que a lo mejor tenía la teta mala y desde entonces no quería que se la diera a ninguno. A Emilio no me dejó ni metérsela en la boca y ya ves, Emilio murió y en cambio todos los demás salisteis adelante. Pero con Carmen yo pasé mucho, mucho, tan flacucha. ...Y luego vino Bernardo, que estuvo malo, malo, malo Le echaron el mal de ojo y...

- Me acuerdo yo de eso, que pasaba por allí una vieja con un burro que ..
- Iba a curarle. Aquella vieja iba a curarle. A tu hermano Bernardo lo tuvimos que llevar al doctor Manzanares, que era un buen médico y nos recetó unas medicinas y dijo: el niño con este tratamiento se tiene que poner bien. Pero el niño iba cada vez peor así que a los diez o doce días volvimos (aunque él nos había dado medicinas para un mes) y cuando llegamos allí lo cogió en brazos y subiéndolo así, dice: ¿pero qué habéis hecho con éste niño? Y es que el pobre iba fritico, claro habíamos salido del pueblo y sin parar nada nos habíamos puesto en Córdoba que es dónde tenía la consulta y yo no llevaba ni agua, así que el pobre iba frito. Se metió el médico en el lavabo y empezó a darle vasos de agua y el niño a beber y beber y el doctor le decía, como si el chiquillo le entendiera, no te preocupes hombre que te voy a dar todo el agua que quieras. Así que cuando el chiquillo ya se hartó de agua, nos pregunta ¿Pero qué le habéis hecho? Pues mire usted, nada. Le estamos dando el tratamiento que usted nos dio, pero no mejora, más bien empeora. Y entonces nos pregunta. ¿Tenéis mucho dinero?
- ¡Vaya preguntita!
- Sí hijo, sí. Y le contestó tu padre: ninguno, doctor. Pero usted recete lo que tenga que recetar que si no tengo el dinero lo robo, si hace falta, pero lo que necesite mi hijo, lo tendrá. Total que ya se puso a recetar y sólo una de las medicinas que le recetó para el día (y de las que se tomó cuatro o cinco) valía quince duros (para que compares, tu padre ganaba entonces, cinco duros, así que tres veces más de lo que él ganaba), más otras medicinas que le

mandó y alimentos especiales. Pero aquello fue lo que le acabó de quitar todo lo que tenía, le curó. Aquella medicina era buenísima, se llamaba algo así como estreptomocina o parecido y le quitó las fiebres y lo dejó nuevo.

- Y los demás ¿también tuvimos problemas de salud?
- De pequeños todos o casi todos habéis tenido algo, hasta cumplir el año más o menos. Hasta que habéis echado a andar o así, habéis tenido algún problema. Pero con Carmen, Bernardo y luego Rosina ...
- ¿Rosina también estuvo mala?

Con Rosina pasé yo más que con nadie, contestó la abuela. Rosina tenía un ahogo muy malo, vamos que se ahogaba, que se quedaba sin respiración, y el médico nuestro nos mandó llevarla a Córdoba, al seguro, y el tío desgraciado al que la llevé pues... Lo que pasó es que papá se había ido dejándome sola allí en la sala de espera y tú sabes que en los ambulatorios pues visitan más de un médico por la misma puerta, por lo menos así lo hacían antes. El caso es que yo pregunté que por qué puerta me tocaba y me la dijeron y cuando llegó mi número, pues fui a pasar. Pero el médico al que me dirigí no era el mío, que era otro, y aquel tío bárbaro, que no era otra cosa que eso, un bárbaro, me dio un empujón que por poco me tira allí en medio. Así que me retiré y cuando llegó el otro, pues entré. Y el otro, el mío, que no era mucho más amable que el anterior, eso sí, sin empujar y sin mirar a la niña, pregunta: ¿qué le pasa a la niña? Pues mire usted: esto le pasa y le conté el problema. No recuerdo lo que me mandó, pero él no la miró tan siquiera y menos por rayos equis, ni nada, vamos que no le hizo nada. Así que me llevé a la niña a mi casa y al día siguiente amaneció mi niña llorando que no había forma de callarla. Venga llorar y llorar. Así que la cogí y me la llevé al pueblo, con una cesta en una mano y en la otra mi niña, y me fui sola ya que se lo dije a tu tío Julián que estaba segando allí cerca, en aquellos arroyos, vamos que mandé a los chiquillos a que se lo dijeran, pero él contestó que no se atrevía a llevarme en la moto que lo que iba a hacer era avisar a tu padre para que él me llevara. Pero yo no esperé y cogí a mi niña y me encaminé para el pueblo, esperando que él me alcanzara en el camino. Así que con mi cesta

y mi paraguas para quitarle el sol a la niña, me encaminé hacia el pueblo. Y cuando llegué a la altura de la carretera, por el puente que hay frente a la casa, pasó un coche y después de traspasarme bien se paró y dio marcha atrás hasta llegar a mí y me dice un señor que iba subido en la parte de atrás: señora, ¿adónde va? Al médico, dije. ¡Súbase si quiere!, me dijo. Así que me subí al coche y el hombre dijo: usted nos dice dónde la bajamos. Esas fueron todas las palabras que cruzamos, esa fue toda la charla. Así que cuando llegamos frente a la casa del médico me bajaron. El hombre que iba en el coche seguramente era un señorito de las cercanías, pues lo llevaba un chófer el coche y seguro que al verme así cargada con la niña le diría a su señorito: ¡Mire usted a esa pobre mujer andando!, porque seguro que el hombre ni se dio ni cuenta, pero el hombre se portó bien y se paró a recogernos. Así que me dejaron en la puerta del médico y allí me encontré a papá que se había ido allí directamente por el camino cuando recibió el recado por el tío Julián. Y cuando nos recibe el médico nos dice: pero esta niña ¿no la llevaste ayer a Córdoba? Le dije que sí. Entonces ¿Qué quieres que le haga yo ahora? Pues no lo sé, le contesté, pero es que no puedo callarla y no sé lo que tiene (fíjate que eran ya más de las diez de la mañana y ni con pastillas ni con nada había parado de llorar desde el amanecer). Y el contestó con mal tono: ¡Esta niña lo que tiene es que se va a morir! ¡Eso es lo que tiene, que se muere!

- ¡La madre que lo parió!, soltó Marcos.

Sí hijo, sí., eso dijo. Así es que le contesté, muy alterada, ¡pues si se va a morir por lo menos mándeme algo que la calme para que por lo menos muera tranquila! Y siguió él, ya ves tú, la niña que la llevaste ayer a Córdoba y hoy me la traes a mí y a ver qué hago yo... ¡Pues deme lo que sea, hombre, no ve que está muy mal! Bueno, dijo al fin. Te voy a dar unas pastillas que son muy fuertes así que no le des nada más que media pastilla, no se las des enteras que te la puedes cargar. ¡Pues mejor!, le dije furiosa, así muere tranquila que parece que eso es lo que usted quiere, dejarla que se muera. Y tuvimos un poco de discusión con él y en cuanto salimos, nos fuimos a la casa y poco después de la siesta, la hora de más calor, cogimos la moto y nos fuimos al pueblo de Las Torres. La moto de tu padre que, ya ves, no tenía ni luz, ni

frenos y estaba hecha polvo pero como tu padre le pidió la moto a tu tío Quique que era mejor que la suya y éste no se la quiso dejar, pues tuvimos que ir con la de tu padre. ¡Qué cosas ha tenido que ver una en la propia familia! Así que nos fuimos al médico al que solíamos ir allí, que era el doctor Sancho Malón y lo primero que dice: ¿pero quién te ha dicho a ti que esta niña se muere? Le contesté que el doctor Liberto. ¿Pero ese señor o en Córdoba la han visto por rayos x, la han auscultado? Pues no. Entonces ¿cómo saben ellos que la niña se muere? Pues ya ve usted. ¡Por Dios, por Dios!, exclamó él con rabia. La niña no tiene nada más que una inflamación en la garganta y en el aparato digestivo y si se muere de algo será porque está muy endeblita, pero no por esto. Así que si le quitamos la infección, la niña no se muere. Así que me recetó unas cosas y me dijo que tuviera a la niña muy fresquita, que la pusiera en el suelo sin ropa ni nada, que estuviera fresquita, porque aquel verano fue muy caluroso y que si pasaba el verano teníamos niña. Y así fue, porque la niña lo que tenía era que como tenía el aparato digestivo inflamado pues no podía tragar nada así que se quedo muy delgadita, muy delgadita que parecía un fideo. A Rosarillo la de la vieja le hacía mucha gracia verla, que Rosarillo iba a verla muchas veces, cada vez que iba para la casa de la madre se pasaba por allí y como mi Rosina era muy graciosa cuando chica, muy bonita y tenía unas manillas tan largas y tan finas y allí en el suelo tendida alargando y moviendo sus deditos tan finos, pues a Rosarillo le hacía mucha gracia. Total que pasado el verano, la niña estaba bien y no sólo no se murió sino que cuando llegó septiembre empezó a engordar y se puso como una bola. Una pelota parecía

- Y el médico del pueblo ¿dijo algo?, preguntó su hijo.

No se la llevé, contestó la abuela, aunque se la tenía que haber llevado para que viera lo gordita que se había puesto. Lo que pasa es que para entonces habíamos tenido ya otra discusión con el doctor Liberto porque después de verla el doctor Sancho Malón éste nos dio una carta con las cosas que necesitaba, para que se lo recetaran por el seguro, pero como Liberto se negó a recetarle dijo que para las medicinas del seguro había que ir al médico del seguro, que el no recetaba lo que decía otro. El muy canalla, que quería dejarla morir. Así que papá quiso pegarle y

todo, pero así se quedó la cosa y como tú sabes que nosotros teníamos cuenta en la farmacia y que poco a poco le íbamos llevando recetas para pagar las medicinas pues así, poco a poco, fui consiguiendo recetas y saldando la cuenta en la farmacia. Este médico, Liberto, se portó muy mal con nosotros, porque al poco tiempo se nos puso muy malito también Ramón. No sé que le pasó, pero fue a la salida de una siesta, porque a Ramón le gustaba echarse la siesta con papá y cuando papá se despertó de su siesta, tocó al niño y estaba ardiendo. Así que aunque era sábado, cogimos al niño y lo llevamos a Liberto y llegamos justo cuando estaba terminando de visitar. Le dice papá que lo visite, aunque sea pagando, no por el seguro, y le contestó que él no podía hacerlo, que él era el médico del seguro y no podía cobrarle. Entonces ¿qué hago?, preguntó papá. Pues nada, contestó Liberto. Te lo llevas y me lo traes el lunes. Y dice papá: Y si para el lunes se ha muerto, pues vengo a enterrarlo, porque hoy es sábado, mañana domingo y el lunes .. ¡pues vengo a enterrarlo! Así que se dejó ir tu padre para el médico y lo cogió por el pescuezo y su mujer cogía a Liberto y yo a papá y así pudimos apartarlos, aunque tu padre le dijo de todo, porque él no acertaba a decir nada, pero tu padre lo puso bueno. Y si no los apartamos le da bien. Y de allí salió como una furia y se cambió de médico, que fue cuando nos cambiamos a uno gordo que había allí en la plaza de la Iglesia, don Vicente creo que se llamaba. Así que para curar a mi niño ese día, nos fuimos a la farmacia de Paco ¿tú te acuerdas de Paco?, que Paco era muy buena persona, muy noble y casi tan buen médico como el primero y le contamos lo que nos pasaba y lo primero que dijo fue ¿voy y lo denuncio?, pero papá dijo que no, que no valía la pena, que era un desgraciado que también tenía una familia que dependía de él, así que no le denuncies. Y así nos cambiamos de médico, aunque después Liberto fue a buscar a tu padre muchas veces, incluso fue a verlo cuando estaba malo yo creo que la mujer le habría hecho ver sus errores así que, incluso tu padre cuando murió el hijo de Liberto, que se le murió un hijo poco después del de nosotros, pues fue tu padre al entierro. Pero tu padre no quiso denunciarlo, a pesar de ofenderlo y no atender al niño, porque tú te crees que decir “llévate al niño, con cuarenta y pico de fiebre que tenía, y

tráemelo el lunes”. Pero tu padre no era capaz de hacer una cosa así, porque yo creo que si lo denuncia igual le había costado la carrera al médico. Pero así eran las cosas antes, hijo, vete tú a saber cuántas personas no habrán muerto por no atenderlas a tiempo, por una mala receta, por no mirarlo, o por cosas parecidas. Pero este médico lo hizo mal, muy mal. Y cuando tú te partiste el brazo, que el primero que te vio fue el doctor Liberto aunque no te hizo nada y te mandó directamente a Córdoba, pues aquella noche que tú pasaste en Córdoba con tu padre, que de eso te acordarás, claro, pero de lo que no te acordarás o no sabes, es que esa noche la pasé yo fatal, porque estaba con Emilio muy chiquitito entonces, pues tendría...qué se yo, no llegaría al mes, no, ¡qué va! ¡Nueve días!, tenía sólo nueve días tenía cuando tú te partiste el brazo. Y ya ves, murió a los tres meses y 14 días. Pues esa noche, decía, el niño estuvo muy malo, tanto como para morirse.

....

Hablar del niño, de su niño, que se le había ido a los tres meses y medio, era doloroso a pesar del tiempo transcurrido y a pesar de tener otros catorce niños más. Pero a ella le quedaba la cosa de que su niño se podía haber salvado, podía haber tenido una vida como la de los demás, porque todos o casi todos sus hijos sufrieron el mismo mal de pequeños y todos salieron adelante. Al parecer, sus hijos nacían con un problema de corazón o, mejor dicho, de circulación sanguínea pues una válvula no cerraba o no abría (o las dos cosas, no se sabe) y les producía un ahogo que los hacía ponerse morados, rojos, negros, al no recibir una correcta circulación sanguínea, así que eran muchas las veces que se ponían a morir. Afortunadamente las iban venciendo y al ir haciéndose mayorcitos terminaban por tener una total normalidad. Los que más sufrieron este mal fueron Chema, Iván, Rosina, Julián y Emilio, que fue el que no pudo superarlo. Y, curiosamente, quizá al que más fuerte le daba era a Chema, que lo hacía ponerse negro cada vez que le daba y que era cada 15 o 20 días. Era algo así como un taponamiento que impedía que le llegara la sangre al corazón en el que el dolor, la angustia y el llanto de los críos parece que iban haciendo presión hasta conseguir que se destaponara la vena y volviera a fluir la sangre,

con lo que recuperaban la normalidad. Pero los minutos, los largos minutos que duraba y además casi siempre coincidía por la noche, dejaba exhaustos a los bebés y a su madre más muerta que viva. Y así una vez y otra y otra, con unos y otros. Y los médicos pues no acertaban a darle solución, pues cuando la abuela lograba llegar al médico desde su lejana casa, el niño iba ya tan ricamente así que poco veía el galeno. Tan sólo acertaron con Rosina e Iván a los que recetaron una medicina bebible, que dio un buen resultado, parece que aquello destaponaba las arterias. Este tipo de problemas y más graves se solucionan, en los tiempos actuales, inclusive con una operación al feto antes del nacimiento, en el vientre de la madre. Pero entonces...

Entonces, cada dos por tres tenía un susto. Cierta día uno de sus cuñados avisó a su suegra de que fuera a la casa de la abuela porque se estaba muriendo su nieto, Chema. Y allá fue la buena mujer corriendo por si llegaba a tiempo y si, llegó a tiempo de verle ya tan feliz de haber superado una vez más el ahogo. Decía el médico, Don Tomás, que casos como los que tenían estos chicos tenía él sólo dos más y que era por que los niños no eran normales, es decir, que tenían alguna anomalía genética, por lo que no podían jugar como otros niños a la pelota o juegos de fuerza, que no se podían esforzar, vaya. Pero la abuela le replicaba que sus hijos corrían y trabajaban y hacían todo lo que los demás y no se les notaba nada. Así que de anomalía, nada de nada.

....

- No sabía yo eso, dijo Marcos.
- Sí hijo, sí. Aquella noche que tú pasaste en Córdoba con el brazo roto, el niño se puso malo, malo, fatal. Y a la mañana siguiente llegó a la casa tu tío Julián que iba a... no, que fue Rafaelillo el que vino a la casa y venía con la moto de tu padre ya que él se había ido contigo a Córdoba a lo del brazo. Y venía con la intención de llegarse al pueblo para ver si podía hablar por teléfono con vosotros o a ver si habías llamado, ya que él seguramente se sentía culpable, pues tú te rompiste el brazo cuando ibas con él en la yunta y por gastarte una broma la metió por debajo de un olivo y te tiró al suelo el

mulo en el que ibas subido. Pues como digo, quería interesarse por ti, así que le dije pues yo me voy contigo al pueblo en la moto y llevo al niño al médico porque lo he tenido toda la noche muy malito y como estaba sola y con todos los pequeños, pues no he podido llevarlo por la noche. Así que me subí a la moto con tu tío y mi niño que tenía tan solo nueve días ¡nueve días!, con un frío que hacía de espanto y llegamos al pueblo tiritando, tiritando que no podía ni hablar. Y paró tu tío frente a la puerta del Bar del Torreón, en el que casualmente estaba tu abuelo Manuel que salió al vernos llegar y que también os había visto salir a ti y a papá para Córdoba el día anterior, y me dice:

- ¿Qué pasa?
- Pues ya ve usted lo que me pasa. Que el niño ha estado toda la noche muy malito, como para morirse.
- ¡Pero bueno!, dice. ¿Y cómo te vienes tú montada en la moto y cómo estás? ¿Es que estás loca? ¿Tú te crees que tú así y con el chiquillo con nueve días? ¡Estás loca!
- Tú estás loca, tú estás esto, tú estás lo otro, pero eso fue todo. No hizo nada, nada más que echarme la bronca. Así que le digo a tu tío, anda ¡vamos para el médico! Y dice tu tío, primero tomame un café que entres un poco en calor y puedas circular mejor, ya que el niño con todo lo abrigado que lo llevas no tiene frío. Y entré con tu tío y tomamos café, pero tu abuelo ni me invito a café ni me ayudó en nada, sólo echarme la bronca. Que tu abuelo, ahora que sale el tema, a decir de Rosario la vecina con la que salgo de paseo y hablamos mucho de estas cosas pues, como tú sabes, ella ha vivido allí en el campo mucho tiempo y ella ha bregado mucho con ellos allí y aquí en el pueblo también y dice ella que tu abuelo era muy bueno, que mi padre era muy buena persona. Pero yo callo y me digo para mis adentros, que sería bueno para con otros porque conmigo no lo hizo tan bien, aunque no digo yo que no fuera buena persona. Pues eso pasé yo cuando tú te rompiste el brazo.

- Pues vaya que tuvimos los dos un par de días movidos, coincidió su hijo, porque para mí también fue bastante mal, sobre todo la primera noche en la que no pude dormir apenas al tener entablillado, mal entablillado el brazo, que hasta que no me escayolaron y me pusieron los huesos en su sitio lo pasé fatal.

...

Pero hay más, mucho más, siguió la abuela, con respecto a las enfermedades y males de cuando erais pequeños. Otro que estuvo muy malito fue Fernan, que estuvo mucho tiempo con dolor de oídos que hubo que punzárselos y todo. Fernan pasó mucho con los oídos. Y otro día le dio como un acaloramiento que se puso muy malo y yo cogí a mi niño y me fui para el pueblo que, por cierto, ese día también pasó mi padre por allí que iba de camino a la finca las palomas, pero yo me fui con mi niño sola y en el camino me adelantó Emeterio que iba también al pueblo a comprar cosas para su tienda y debió de avisar a tu padre porque estaba allí, así que cuando llegué ya estaba tu padre en la puerta del médico esperándome. Y el médico reconoció al niño y nos dijo que lo que había tenido el niño había sido un infarto. Pasé yo un miedo que yo qué sé cuando me lo dijo, ya ves, ya había pasado el peligro. Pero el miedo...

Y Bernardo también estuvo muy malito De bebé tuvimos que darle mucha leche de burra que parece que le iba bien para el problema que tenía ¿tú no te acuerdas de cuando ibais todos o casi todos los días a la casilla de camineros a por la leche de la burra que tenían? Pero también tuvo la tosferina y además le echaron el mal de ojo. Lo tuvimos que llevar al pueblo de las Torres un día muy malo, muy malo y el chiquillo iba llorando todo lo que se puede llorar y nosotros en la moto aquella de tu padre por aquellas callejuelas tan estrechas del pueblo que me acuerdo que nos vieron unos guardias, pero no nos pararon ni nos dijeron nada, dirían, ¡anda y que Dios los ampare!

Y Ramón fue otro que estuvo muy malo, porque cuando aún estaba en pañales estaba quebrado, pero con una quebracía malísima, malísima, porque estaba quebrado un poco más arriba del sitio que es normal y se le salían las tripas con una facilidad que... Yo pasé mucho con Ramón. La primera vez que yo le vi el

bulto que se le salía así, de una forma tan rara me dio no se qué y cogí a mi niño en brazos mientras tu padre se iba a por el médico, pero el médico le dijo a tu padre que no iba a visitarlo y sólo le dijo que le pusiéramos paños calientes y le pusiéramos boca abajo hasta que, es verdad, las tripas se le metían solas. Volvían otra vez a su sitio. Más tarde ya se le puso un braguero y se le curó pero el braguero también le causaba muchas molestias porque Ramón tenía la piel muy suave y los orines muy fuertes y cuando se orinaba, si no se limpiaba enseguida, se le iba el pellejo con el braguero. Fue tremendo lo que pasé con Ramón. Y Andrea también estuvo quebrada y la niña..., no, fue Rosina la que también se quebró y le ponía yo un braguero de goma y se curó más bien que la mar. Y mi Julián me costó un trabajo tremendo traerlo al mundo.

- ¿Después de tantos, mamá?
- Después de tantos, hijo. Yo no sé qué pasó pero me costó media vida, me dio más trabajo que ninguno. Fue tu padre a por la matrona y yo me quedé en la casa con Pilar ¿tú te acordarás de Pilar?
- Pues no me acuerdo, no.

¡Si hombre!, siguió la abuela con el relato. Pilar era una vecina nuestra que tenía dos mellizas ¿seguro que no te acuerdas de Pilar? Ella vivía allí por dónde Juanita, para el otro lado, pero iba mucho a nuestra casa y ese día estaba allí conmigo y mientras, tu padre fue a por la matrona. Y Pilar me había ayudado a mí ya en algún parto, a Ramón, por ejemplo, lo recogió ella porque tardó la matrona y cuando llegó ya lo había recogido Pilar. Y ese día en que nació mi Julián, que nació en marzo y estaba lloviendo mucho, Pilar estaba allí y tu padre fue a buscar a la matrona pero ésta no estaba en su casa y tuvo que esperar. Y ese día con Pilar estaba su hija Pili porque iban de camino a un juicio que, la cosa tiene su gracia. Verás: la Pili tuvo un novio con el que se había peleado porque la dejó a ella por otra y, entonces, las dos novias se pelearon y ese día tenían el juicio, el día en que nació Julián. Y como yo estaba sola, porque la única que estaba grandecita era Andrea, que los demás erais pequeños, pues ellas no se querían ir pero estaban muy nerviosas porque si no se presentaban al juicio, lo perdían. Y Pilar muy nerviosa y la Pili

iba de un lado para otro y le decía a su madre: mamá que vamos a perder el juicio y yo que no acababa de echar al niño que me costó un trabajito que yo qué sé, hasta que ya lo eché fuera y lo recogió Pilar, pero yo me quedé muy malita del esfuerzo y fue porque me había quedado un trozo de placenta dentro y me puse muy mala, muy mala, se me nublaban los ojos, no veía nada. Y así me quedé allí sola, porque en cuanto salió el niño y lo arregló un poco Pilar, ellas se fueron corriendo que si no perdían el juicio y yo me quedé con tu hermana Andrea que era la mayor, y estaba bastante mal.

Cuando ya llegó tu padre, que además venía sin la matrona porque como estaba lloviendo tanto y había tanto barro y tu padre sabía que se había quedado conmigo Pilar y que hasta entonces yo los había tenido a todos muy bien, pues le dijo a la matrona que esperara en la carretera mientras él iba a ver como estaba y que si hacía falta volvía a por ella y si no a decirle que se volviera a su casa, pues cuando llegó, decía, salió Andrea gritando: ¡ay! Papá, que mamá está muy malita, ¡ay! Papá, que no ve, porque era verdad, es lo que yo le decía a mi Andrea, ¿ay! Andrea, que no te veo, que no veo nada, ¡ay! que malita estoy y, claro, la pobrecilla pues ya ves tú como estaba. Entonces se fue papá corriendo en busca de la matrona y enseguida ella me sacó la placenta que quedaba dentro y se acabó. Aquello era todo lo que pasaba. Me dio mucha guerra.

Pero no quedó ahí la cosa, no, que a los catorce días se me puso malo con el ahogo ese que le daba a todos y fue papá a buscar el médico. Pero tardaban mucho, supongo que el médico no estaría, así que te mandé a ti a por ellos, pero no los encontraste y ellos que no llegaban y tú que volvías sin haberlos visto, yo que sé, y el niño que se me ahogaba, que se ponía morado y me decía Pilar –que ese día también estaba allí Pilar - ¡ay! Anita, que así me llamaba ella, yo si fuera tú me iba corriendo para el pueblo, pero yo le contestaba, pero Pilar, y si me voy por un lado y ellos vienen por otro y nos cruzamos ¿qué adelantamos? Vamos a esperar un poco más. En fin, que fue terrible la espera hasta que ya llegó papá con el médico y según vio al niño, dijo: ¡venga, al coche! ¡Ya estamos en Córdoba! Así que nos subimos al coche y nos fuimos a Córdoba y lo

ingresamos en la Residencia. Y al momento le pusieron oxígeno y me dijeron que no me moviera de allí de su lado y que le mantuviera el oxígeno por la nariz y por la boca. Y así estuvo 24 horas y yo sentadita allí al pie de él dándole oxígeno a un lado y a otro, las 24 horas sin comer ni nada. Y cuando ya se puso mejor pues venían las enfermeras y me decían: ¡váyase usted a comer, que nosotras nos quedamos aquí mientras tanto cuidándole! Y ya, pues yo bajaba a comer mientras ellas se quedaban y en cuanto comía, subía otra vez para que el niño no se quedara solo ni un momento y así fue durante los diez o doce días que estuvo ingresado en la Residencia. Cuando volvimos a casa, el niño estaba bastante bien. Pero fíjate si fue mal, que a los dos o tres días de ingresarlo me preguntaron que si lo había bautizado. Les dije que no, que no había habido tiempo de bautizarlo y entonces me dicen, pues hay que bautizarlo. ¿Cómo se va a llamar? Julián, les dije, pero lo cogieron y lo llevaron a la iglesia y no se acordarían del nombre que les dije o yo que sé, el caso es que le pusieron Rafael y lo asistió como madrina una mujer de la limpieza que había por allí y no sé quién sería el padrino. Total que me lo bautizaron con ese nombre y después nosotros, en el juzgado, pues le pusimos Julián. Pero en la iglesia consta como Rafael.

- Pues si que te hemos dado problemas, sí.

Sí hijo, sí. Casi siempre había algún enfermo en la casa. Y el remate ya fue la niña. Esa sí que estuvo mala. Y la enfermedad que tenía le viene de ahí, de cuando pequeña que le metieron sangre muchas veces y a mí no hay quien me quite que la enfermedad se la metieron con la sangre que le pusieron. La enfermedad la cogió ella de la sangre que le metieron y no de otra cosa. Pero así son las cosas. De pequeña el médico decía que tenía pocos glóbulos rojos y empezaron a meterle sangre. Y un día que la llevamos muy mala, pero muy mala a Córdoba, bueno la llevamos mala pero no estaba tan mala, sino que el médico había apretado mucho con los calmantes aquellos que le daba y la dejó floja, “lacia”, porque yo creo que le estaba medicando mal. Tú padre, algunas veces, cuando veía al médico y él iba con la niña, pues le decía a ella “este hombre es como tu padre, que te salvó la vida”. Pero yo, más tarde con lo que ha pasado, lo que digo es que

no era como su padre, no, porque desde luego no le salvó la vida, más bien todo lo contrario, fue su verdugo, porque entonces la iba a matar con sus medicinas y su sangre y, finalmente, murió –para mí- como consecuencia de ese tratamiento. Aunque quizá hubiera sido mejor que la matara entonces y así no habría padecido lo que ha padecido, pobrecita mía.

Pero así fue como ocurrió. Porque a la niña de chica había que meterle sangre todas las semanas y así estuvimos mucho tiempo yendo a Córdoba los viernes, que era el día que le habían dado para meterle sangre en un centro que no era la Residencia yo no sé porqué aunque ella iba por el seguro, pero sería un centro más especializado en estos menesteres, no sé, total que íbamos todas las semanas y estaba la pobrecita claveteada por todos los lados que, un día, nos dijo el practicante que normalmente le pinchaba, porque, el primer día se la puso el jefe del servicio y se la puso muy mal, no acertaba a cogerle las venas y le pinchaba en el brazo, luego en las piernas, total que la martirizó de lo lindo, pero al siguiente día que fuimos se la puso el ayudante, o sea el practicante, así que nos informamos de cuándo estaba uno y otro y procurábamos ir cuando no estuviera el jefe del servicio. Pues un día, como digo, me dijo el hombre: a esta niña no se le puede poner ya más sangre. ¿Y eso?, pregunté yo. Porque tiene las venas hechas un colador, no lo ve usted. ¿Y el médico no ha dicho nada de ingresarla?, preguntó. Pues no nos ha dicho nada, le contesté. Pues dígame usted que se la ingrese, que será lo mejor. Usted se lo dice como cosa suya, que no quiero que parezca que me meto en sus competencias, pero es mejor que la tenga usted ingresada hasta que se recupere. Y así lo hice, en cuanto llegué al pueblo fui al médico, que además siempre había que llevársela cuando le metían sangre, porque es que la niña nada más meterle la sangre se ponía peor, vamos que llegaba al pueblo malita, malita y, según el médico, es que hasta que no asimilaba la sangre pues no marchaba con normalidad. Pero ese día iba yo ya bastante caliente con el tema y le digo: ¿Pero no ve usted como viene la niña? Mujer, dice él, es que trae la sangre recién puesta y .., en fin, ya titubeó un poco y me dice, bueno, si tú quieres pues la ingresamos. Pues por mí ¡ahora mismo!, contesté. Y dice él, como disculpándose: mujer yo es que no te había dicho de ingresarla

porque como tienes tantos chicos y tanto lío, pues... Le repliqué enseguida, que los chiquillos se apañan solos, si es preciso, pero ahora el problema más importante es la salud de mi niña, que de los demás ya nos ocuparemos cuando sea menester. Bueno, dice, pues si quieres la ingresamos ahora mismo. ¡Pues andando!, que para luego es tarde, le animé, así que me dio el volante y yo me fui en busca de tu padre que había ido a hacer unas cosas mientras yo llevaba la niña al médico y otra vez nos volvimos para Córdoba y la ingresamos.

Una vez allí, en la Residencia, empezaron a tratarla y le ponían unas inyecciones muy pequeñitas, una pizca de nada, y le hacían análisis todos los días (o cada dos o tres días, no me acuerdo) para comprobar los glóbulos rojos, o como se llame eso, que ella entró con un millón y pico y son cinco millones lo que tenemos que tener.

- Los hematíes, serán.

Eso, los hematíes, siguió la abuela, que son cinco millones o cinco millones y pico los que hay que tener, pero yo me decía, pero ¡por Dios!, con una inyección tan chica como se va a recuperar la niña, si aquello era una pizca de nada, incluso se lo dije a papá que porqué no se lo decía al médico, por si incluso se la podíamos poner en casa. El caso es que enseguida se le empezó a notar mejoría a la niña y a los pocos días, me dice el médico que la atendía: ¡ea!, ya está mejor la niña, ya la tenemos con tres millones (de hematíes creo que dijo). Entonces le pregunté yo que cuando creía él que podríamos marcharnos, viendo la mejoría. Y él me dice: Si usted se quiere ir a casa con la niña, pues cuando quiera, porque ya lo único que hay que hacer es seguir poniéndole esta inyección y eso se hace igual en su casa que aquí. Yo le dije que no, que no es que yo quisiera irme que si había que estar allí diez días, veinte o dos meses que estaba, que lo primero es lo primero, pero que si, efectivamente, sólo era cuestión de una inyección pues se la poníamos en casa. Así es que me dio el alta y me recetó las primeras inyecciones, que tuvimos que estar poniéndoselas durante dos meses o más, y con aquello recuperó la pérdida que tenía en la sangre, cosa que no hacía metiéndole sangre como hacía el otro mamarracho.

- Igual es que le estaban metiendo sangre contaminada por algún virus, o que no fuera compatible con la suya, ¿no?

Yo qué sé, hijo. El caso es que le metían la sangre y se ponía peor, porque ella el viernes cuando íbamos para meterle sangre pues iba bastante bien y en cuanto le metían la sangre se ponía fatal. Y así una semana y otra y el médico no se daba cuenta de que aquello no le iba bien, decía que es que no la asimilaba. Y yo creo que era eso, que no la asimilaba pero no porque la sangre no era la que le correspondía sino porque su cuerpo no admitía la sangre de otro, no sé. Y tanto que no la admitía como que al final se la llevó. Pero entonces, con las inyecciones aquellas, se recuperó aunque le claveteamos el culo de inyecciones que, por cierto, la penúltima inyección se la puso papá y no le pinchó bien, porque había que meter la aguja muy honda y él no la clavó lo suficiente así que le quedó un bulto, vamos un bulto que se le quedaba como un agujero, que le decía papá con su guasa, ves, ya te he señalado en el culo para siempre, porque la verdad es que le hizo un bulto grande, como una pompa, aunque al final aquello acabó comiéndoselo la carne, se fue cerrando y solo le quedó como una arruga. Pero al día siguiente otra vez papá le puso la inyección y otra vez se la puso mal y, la verdad, es que ya estaría nervioso porque es que no tenía ya un sitio libre dónde pincharle, así que, otro bulto y a tu padre le dio tanto coraje que tiró la jeringa lejos ¡a hacer puñetas!, dijo, que ya no te pongo más inyecciones (la jeringa fue a parar bien lejos). El caso es que ella ya estaba bien así que ya no se le pusieron más inyecciones. Pero le quedaron dos agujeros, pobrecita mía, que a mí me daba no sé qué de llevarla al médico para que no le viera el culo como se lo habíamos dejado. Y, al final, tanto sufrimiento para qué. ¿Para que se fuera en lo mejor de la vida? ¿Hay Dios capaz de hacer sufrir tanto para, al final, llevársela con 21 años? Si lo hay, desde luego no puede ser un Dios bueno.

IX

Aunque estas páginas parecen tener un cierto orden, mis charlas con la abuela no fueron tan ordenadas, fueron algo así como preparar un puzle, construyendo piezas con diferentes historias, pues ella iba de un tema a otro sin relación aparente y en tanto no me contara todo lo que recordaba, no podía tener una idea concreta de lo acontecido en algunos pasajes de su vida. Y me ha llevado bastante tiempo el montar todas las piezas del puzle, hasta lograr darle una cierta continuidad a cada uno de los temas que se abordan en el relato.

Una de las piezas de ese puzle y muy importante en su vida, fue la decisión de dar el paso de dejar el medio rural e irse a un medio quizá más combativo, el pueblo. Porque ella sabía que lo que el medio rural podía dar a sus hijos era más de lo mismo, es decir, nada más que mucho trabajo y poco beneficio, tirados en un medio duro para sacar adelante sus vidas malamente. En el pueblo había esperanza de mejora, de estudios, medios y conocimientos que en el medio rural nunca se iban a dar. Así que forzó las cosas y se dio el paso adelante.

Ayudó a tomar la decisión, el hecho de haber conseguido una casa por un mínimo precio, dadas sus características de familia numerosa, y la posibilidad de poner un bar en arriendo que habían ofrecido a su marido así que, no tardando mucho, todos estaban en el pueblo. Se arregló un poco la casa y se preparó el bar, que abrió sus puertas coincidiendo con las fiestas locales.

Lo de arreglar un poco la casa es un decir, ya que con el tiempo hubo que hacerle muchos arreglos y ampliaciones que permitieran albergar a toda la familia. Pero como no había medios económicos, éstos se fueron haciendo poco a poco así que, en primer término, la abuela envió allí, como de avanzadilla, a algunos de sus hijos mayores tomando éstos el camino del pueblo mientras ella y los pequeños se quedaban, momentáneamente, en el campo que, por cierto, una de las niñas mayores que se fue al pueblo en esta primera remesa, Maribel, lloraba a moco tendido la pobre porque no quería quedarse sola allí en la casa mientras que sus otros hermanos estaban trabajando o en el colegio pero, claro,

alguna de las niñas tenía que quedarse para hacer la comida y las cosas de la casa. ¡Qué tiempos!

El bar se consiguió gracias a las buenas relaciones que el abuelo tenía en todos sitios, porque éste hombre una de las cosas que más cuidó fueron las relaciones humanas, sociales, profesionales e, incluso, políticas sin ser un político.

Desde los comienzos, el bar estuvo atendido por ella misma, su marido y dos de sus hijas, Andrea y Maribel, si bien casi todos los hijos, antes o después, más o menos, estuvieron detrás de la barra del bar o atendiendo las mesas al tiempo, eso sí, que cada uno iba trabajando en los distintos empleos que han desarrollado sus hijos: el uno en la Cooperativa, el otro en lo de los piensos, el otro en el Sindicato, etc. y los pequeños al cole y a ayudar en el bar. Porque mientras la más mayor andaba ya rondando los 19 años, la más pequeña estaba en el añito. Así que había hijos para todo y así transcurrió un tiempo en la vida de la familia en la que la mitad estaban trabajando mientras la otra mitad estudiaban y ayudaban y, aún así, en la casa no había nunca un duro, como el que dice, más bien siempre andaban escasos de recursos aunque, eso sí, se vivía algo mejor que en el campo.

Pero como la vida sigue siempre su curso, cambies lo que cambies o pase lo que pase, pronto el mayor varón se fue a la mili, corriendo el turno para que otro de los mayores, Lolo, ocupara su puesto de trabajo y así, con cambios de éste tipo, fueron poco a poco acoplándose unos y otros a diferentes quehaceres. Y también una de las hijas mayores, Carmen, se casó enseguida lo que empezó a ser una constante a lo largo de los siguientes años y que iba en beneficio de los que quedaban. Beneficio de espacio, quiero decir, pues una casa pequeña para tantos era imposible.

Así fueron los tiempos iniciales del pueblo, trabajos diferentes a los del campo, escuelas para los pequeños y bar, por el que pasaron casi todos, aunque los que más lo atendieron fueron los más pequeños. Pero lo más importante fue que la mayoría tuvo la oportunidad de realizar algunos estudios, incluidas las hijas mayores que pudieron sacarse el graduado escolar, aunque sólo Andrea y Carmen pues Maribel no quiso, se había echado novio y, al parecer, no lo necesitaba. Pero de seguir

en el medio rural ninguna de ellas habría optado a ese título. Los más pequeños tuvieron más oportunidades y algunos, como Bernardo, si hubieran continuado habrían obtenido titulación académica. No quiso. La única que quiso y no pudo, fue la niña, por su desgraciada y prematura muerte. Los demás, al menos alcanzaron un nivel de estudios aceptable, aunque todos lo fueron dejando antes de los estudios superiores. Hoy, algunos, se arrepienten de ello.

Ya instalados en el pueblo, reciben la herencia de sus respectivos padres que consistió en dos fincas por parte de la abuela, libres de cargas y otras tantas del abuelo con una buena trampa encima. El caso fue así: las fincas de la abuela Mama Rosa estaban la mayoría hipotecadas y cuando llegó la hora, cuando ya el abuelo no podía más, se decidió a explicar a sus hermanos como estaban las cosas y a hacer el reparto, pues él hacía las veces de cabeza de familia. Y como no podía ser de otra manera, por la forma de ser del abuelo, pues se quedó con las fincas hipotecadas y la trampa y sus hermanos con el resto, libres de cargas. Sus hermanos Santiago, Manolillo, Julián y Rafaelillo se quedaron con su parte saneada y él con la suya y la del resto de sus hermanos pagándoles su parte y cargando con la deuda. Más o menos, así fue la cosa y como él no quería entrar al trapo de discutir con sus hermanos si las trampas habían sido para sacar adelante la casa de su madre o la de su mujer e hijos, pues cargó con el mochuelo. Así que, en el pueblo le empezaban a ir bien las cosas, pero las deudas que arrastraban pesaban demasiado y por más que quisiera no había forma de minorarlas es más, crecían año a año debido también a los crecientes gastos en el pueblo (colegios, bodas, etc.) pero sobre todo a los intereses bancarios que en un año podían superar el importe del salario de todo un año.

Su intención era ir liquidando poco a poco la trampa con lo que sacara del bar y lo que le pudieran dar las tierras, pues él quería salvar los olivos de su padre. Pero no pudo ser y así se lo hicieron ver sus hijos mayores, Marcos y Chema, sobre todo éste último, cuando fueron teniendo conocimiento de la deuda, ya que la parte más importante estaba en la Cooperativa donde era socio y como ellos trabajaron en la oficina no sólo tenían acceso a la

cuenta sino que más de una vez le tenían que atender (y denegar en su caso) sus peticiones de anticipos. Se resistió y mucho a deshacerse de nada pero al fin, cedió en la venta de la primera finca. Detrás vendrían todas las demás, las dos casas que habían facilitado a su hijo Marcos la Cooperativa de Viviendas por llevar las cuentas de dicha Cooperativa, su propia casa y todo lo vendible. Así empezó una nueva vida, sin trampas pero sin un duro y viviendo de alquiler. Aunque la propia casa ya fue vendida por la abuela (el abuelo había fallecido un año antes), por lo que el abuelo nunca en su vida pudo verse libre de trampas. De hecho le persiguieron hasta después de la muerte pues, al poco de fallecer, la abuela y sus hijos tuvieron que hacer frente a dos deudas inesperadas: una, la presentada por un prestamista por un valor de 50.000 pesetas más interés (en total 65.000 pesetas) que correspondían a una hipoteca sobre una finca, ahora de su tío Rafaelillo y que había asumido el abuelo. La pagaron su esposa e hijos, sin pasarle cargo ni decirle nada a su tío. ¿Para qué? La otra, la dejada por un supuesto hijo extramatrimonial del abuelo que había avalado a un joven por la compra de un tractor y éste dejó de pagar alguna letra. Los hermanos mayores Marcos, Lolo y Chema se fueron a ver al chaval y a su madre, la supuesta amante de su padre para reclamarles la deuda. Su respuesta fue que él la había pagado al abuelo. Así qué, pagar y callar.

Así fue la vida de la abuela en aquellos tiempos en el pueblo: mientras vivió el abuelo, mucho trabajo pero sin acabar de sacar la cabeza del hoyo aunque mejorando. En el bar se trabajó mucho, sobre todo el abuelo hasta la hora de su adiós, bar al que se dedicó con plenitud, ya que era la única fuente de ingresos segura y que posibilitaba mantener a su familia y reducir sus deudas. Y, por otro lado, sus hijos tenían acceso a estudios y otra forma de vida que era lo que la abuela quería para ellos.

Cuando falleció el abuelo, la abuela con su siempre presta fuerza interior y su buen sentido común, le echó dos pares, vendió la casa, se quedó sin deudas, se fue a vivir de alquiler y siguió luchando con el bar, pues todavía quedaban cuatro pequeños y algunos más solteros y en casa.

- Hemos estado hablando varias veces de cuando nos vinimos al pueblo pero nunca terminamos de concretar algunos detalles ¿Qué crees tú que fue lo más importante que nos sucedió al dar éste paso? quiso conocer Marcos la opinión de su madre.
- Hombre yo creo que todo. Aquí hemos tenido trabajo todos y, sobre todo, la oportunidad de estudiar al menos los más pequeños. En el campo seríais todos unos destripaterrones, aunque ya hoy el campo no es como antes. Pero vosotros habéis tenido otras oportunidades que no las han tenido los que se quedaron allí. De hecho, ya ves como ahora todo el mundo se viene al pueblo. El campo está vacío, al menos de gente que viva de él. Tienen sus casas (sus chalets como gustan de llamar algunos a su ahora lujosa casa) pero el trabajo o el negocio lo tienen aquí. Y desde Bernardo para abajo, todos han podido estudiar que, Bernardo si hubiera querido tendría hoy una carrera pues él dice que sacaba mejores notas que él médico José Luis que fue compañero suyo en el Instituto. Ahora le pesa haberlo dejado.
- Si yo me acuerdo que tanto a Bernardo como a mí nos gustaba estudiar y nos quedábamos todas las noches hasta las tantas examinándonos el uno al otro de las lecciones que nos tocaran y, una noche, como encendíamos una vela para no molestar a los demás, nos quedamos dormidos y la vela se consumió quemando la base que era de plástico y amanecimos negros como un tizón de haber estado recibiendo y tragando el humo de la vela toda la noche. Menos mal que no se prendió nada, que si no igual no lo contamos.
- Los que más se acercaron a hacer algo fueron Bernardo y la niña que ella, sí no se nos va, si habría tenido una carrera. Los demás lo fueron dejando y los que menos quisieron estudiar fueron Daniel y Ramón. Esos lo dejaron pronto, no querían estudiar. Y quizá otro que hubiera podido sacar algo, habría sido Emilio si no llega a fallecer. Que tú dices que no te acuerdas de ...

- Mamá, yo de lo único que me acuerdo del niño es de cuando murió, que yo estaría bastante chico.

Pues no estabas tan chico, dijo la abuela, que tendrías ya 8 o 9 años porque él iba detrás de Fernan. Y el día de antes o el anterior a su muerte lo habíamos llevado a Córdoba y al siguiente papá tuvo que ir otra vez a Córdoba a no sé qué y me dijo, si se pone peor el chiquillo lo llevas del médico del pueblo en la burra, que vaya Marcos contigo (porque la burra se asustaba de los coches). Y como se puso peor, cogí mi burra y te subí a ti en ella y tú llevabas al niño en brazos y yo andando. Yo no sé cómo no te acuerdas. Es más, cuando pasamos ya de vuelta por delante del Bar el Trucaje, que estaba allí mi prima Ani la yesera, ahora que lo recuerdo, pues ella tenía una tienda allí enfrente y Ani era más flamenca que la leche, le gustaba pasar por el bar moviendo el culo delante de los hombres, ja, ja, ja, y al pasar por allí nos paramos a saludarla y estaba en el bar Rafa el carnicero, el que nos compraba las ovejas, y como nos conocía salió y me dice: anda, súbete en la moto y te llevo que con lo tarde que es, pues serían las dos por lo menos, y el chiquillo chico y malo. Y le digo, no si lo que me da miedo es que el otro, por ti, se vaya solo porque la burra se asusta de los coches y no sea que le pase algo. ¡Que no le pasa nada, mujer! me dice. Y se dirige a ti y te dice: mira tú te vas por este sitio y cuando llegues a tal camino, tiras por tal sitio y luego por el arroyo y así te indicó para que la burra no fuera por la carretera. Total que me llevó él en la moto de vuelta y tú te viniste solo a la casa.

- Ahora que lo dices, me viene como un recuerdo lejano de haber ido yo solo con la burra un día desde el pueblo a la casa y a lo mejor fue ese. Iba yo por la desanchar, luego me fui por unos caminos que no conocía, que no había ido nunca, luego por el arroyo y por sitios que para mí eran una aventura, porque no los conocía bien. Sólo me orientaba por las indicaciones, supongo, que me habría dado. Y si me acuerdo ahora, sí. Lo que también me acuerdo es que pasé más miedo que vergüenza.
- Pues sería ese día, porque tú estabas chico y la burra se asustaba de los coches. Pero yo no sabes tú cuantas veces me alegré de que me llevara ese día en la moto Rafa, que

muchas veces se lo he dicho yo a sus hijos, porque si no me hubiera llevado habría llegado a pensar que el niño murió por el sofoco de aquel día, pues aunque yo llevaba paraguas y todo, el traqueteo de la burra y el *tostonazo* no había quien se lo quitara. Y el niño murió al día siguiente por la noche.

- Yo de lo que me acuerdo bien, bien, pero bien, es de cuando nos levantamos, bueno, que nos despertasteis para que nos levantáramos porque era todavía de noche, sería de madrugada, y nos dijisteis que el niño había muerto y que le diéramos un beso. Para mí aquel beso lo llevaré grabado siempre porque era la primera vez que yo veía a un muerto y aquel beso en la cara fría, fría, a mí me dejó una cosa que no sé explicar, que no la entiendo y eso es lo único que me quedó a mí grabado de Emilio. Eso lo recuerdo como si hubiera sido hace un rato. Pero nada más recuerdo del niño.
- Eso mismo es lo que dice tu hermana Maribel, que a ella le quedó una sensación, una cosa extraña que cree que en la vida podrá besar a ningún muerto más.
- Si es que estábamos bastante chicos, que dices tú que no. Si dices tú que yo tendría 8 o 9 años, pues sólo estaba por encima Andrea que tendría 10 años. Los demás más pequeños.
- Tú si tendrías 9 años porque ya habías hecho la comunión. Y la más pequeña era Rosina que había nacido en febrero y el niño que nació en diciembre del mismo año que Rosina. Y a los tres meses murió. Y ese día yo lo pasé fatal, bueno ya desde el anterior cuando lo llevamos al médico lo pasé mal con el niño, luego tú solo con la burra y yo inquieta hasta que llegaste y aquella noche, toda en vela, y yo no pensé nunca que se me iba a morir. Aquello me pilló a mí fuera de la realidad.
- En verdad, mamá, que la muerte siempre le pilla a uno fuera de juego. Y si es de un niño pequeño pues más. Así es la vida o, mejor dicho, así es la muerte: la otra cara de la vida.

- Sí, yo creo que por mucho que uno sepa que tiene que llegar, no se lo llega a creer hasta que no llega. Pero así son las cosas.
- Sí. así son, repitió su hijo. Pero bueno, dejemos esto ahora y vayamos concretando cosas. O sea, que el venirnos al pueblo fue todo un acierto.

¡Hombre!, soltó la abuela, la verdad es que bendita la hora en que yo me vine al pueblo porque así me quité de los continuos dimes y diretes que siempre había allí, que si iba tu padre a la casa de mama Rosa, que si no iba, que si le llevaba, que si no le llevaba, porque incluso tus tíos relataban que papá no hacía nada, que lo único que hacía era pasear a Pascual, que era el encargado de la finca de la que él era guarda, y decían que lo único que hacía era gastar gasolina con su moto para pasear a Pascual. ¡Serían desgraciados! Si gracias a sus buenas relaciones, de las fincas donde él era guarda se sacaba de todo: allí teníamos las ovejas, allí sembrábamos habas, garbanzos; de allí sacábamos la aceituna, la leña, la paja para los animales, en fin de todo. Y todo eso era para las dos casas que bastantes veces tu padre les decía a tus tíos, ir a arrancar tal olivo y se lleváis la leña a la casa de mama. O cuando se vendían los corderos de cada camada ¿adónde iba a parar el dinero? A las dos casas, que tu padre siempre atendió la casa de su madre igual que la nuestra. Y además allí estuvisteis tú y tus hermanas recogiendo aceituna algunos años y ganando un buen dinerito, trabajando como si fuerais personas mayores y ganado como tal, y todo eso ¿por qué? Porque tu padre sabía relacionarse. Pero sus hermanos le criticaban eso. Claro que ellos no sabían de relaciones, ni de cuentas, ni nada de eso, que todo lo llevaba tu padre, ellos sólo sabían de trabajar en lo que entonces se podía. Y como tu padre era tan,... tan así, pues a nadie le daba cuentas de lo que hacía o como lo hacía. Pero ellos deberían haberse dado cuenta de cómo eran las cosas en realidad en vez de apretar tanto. Así, que irme al pueblo fue un acierto. Porque, por otra parte, tu padre nunca había tenido un trabajo pagado, quiero decir, que excepto el tiempo que estuvo de guarda jurado y los dos o tres años que se fue a cortar al cortijo salmantino o a los olivos de papa Manuel, pues el resto de su vida estuvo trabajando en la casa de su madre y si, que algo también

sacaría, pero las más de las veces era trabajo sin beneficio. Así que si nos daban el bar pues eso era ya como un trabajo fijo del que algo se sacaría. Y en el bar si trabajó bien el tiempo que lo tuvimos hasta que cayó enfermo.

X

- A ti el campo, la finca, siempre te ha gustado más que el pueblo ¿no?, te sentías allí más en tu salsa, quiso confirmar Marcos.

La verdad es que sí, que el campo me gusta mucho, dijo la abuela. Aunque cuando murió papá dejamos bastante abandonada la finca durante un tiempo ya que yo no tenía ni ganas de ir allí, ni de nada. Con lo que pasamos y lo que la finca era para tu padre, daba dolor ir allí. Después, cuando ya vendimos aquel trozo, empezamos a arreglar aquello un poco y la casa y empezó otra vez a ser lo que era. Porque tú no sabes las veces que papá, cuando estaba enfermo, le decía a Bernardo: Bernardo, ven. Y tú hermano se acercaba y él le decía: te acuerdas de aquel olivo que tiene una rama de tal manera o de ésta otra, pues vas y le cortas aquella rama, o le haces no se qué, en fin lo que el creyera que tenía que hacerle. Pero Bernardo, al principio, le decía que él no sabía de qué olivo le hablaba ni él sabía arreglar un olivo, cosa que tú sabes que es verdad, pues Bernardo las labores del campo no le gustan y no las sabe hacer. Y tu padre se enfurecía ¡coño, es que no sabes nada! ¡No te acuerdas del olivo al que le hicimos tal o cual cosa! Pero Bernardo, claro, no se fijaba en esas cosas. Así que cogí yo a tu hermano un día y le dije que no discutiera con él ni le llevara la contraria; que le dijera que sí, que sabía lo que le decía y que lo haría y ya veremos si lo arreglamos nosotros o llamamos al tito Santiago para que venga y lo arregle como quiere tu padre. Pero no le discutas. Y es que tu padre conocía los olivos uno a uno y al principio, mientras pudo, pues llamaba a Bernardo para que lo llevara al campo y con él se apañaba para arreglar un poco los olivos por eso, cuando ya no podía ir, llamaba a Bernardo para que fuera. Y en realidad es que era el único que podía hacerlo porque Chema estaba en la mili y tú fuera, que sois los que entendéis de campo, porque los demás ninguno. Así que yo le decía a Bernardo que dijera que sí a todo y lo arreglaríamos como pudiéramos.

- Si yo me acuerdo bien de cuando yo iba allí y dábamos una vuelta papá y yo por la finca y él me iba contando lo que había hecho a los olivos: a éste le hice tal o cual cosa

y a aquel le hice un injerto de no sé qué y ¡ven que vas a ver el retoño de aquel otro! Y yo los conocía, también, bastante bien. Me acuerdo una vez, ya en las últimas fechas en las que él ya no iba por allí, que le dije que había arremangado un poco la morera, que tú sabes que él no le cortaba nada, la dejaba que creciera sin ninguna guía. Y aquel día, claro, me preguntó: Qué ¿has estado allí? Sí, allí he estado. Y ¿cómo está aquello? Pues está así y así, le dije. Y he hecho tal cosa y tal otra, y he “arremangado” un poco la morera que es que ya no se podía ni meter el coche debajo. Y él decía, bueno, porque sabía que yo sí sabía hacer las cosas y que me gustaba el campo y me preocupaba por él.

- Pero Bernardo pasó mucho con papá, él sin entender nada de aquello y tu padre siempre dándole instrucciones. Primero, cuando aún podía ir tu padre pero Bernardo tenía que hacer las cosas porque él no podía y luego, cuando ya no podía ir tu padre y le decía haz esto o aquello y ya, al final, ya dejó no sólo de ir o interesarse sino también de acordarse o quizá si se acordaba, pero ya no le importaba, ya no preguntaba por el campo. Poco a poco dejó de preocuparle.
- Porque yo creo que él se dio cuenta de que se iba, llegó un momento en que lo sabía con bastante certeza. Y esa es una de las cosas que más me han impresionado a mí. Porque al principio cuando hablaba con él le decía que había venido el fin de semana, o que me habían dado unos días de vacaciones y él hablaba de que estaba mejor o peor pero sin traslucir nada. Pero ya más tarde cuando yo iba y se ponía a hablar conmigo me miraba como diciendo ¿qué haces aquí todos los fines de semana? ¿qué me pasa, dime la verdad, dime algo? Esa es la impresión que yo sacaba, que él intentaba que le aclaráramos lo que él ya sabía. Y ya, en los últimos días cuando, digamos, nos repartió su herencia personal, estaba claro que aquello era una despedida. Aquello de llamar uno a uno y regalarle a uno su cartera, a otro la pelliza, a otro le daba un consejo o el sombrero, a otro la escopeta, bueno, la

escopeta que nos la dio a Chema y a mí para los dos, cosas raras que hizo que yo nunca las entenderé, porque la escopeta era mía, la compro él para mí cuando era pequeño y además a Chema nunca le ha gustado la caza ni la escopeta y, en cambio, la compartimos. O a Iván que le dio la cartera que tiene mis iniciales y que se la regalé yo, diciéndole que como tenía sus iniciales, pues...era para él. En fin cosas raras, pero que eran una forma de despedirse cuando aún tenía la consciencia funcionando casi normal, aunque ya empezaba a perderla en algunos momentos.

Es muy duro vivir al lado de un enfermo terminal, hijo, dijo la abuela, porque otra cosa con la que yo bregué mucho fue con la comida. No quería comer, bueno no podía, esa es la verdad, si es que tenía destrozado el hígado. Cardos era lo único que quería comer, tronchos de cardo. Y yo me ponía a comer allí con él para ver si así comía algo y le decía: pero come algo ¡hombre!, no ves que si no, no te vas a poner bueno. Y él decía, de mala gana: ¿pero no ves que es que no me entra? Y luego a cada instante al servicio porque quería ensuciar aunque no echaba nada, claro, si es que no tenía nada en el cuerpo, pero tenía que ir y yo le decía: ves, no echas nada si es que no comes, que un día mama Rosa que estaba allí, porque ella se nos metió allí en la casa ya al final y de allí no se iba aunque ella no sabía lo que tenía, no sabía que le quedaba poco de vida, vamos yo creo que nadie le había dicho nada y conmigo no habló nunca de ello y ese día, que se metió al baño conmigo y él, va y dice: ¿pero porqué no le pones una lavativa? Y ya cuando terminó y nos separamos un poco de él le dije: ¡No le diga usted de ponerle una lavativa, por Dios! ¿por qué?, preguntó ella. Porque no se puede. No se puede, lo que él tiene no admite lavativas. Y otro día, ya cerca del final, que me dice: ¡Aaay! ¡Te voy a dejar sola! Yo hice como si no me hubiera enterado, no le contesté y seguí con mi trajín normal, pero era muy duro estar todo el día a su lado viéndole irse poco a poco. Y además tenía que soportar las visitas que iban y aunque algunas le hacían bien, otras eran más un martirio que otra cosa. Tu tío Rafaelillo, por ejemplo, llegaba y ¡ay mi hermano!, ¿has comido? ¿Cómo estás hoy?, en fin, que empezaba con zalamerías como si

él le quisiera más que nadie o si eso fuera lo que había que decirle a un enfermo terminal.

- Pero él es así, así lo hacía con mama Rosa también, dándole abrazos, besos y ¡ay qué guapa estás! y esas cosas.

Pues bastante que le hizo sufrir a ella, siguió la abuela, cuando ya se metió en cama para no salir, porque con tanto ¡ay mi madre! ¡ay mi madre! lo que hacía era más daño que otra cosa. Pero así es tu tío, no se da cuenta de esas cosas y con papá pues hacía lo mismo, decir cosas que lo que hacían era ponerle peor porque él se daba cuenta de que aquello no era normal. Llegó la cosa hasta el punto en el que ya un día me dijo que no dejara entrar a nadie porque, claro, con tantos amigos como tenía pues iban muchos a verle. Y al principio bien, pero cuando aquello cada vez iba a peor y él lo notaba, pues ya no quería ver a nadie. Un día vino el cabrón ese que tú dices que le dejó dineros, no, el que vino fue su tío que por lo visto es el que le había presentado a la madre del chaval, la viuda pues, por lo visto, había salido alguna ley para dar dinero a las viudas ya que le dieron también a tu madrina y a aquella mujer que tenía un hijo con un kiosco, total a unas pocas, y ella se enteró y vino a que le arreglara el papeleo tu padre que yo no sé si al final cobró ella o no, a lo que iba, que vino el cuñado de ella a ver a tu padre y cuando nos dimos cuenta estaba ya arriba y dio un salto Maribel y se plantó delante de él y le dice: ¿adónde va usted? Yo, a ver a tu padre. A mi padre no se le puede ver, así que haga el favor y coja la puerta. Mujer, que si tu padre, que si yo,... empezó a decir el hombre. ¡Que no se le puede ver!, así que bajando. Y es verdad que él ya no quería ver a nadie y menos a ese tío asqueroso, que es que yo no puedo ni verlo, porque el tío es un asqueroso. Quizá el último, o uno de los últimos en subir, fue Curro y se dieron un lote a llorar los dos que yo no sé. Cuando ya salía Curro me dice Ana, yo no subo más, yo no puedo subir más. Y es que tu padre empezó a decirle a Curro ¡Curro, mis hijos! ¡Mis hijos que se quedan solos! ¡Échales una mano! Desde aquel día se yo con seguridad que él sabía que se moría y lo callaba para no hacer daño a los demás. Pero con Curro se sinceró porque tú sabes que él echaba muy bien con él y Curro siempre ha estado pendiente de los chiquillos y él diría, a quién

mejor para dejarle el encargo de que me los cuide. Y si hubiera hecho falta yo se que Curro nos ayuda en lo que sea, porque cuántas veces no le habrá regañado de buenas maneras a Fernan diciéndole ¡Fernan, haz bien las cosas!, no seas así; haz esto o aquello otro, estudia, en fin, muchas cosas.

- Lo de ése día me lo ha contado a mí Curro alguna vez la primera, fue a los dos o tres días de haber ocurrido, aquel fin de semana, que yo fui allí como siempre y me lo contó Curro. Lo que pasa es que siempre que empieza a contármelo empezamos los dos a llorar y no terminamos nunca de hablar de las cosas que allí se dijeron, mejor dicho, de las que le dijo papá porque el hombre bastante tuvo con aguantar firme con lo que el otro le decía y, como él decía, con la confianza que él tenía con papá y no poderle hablar claro, pues lo pasó fatal. Y alguna vez más ha intentado hablarme de ése día y siempre acabamos lo mismo, llorando, por lo que creo que debieron pasarlo fatal los dos. El uno que sabía que se iba sin querer decirlo abiertamente y el otro que no le podía decir que se iba. ¡Tremendo!

¡Claro!, continuó la abuela, él lo pasaba muy mal con las visitas, por eso yo le preguntaba muchas veces, que viene fulano o zutano y ya, al final, no quería ver a nadie. Un día vino Pepín Lopera, el que estaba casado con Lola, la hija de su tío Manuel y que además nosotros los casamos y bautizamos a los chiquillos y todo, y vino solamente a verlo el buen hombre y yo le dije: Pepín, no puedes subir a verlo y él llorando, pero Ana, ¡déjame verlo mujer!, ¡que no Pepín!, le decía yo, que vamos a pasar un mal rato los tres: tú, yo y él y todos los malos ratos que yo le pueda evitar, se los quiero evitar. No subas, Pepín, no ves que tú no vienes casi nunca porque vives lejos y cuando te vea él va a pensar que ya le ha llegado la hora, porque los que están aquí todos los días, pase, pero tú le vas a hacer pasar un mal rato. Total que lloramos un rato los dos y no subió. Y luego vino su mujer, aunque ella no tenía intención de subir, sólo de saber cómo estaba. Y es que él ya no quería ver a nadie, ni a sus hermanos, que yo le decía a veces, ahí está tu hermano Santiago a lo que él respondía: dile que estoy durmiendo, porque es que ya no quería ver a nadie. Y aquel día en

que nos hicimos la foto todos, te acuerdas, aquella foto última que se hizo, no sabes tú lo mal que le sentó hacerse aquella foto, yo no sé si es que él presentía que aquella era una foto de despedida. Y la cara que tenía ya, tan demacrada.

- Pues hay otra foto de aquel día que la tengo yo, que se la hizo Francisca estando él en la cama que, como ésta no tiene luces para éstas cosas le diría, ¿le hago una foto? a lo que el hombre ¡que le iba a decir!, pues hazla si quieres. Y tiene la misma cara mamá, cara ya más de muerte que de vida.
- Pues esa no la he visto yo ...
- ¿No? ¡Mira! ¡Esta es! dijo Marcos mostrándole el álbum donde estaba la foto.
- ¡Ay hijo qué vida! ¡No habré dejado yo nada atrás! Porque yo, al principio, no creí que él estuviera malo, vamos tan malo, con la buena salud que él había tenido siempre y además porque le empezó todo con un resfriado que no se le quitaba, siempre tosiendo. Y fue a peor hasta el punto de que cuando le dieron las vacaciones a los chiquillos en el colegio, él dejó allí en el bar sola a Rosina, que yo decía, pero este hombre por pocas ganas que tenga con que sólo se quede ahí mirando. Pero no, dejó a la chiquilla allí sola y es que ya no tenía ganas de nada. Así es que ahí empezó la cosa hasta que le llevamos al médico de pago que fue cuando nos dijo clarito lo que tenía. Bueno, se lo dijo a Lolo que fue al que llamó y aunque Lolo tampoco era muy mayor se percató de que algo malo era, así que llamó a Andrea y le dijo: ¡Vamos a ir a ver al médico! Así que se fueron ellos dos y ya les dijo lo que pasaba y el tiempo que le quedaba, que el médico le daba dos meses de vida nada más. Y no pasé yo nada desde entonces. Porque a ver, estaba sola, sola, sola, con los nenes en el bar, porque él claro se metió en la cama y ya no salió de allí. Se acostaba, se levantaba y se sentaba un rato de nada, se volvía a acostar. Esto al principio porque enseguida ya no salía de la cama nada más que para ir al servicio. Y tenía que ir cada hora, más o menos. Una vez y otra y otra, y

así estaba todo el día y toda la noche, yendo al wáter. Porque cuando ya estaba bastante mal, yo le compré un orinal para que lo hiciera en la habitación, pero él no quería aquello, él era, bueno, se resistía a tener que depender de éstas cosas, le daba mucho coraje no poder valerse. Por eso no le quedó más remedio al poco tiempo que recurrir a mí para que le ayudara a ir al wáter y me decía, anda nena ¡vamos! Y yo lo llevaba que ya al final casi no podía ni tirar de él y eso que se quedo en los huesos, pero como ya casi ni se sostenía. Y el ¡anda nena! ¡vamos! era a cada instante y así pasaba yo día y noche y, mientras tanto, tratando de que el bar siguiera funcionando con los nenes lo mejor posible. Pero él no quería orinales ni cuñas de esas y ni siquiera los tres últimos días que ya no salió de la cama para nada, ya estaba, bueno, sin poder moverse, pues ni en ese tiempo se orinó en la cama. Papá no manchó las sábanas ni una vez siquiera. Y así pasé yo los casi seis meses que tardó el cáncer en poder con él, aunque el último mes fue el peor, yo ya no me podía mover de su lado y ya no me podía ni acostar con él en la cama porque se estaba todo el rato moviendo, venga moverse de un lado para otro y no es que le doliera, porque tú sabes que le pusimos la vacuna aquella que se le hizo con su propia sangre y con esa vacuna no tenía dolores.

- Pero el tito Marce, si que sufrió terribles dolores y tenía cáncer, igual que papá.
- Sí, pero por lo visto la vacuna surtía efecto si se ponía a tiempo, si no, no. Esto me lo dijo a mi Lolo que es lo que le habían dicho los médicos y que le recomendaron que se la pusiera y fue cuando Lolo me informó a mi de lo que pasaba. Así que, el último mes fue fatal. Entonces fue cuando tú me llevaste aquella mecedora ¿te acuerdas? Yo la instalé allí al lado de la cama de tu padre y allí me tumbaba yo y así por lo menos estaba descansada, yo echaba mis piernas sobre un taburete y me puse mis mantas y así estaba más cómoda y él descansaba, si se le puede llamar descansar a eso, y yo estaba mejor así, pero

todo el tiempo a duermela para ver si dormía, si respiraba, si se movía o, simplemente, si necesitaba algo, porque el ¡vamos nena! era a cada instante.

- La verdad es que yo no sé de qué materia estamos hechos que somos capaces de soportar todo, dijo Marcos. Tú pasaste lo que nadie que no haya pasado algo igual, pueda imaginar. Pero también nosotros, pasamos lo nuestro, cada uno de una forma. Para mí, y esto creo que no te lo he dicho nunca, fue tremendo. Porque coincidieron una serie de cosas, de circunstancias que parece como si todos los males se juntaran al mismo tiempo, ya que a mí me acababa de enviar mi empresa a Bilbao a resolver una papeleta que teníamos allí bastante gorda en una de las divisiones. Y, para más inri, fue un tiempo en el que el terrorismo de ETA estaba en su apogeo, con un muerto casi todos los días en aquella tierra, con un casi estado de excepción pues allí a las diez de la noche no quedaba un alma en la calle con lo que no podías ni salir del hotel y dar un paseo tan siquiera y con todo el conflicto de trabajo que yo tenía allí que, además de poner las cuentas en orden, las tenía que investigar porque se sospechaba que se estaba desviando trabajo hacia otras empresas, como así era en realidad. Y en aquel ambiente enrarecido, recibo la llamada de mi hermana Maribel, de ella que nunca me había llamado para nada, y me dice lo que pasaba. Yo no sé lo que se reflejaría en mi cara, pero cuando los compañeros me vieron, casi se asustan y es que yo no sabía qué hacer, si salir corriendo, si llorar, si... Fue un momento terrible, el mayor palo que yo había recibido hasta entonces – más tarde he recibido otros y parece que el cuerpo se va endureciendo y cada vez te duelen menos -. En fin, el caso es que yo tenía que seguir allí trabajando tres meses más, tres meses que estuve viajando el lunes por la mañana en avión a Bilbao, regreso a Madrid el viernes al mediodía o por la tarde y a continuación coche hasta aquí, para regresar el domingo a Madrid y el lunes, nuevamente a Bilbao. Y entre ese trajín, pues tratar de arreglar el campo, ver al médico que

yo fui a dos médicos en Madrid a ver que me decían, pero claro los hombres me dijeron que tan buenos médicos había en Córdoba o Sevilla como en Madrid y que por los análisis y radiografías que yo le llevaba pues el diagnóstico de los médicos de Córdoba era correcto. Que si quería, para nuestra tranquilidad, tendría que ir él a Madrid a que le reconocieran, pero que no creían que fuera necesario. Que era correcto lo que le habían dicho.

Pues tu padre se “llevó una cosilla”, dijo la abuela, como que no estaba muy satisfecho de cómo le llevaban los médicos, claro el se veía que iba a peor pero ¿qué podíamos hacer? Si ya no se podía hacer nada. De todas formas yo le hubiera llevado a otro médico de estar él en mejores condiciones, que es que él ya no se podía mover, para que así por lo menos él se sintiera mejor aunque sabemos que no tenía arreglo la cosa. Y tu hermano Lolo también estuvo en Granada viendo a un curandero a ver si le decía algo y le llevó no sé si fue una foto o pelos de tu padre, esto fue ya en los últimos días y lo único que el curandero le dijo fue: cuando llegues a tu casa tu padre estará mejor. Eso fue todo y sí, estaba relativamente mejor, pero era esa mejoría que llega a casi todos antes de la última agonía, antes del final. Y otro que lo tuvo parecido a ti fue Chema, que a él le cogió haciendo la mili en Pamplona. Y en cuanto le daban permiso se echaba a la carretera a hacer autostop, porque claro no tenía un duro tampoco y a Córdoba que una vez, por cierto, les cogió un camionero a él y a otro muchacho y les dijo: os cojo pero como os durmáis os dejo en el sitio en que cojáis el sueño. Pero ellos estaban hechos polvo y en cuanto empezaron a notar el ronroneo del camión se quedaron fritos y cuando despertaron, vamos que los despertó el camionero, estaban ya en Córdoba y les dijo el hombre que es que le había dado lástima despertarlos y dejarlos, tal y como les avisó. Ya ves el hombre que lo que quería era llevar compañía que eso ayuda a pasar mejor el tiempo, pero ellos se quedaron fritos. Así que Chema venía casi todos los fines de semana también. La verdad es que todos pasamos lo que no deseo a nadie. Y al poco tiempo, mi niña.

- Sí, ese fue otro palo mayor aún que el de papá.

A la niña, continuó la abuela, cada quince o veinte días tenía yo que llevarla a la Residencia a hacerle pruebas, que yo no sé cuantas pruebas y análisis le hicieron. Y cuando ya no sabían que hacerle más, pues me decían que fuera todos los meses o cuando me pareciera a mi. ¡Será posible! Y cuando intentaron hacerle la biopsia pues no pudieron porque la sangre no reunía condiciones para hacerla, no le coagulaba y no se cerraban las heridas, con lo que se podía desangrar con cualquier herida que se hiciera. El día que lo intentaron no la había llevado yo, que fueron con Lolo y Manoli a llevarla, y yo le tenía dicho al médico que el día que fuera a hacerle la biopsia que me llamara, si yo no estaba allí, pero no me llamaron y la que me llamó luego fue Manoli para decirme que se la habían hecho (que lo habían intentado, vaya) y que la niña estaba malísima. ¡Mira!, cogí el camino a Córdoba como un rayo y cuando llegué me encontré a mi niña desesperadita porque, claro, la habían hecho una herida y estaba muy molesta, pero para ella lo peor es que no le encontraban el mal que tenía, que no sabían darle ninguna explicación ni remedio y ella estaba muy triste, muy triste, viendo que no le encontraban nada, que no le encontraban solución y con el carácter fuerte que tenía, muy suyo que no se dejaba dominar por nadie, que no hacía ni amistades que pudieran dañarla, pues lo pasó mal, muy mal. Ya ves tú si lo pasaría mal que es casi lo único que tiene escrito en su diario, la mala racha que pasó en aquel tiempo. Ella hacía tiempo que había empezado a escribir un diario y en él tiene poco escrito: algo sobre un muchacho que le gustaba a ella de San Fernando pero que el muchacho parece que nunca le dijo nada y algunas cosas sobre las amigas aunque poca cosa, lo más había era sobre lo que ella estaba pasando con la enfermedad que no se sabía que era. Ya ves tú que yo intenté leerle el diario alguna vez, nada más que por ver que pensaba, que pasaba por su cabeza, pero no pude porque ella tenía una cajita con una llave y allí lo guardaba, así que no lo pude leer hasta que ella murió. Y aquí lo tengo guardado como..., un tesoro. Y ya ves, en que poco tiempo se fue, porque es que la muerte de la niña fue tan rápida y tan mala, tan mala.

- Mamá, yo creo que es que nunca quisimos ver que la niña tenía algo malo, que tú misma decías que tu niña te

necesitaba aunque yo creo que en realidad la necesitabas tú más a ella después de que falleció papá, porque así volcabas hacia ella todo lo que tenías, todo tu sufrimiento tratando de refugiarte en sus males, pero sin querer reconocer que en realidad era fatal lo que tenía. Todos creíamos que estaba delicada, que era débil, que no tenía una buena salud, pero nunca que fuera algo terminal. Yo creo que ese fue nuestro mayor dolor. Porque cuando yo me enteré de que la habían ingresado, bueno, fue otra impresión tremenda. Resulta que cuando me llamaron mis hermanos a la oficina pues yo me había ido a comer, así que llamaron a Francisca y ella se fue inmediatamente a la oficina, así que cuando yo llegué de comer, estaba ella allí esperándome y eso que ella no había ido nunca a mi oficina. Así que el susto que me llevé de verla allí fue espanto que se trocó en dolor y derrumbe cuando me dijo lo que pasaba. Porque a mi no se me había ocurrido nunca que esto pudiera pasar y fue como si me dieran un mazazo, un golpe que, además, para mí era doble porque yo veía que con la niña te ibas tú también, que si te quitaban a tu niña, tú la seguías. Y ya ves, la naturaleza de las personas resisten lo que le echen.

- Así es. Aquí seguimos aguantando lo que nos tenga reservado la vida.
- Recuerdo que ese día, según me dijo Francisca lo que pasaba, cogí el coche y salí para la Residencia donde estaba ingresada la niña de inmediato y aunque trataba de ir tranquilo, iba muy mal, y en las cinco horas de viaje más o menos que eché ese día me estuvo lloviéndome todo el camino, a veces torrencialmente tanto, que aún siendo por la tarde no se veía nada y había que llevar las luces encendidas e ir muy despacio porque hasta las rayas de señalización estaban borradas por la lluvia, y entre que no se veía, mis ojos llorosos y aquel plan, lo pasé fatal, yo creo que ha sido el peor viaje que yo haya hecho nunca.

Cada uno hemos dejado atrás no pocas cosas, replicó la abuela. Pues te decía, que el día que ella cayó había estado en casa comiendo con el novio, que era la primera vez que Juan

comía en casa, y después de comer se fueron ellos a dar una vuelta. Y serían ya las doce o la una de la noche y yo estaba levantada esperando que regresara, aunque a ella no le gustaba que yo la esperara levantada así que cuando yo oía que ella llegaba, pues entonces me iba y me metía en la cama, pero yo siempre esperaba levantada hasta que ella llegara y, ese día, como tardaba, estaba yo ya en el baño aseándome para meterme en la cama cuando oí que llamaban a la puerta y me acerqué y los oía que decían no se qué de las llaves, porque ella siempre llevaba la llave, de ahí que a mí me sorprendiera que llamaran, pero les oía eso, no se qué de las llaves, y ya abro y le digo ¿qué pasa? y dice él, nada, que María no encuentra las llaves y no puedo abrir, porque él estaba intentando cogerle las llaves y abrir y yo, al ver aquello, vuelvo a preguntar ¿pero qué es lo que pasa, hija? Y dice, nada mamá, que ya vengo como el “torcido”, no ves como traigo la boca. Me quedo mirándola y traía la boca toda descompuesta pero le digo ¡anda ya! ¡que vas a tener la boca torcida! Eso es lo que te parece a ti, responde, no lo ves. Digo, anda, ¡vamos para adentro! y él, que la llevaba agarrada, casi en volandas porque ella no podía, ya la entró en la casa y yo le digo ¡échala en mi cama! pero ella dice no, mamá, en mi cama, en mi cama, digo bueno échate dónde quieras y con las mismas salí yo corriendo para arriba para llamar a Chema pero estaba tan nerviosa y aturullada que al que llamé fue a Julián, que sabes que entonces vivía en la casa con nosotros, y se levantó Julián y Belinda y decía ella, pero si esto no es nada. Y yo digo, nada, pero ya estamos en la Residencia. ¿A la Residencia me vas a llevar con esto? dice ella. A la Residencia, que allí sabes tú que hacen lo que te tienen que hacer y te ponen lo que te tienen que poner y a ti no se te va a quedar la boca como al “torcido”, que él le ocurrió por no ir a tiempo, así que, ¡vamos! Así que cogí los papeles de ella de la Residencia, que yo siempre los tenía a mano y todos juntos, y los metí en el bolso y Juan dice, os llevo yo, así que no llamé a nadie más. A nadie. Y como tu hermano Julián tiene tantos cojones y la otra igual que lo primero que le dice cuando la vio fue ¡Ay María! ¡Cómo tienes la boca!, con un gesto de horror, que yo la corté diciendo: ¿qué tiene en la boca? Nada, no tiene nada. ¡Aay! es que me parecía que la tenía,... ¡Nada!, no tiene nada, dije.

¡Vamos, andando! Y salí con mi niña y nos pusimos en Córdoba en un santiamén y la ingresamos y ahí empezó el calvario. Enseguida empezaron a desfilar médicos por allí, ya viene uno, ya llega otro, ya le consultan a un tercero; el uno decía una cosa, el otro otra, yo que sé porque pasaron por lo menos treinta médicos por allí y aquello a mí no me gustaba nada, nada, yo estaba, sin estar en mí. Porque ella estaba ya acabadita, estaba floja, sin ganas de nada, no hacía nada más que decir ¡dejadme ya! ¡Ya está bien! ¡Dejadme que duerma, que tengo sueño! Y ya al final la dejaron allí, en el pasillo porque no había habitaciones libres, pero ingresada y ella me dice: mamá, tú vete, que te lleve Juan que yo estoy bien aquí. Sí, tranquila, que ahora me lleva le decía yo, pero yo que me iba a mover de allí, de su lado, si nada más la dejaron los médicos allí en el pasillo dio una arcada que echó fuera todo, yo no sé ni lo que echó, estaba, bueno, ¡yo que sé! Total que ya Juan se fue a marchar y le dice ¿no me das un beso? ¿Es que así con la boca torcida no me quieres? dijo para tratar de animarla y ya ella le dio un beso y él se marchó. Pero ella ya no estaba casi consciente, no hacía nada más que dormir y dormir y así estuvo toda la noche, allí en el pasillo durmiendo y yo a su lado. Y al día siguiente por la mañana temprano, como yo sabía que por allí entrarían todos los médicos, estuve atenta hasta que vi entrar al médico que la estaba atendiendo a ella de pago y me fui hacia él y, nada más verme, me dice: ¿qué pasa? Pues ya ve, que estoy aquí con la niña y yo creo que está muy malita. Y me pregunta ¿quién la ha visto? Y le digo ¡yo qué sé! quien es el que lleva el ingreso porque la han visto muchos. Bueno, vamos a verla, dice. Mira, cuando la vio el hombre se quedó ...que no sabía que decirme. Y, ya dice, voy a ver al médico que la ha ingresado y ahora mismo vengo a decirte lo que sea. Así que se fue el hombre y al poco rato subió con el médico que la llevaba y la estuvieron viendo los dos y ya, cuando se fue el otro médico, me dice: hemos tenido mala suerte. ¿Porqué?, le dije no sabes tú con que congoja. Dice, porque lo peor que le podía dar, le ha dado. Tiene una embolia y eso no se puede operar y eso es lo peor que le podía pasar, porque no hay remedio. Así me lo dijo el hombre, sin tapujos porque, por otra parte no se podía negar lo evidente, y yo estaba allí sola, más sola que la una cuando recibí la noticia.

- ¡Vaya trago!, mal trago, quiero decir.
- Sí hijo. Pero como era muy temprano pues no había ido nadie todavía. Luego empezaron a desfilar por allí el médico que la atendía a ella en la Residencia, las enfermeras, todos, porque fueron a verla todos. Todas las enfermeras que la habían atendido cuando ella estuvo ingresada fueron a verla y más, que aquello fue una romería. Pero ya mi niña no volvió a poder hablar, casi ni a recuperar la consciencia, sólo cuando tú llegaste fue cuando habló, lo poco que te dijo. Eso fue lo único, ni quejarse, ni nada de nada.
- Y me conoció, sonrió con tristeza Marcos.
- Sí, te conoció y también, ahora que me acuerdo, conoció a otra muchacha que fue a verla, que era una amiga que ella tenía en Córdoba de cuando estuvo un tiempo viviendo ella con Maribel, cuando estaba estudiando allí, y fue la muchacha a verla. Pero fue a los únicos que conoció. Los tres días que pasó así fueron, yo que sé, terribles, terribles. ¡Qué pena más grande, Dios mío! ¡Vaya tres días que pasamos! Porque a pesar del cansancio, a pesar de no dormir, que nadie se fue ni a dormir ni a descansar un poco, allí estuvimos todos, todos, que si mi niña hubiera visto allí a todos sus hermanos y a todos ... yo que sé, es que a ella la querían todos, todos sus hermanos tenían yo que sé con la niña, que es que ella se daba a querer, con sus hermanos, con sus sobrinos, porque mira tú que al Rafa y al otro, y al otro, a todos. Y a la niña de Daniel, que ella no la llegó a conocer porque Josefa estaba embarazado entonces y ella le dijo a su hermano que le pusiera su nombre a la niña y que ella iba a ser la madrina. Y así, luego, se le puso su nombre aunque ella ya no pudo hacer de madrina. Pero su hermano, no le dijo ni mu. ¿Qué quieres que le pongamos María a mi hija? Pues María le ponemos, no importa que los otros abuelos o nosotros nos guste otro nombre. Así es que para que seguir si es que la niña nos mató un poco a todos, porque a mí me dejó que, que,...Y al poco tiempo pues hubo que casar a tus hermanos que

con las bodas, cuando ya me quedé yo sola, me hicieron sufrir bastante. Porque después de morir papá y luego la niña, para mí las bodas eran un suplicio, el no estar ellos era, ...

XI

Las bodas de algunos de los hijos, han sido más motivo de dolor que de alegría para la abuela, al no poder tener en esas celebraciones tan especiales a toda su familia. Pero su marido sólo pudo casar a los cuatro primeros. Los demás, le ha tocado casarlos a ella sola, eso sí, rodeada del resto de sus hijos, pero sola como cabeza de familia aunque siempre acompañada por alguno de sus hijos mayores en esa función. Y toda la parafernalia, preparativos y demás circunstancias que rodean a una boda, pues a ella le causaba bastante pena que dos de sus seres queridos no pudieran vivirlos. Y las bodas en las que estaba reciente el fallecimiento de su marido o hija, fueron especialmente duras de vivir. Este que lo cuenta hacía de cabeza de familia acompañando a su madre en la boda de su hermano Ramón, estando reciente el fallecimiento y era la primera que se celebraba desde entonces aunque anteriormente se habían casado Rosina e Iván, pero en las de éstos no hubo celebración, sólo reunión de la familia y nada más. Y pasó el trago de hacer el papel y ver a su madre como a cada momento le decía, niño, ¡vámonos a casa!, a lo que yo le decía, aguanta un poco hasta que por lo menos lleguemos al salón, nos sentamos un ratito y nos vamos a casa. Pero ese escaso tiempo fue un gran dolor para la abuela. Claro que antes había tenido que librar otras batallas, con las dos anteriores. Porque ella se negó a que se celebraran, es decir, no se negaba, a lo que se negaba era a asistir a ningún tipo de celebración. Yo voy a la Iglesia, les dijo la abuela, os caso, y después vosotros hacéis lo que queráis. Y trabajito costó que no se celebraran, porque sobre todo la de su hijo Iván pues como para la que iba a ser su esposa era la primera hija que casaban sus padres, pues querían una gran celebración, aunque a su hijo Iván le daba igual.

- Con tantos hijos, tenía que haber muchas bodas, es lógico, dijo Marcos
- Sí, es verdad, pero yo pasé mucho en las bodas de tus hermanos desde que papá murió. Al poco tiempo se casaron Iván y Rosina. Y cuando mi Rosina entró con el vestido de novia y dijo que se quería hacer una foto con él, con la foto de su padre,... yo que sé lo que me dio,... y fue y se sentó allí al lado del comodín dónde estaba la

foto de y allí se hizo ella una foto. Y con Iván pues igual, ya que como la novia quería celebrarlo por todo lo alto y yo les dije: si queréis así, conmigo no contar, que yo no estoy para celebraciones. Y después fue Ramón, que ya sabes tú lo que pasé yo, porque esa me obligasteis a celebrarla, aunque es verdad que me llevaste a casa enseguida. Luego ya siguieron Chema y Bernardo, aunque la de Chema se celebró pero sólo con los padres, hermanos y sobrinos, sin más invitados ni de la familia siquiera. Y mi Julián y mi Fernán y mi Daniel... No he pasado yo nada con los casorios. ¡Padecer, padecer y padecer!

- ¡Vaya palabrita!, “casorios”, dijo su hijo riendo, como si fueran de segunda división. Y de los noviazgos de los hijos y de los nietos ¿qué cuentas?
- Pues hombre, rió también la abuela, ¡yo que sé!, los nietos la mayoría están todavía pequeños y de noviazgos de los hijos poco hay que decir, ya ha pasado el tiempo y además no quiero entrar en ese terreno, que es propio de cada uno de vosotros, aunque también he tenido mis cosas con esos temas.
- Pero es que yo no sé lo que es un nieto, por ejemplo.
- ¿Qué tú no sabes lo que es un nieto? Pues cuando lo tengas lo sabrás, ja, ja, ja.
- No mujer, lo que quiero decir es que yo no sé lo que pasa, lo que uno siente cuando empieza a ver a los hijos casados y empiezan a llegar los nietos.
- Pues lo que ocurre es que quieres a los nietos exactamente igual que si fueran tus hijos, no hay ninguna diferencia. No sé porqué es así, pero es la verdad, no aprecias diferencia entre el cariño a un hijo y a un nieto. Es casi como si fuera yo la que sigo teniendo hijos porque hasta cuando tiene una barriga, yo tengo la misma sensación, que hasta que no lo echa yo estoy preocupada. Y las enfermedades, el colegio, todo me afecta de igual forma que con los hijos. Y lo peor es que la educación que ahora se da a los hijos es... diferente, con demasiada libertad y vosotros, los padres, cargando y trabajando al

máximo para darles todos los caprichos. Porque tenemos algunos casos que ¡vaya papelón! Parece que algunos padres tienen la obligación de trabajar para que los hijos vivan como les da la gana.

- Ciertamente mamá, la educación que se da ahora a los hijos es diferente a lo que se hacía antes. Parece que queremos ser los mejores padres del mundo porque les damos todos los caprichos, pero eso es un error que cometemos y que después a ellos les costará reajustar su vida a la realidad. Pero vamos a seguir con las bodas, que hay alguna cosa que no recuerdo muy bien. Algunas veces hemos hablado de las bodas de entonces, que tú dices que se servían dulces. Yo me acuerdo de haber servido en una boda, no sé de quién y siendo niño y la forma en que se hacía era que una pareja, chico - chica, que yo no recuerdo si me acompañaba Andrea o quien, iban, el chico con una botella de vino sirviendo copas (todas en el mismo vaso) y la chica iba detrás con un plato o bandeja con chorizo, salchichón, queso, etc. Esos eran los primeros pases. Más tarde se pasaba con los dulces y, a veces, con una botella de anís sirviendo también una copa. Y al final, se pasaba ofreciendo cigarrillos.
- La última boda que yo recuerdo con dulces fue la del tito Lolo, dijo la abuela. Luego ya empezaron con el salchichón y esas cosas. Y la última que se hizo con bestias fue la mía, porque antes íbamos a casarnos con bestias. El padrino llevaba a la grupa a la novia y el novio a la madrina, así que a mí me llevaba padrino y papá llevaba a Lola. Y así íbamos al pueblo cuarenta o cincuenta personas montando sus bestias y acompañando a los novios. Y se armaba un buen alboroto porque algunos le pinchaban a las bestias de los otros y carreras para un lado y para otro con una polvareda enorme y ellos con sus botellas en los bolsillos y dándole tragos, en fin, un acontecimiento. Entonces había allí una maestra que se llamaba doña Julia que disfrutó de lo lindo en mi boda porque aquello le encantaba a ella, aquellas carreras,

aquel gentío de juerga, aquel ambiente le hizo una gracia tremenda. Y la verdad es que era un espectáculo. Y una vez casados, nos fuimos a celebrarlo al molino, que lo hicimos en la puerta, en lo que hacía de patio no dentro de la casa, y allí nos reunimos todos y se celebró.

- O sea, allí la *pastelada*.
- Sí, claro, allí tomamos los pasteles. Que se hicieron muchos porque se hicieron en las dos casas.
- ¡Ah!, ¿es que cada parte hacía los suyos?, se extrañó Marcos.
- No siempre. A veces se juntaban las dos familias para hacerlos. Pero en mi caso ellos hicieron los suyos y nosotros los nuestros, bueno que nos pusimos de acuerdo para hacer unos unas cosas y otros otras. Tú haces los *soplanos*, yo las *perrunas* o lo que fuera aunque lo normal era que se juntaran las dos familias para que salieran todos los dulces iguales, que si no a veces unos salían mejor y otros peor y para no quedar mal nadie, se juntaban y salían todos igual, mejores o peores.
- Y después de la *pastelada* a “retratarse”, quiero decir, a dar dinerito ¿no?
- Si, después daban su regalo, dijo la abuela, pero entonces se daba muy poco dinero. El que daba mil pesetas ese era un autentico potentado y familiar cercano que si no, nada. La mayoría daba cinco duros, quince duros, veinte duros como mucho. Nosotros juntamos unas cuarenta y cinco mil pesetas, que era mucho dinero entonces, pero es que nosotros somos muchos de familia y además, algunos con dinero. Así que nos hicimos con un buen dinerito que nos sirvió para hacer la casa y comprar algunas cosillas que mama Carmina no me había comprado, porque ella me compró muy pocas cosas.
- Y ¿ahí acababa todo?, nuevamente preguntó su hijo.
- Ahí acababa la boda. Al día siguiente venía el levante que, en nuestro caso, vinieron los más allegados que ya eran muchos y nos despertaron y levantaron y nos subieron a una borriquilla que teníamos muy viejecita, la pobre, y en la borriquilla nos dieron un paseo por ahí,

fuimos hasta la taberna del Jarapo y allí tomamos unas copas y nos metieron dentro de la taberna con burra y todo y cantando y diciendo parches todo el camino. En eso consistía el levante, en darle un poco la tabarra a los recién casados la mañana siguiente de la noche de bodas. Y esas eran las celebraciones porque antes no se hacía la despedida de solteros, como se hace hoy. Y bueno el tema se remataba haciéndote las fotos de la boda, que eso no era ese día porque había que ir fuera. Nosotros fuimos a Las Ramblas a hacérsela y fue en marzo aunque yo me casé en enero y recuerdo que fuimos en una mula y nos hicimos las fotos, descansamos un rato a la sombra de un olivo a la vuelta y eso fue todo. Ahí terminó la sesión y boda.

- Y ¿porqué no las hicisteis en el pueblo de las Torres?
- Porque entonces el capricho era hacerlas en las Ramblas. A las Torres íbamos de excursión, al médico o a otras cosas.
- ¿Y qué era lo de las “cencerrás”?, preguntó su hijo.
- Eso se le hacía a las personas que se juntaban sin casarse. Cuando dos personas se iban a vivir juntas sin haberse casado, que también los había entonces aunque más que nada personas que habían enviudado o eran mayores, se les hacía una cencerrada que era, ni más ni menos, que ir la noche que se juntaban (o cuando se enteraban de que se habían juntado) y estaban un rato tocando cencerros y latas y no los dejaban dormir en toda la noche. Eso era la *cencerrá*.
- Y en la casa de mama Rosa, no recuerdo yo ninguna boda. ¿Se hizo alguna?, preguntó Marcos.
- Pues estando tu chico se hizo la boda de la tita Carmen que a lo mejor es en esa dónde dices tú que repartiste, porque tendrías cuatro años porque estaba Maribel para nacer.
- No, yo de lo que me acuerdo de chico allí es del patio y de las matanzas, que era el tito Santiago el que mataba. Me acuerdo perfectamente como le metía el aquel enorme cuchillo buscando el corazón del cerdo y, para reírse ellos

de mí, me decían tú muévele el rabo que así sufre menos. Y claro el cochino lo que hacía era cagarse y ellos se partían de risa. Que me pillaron la primera vez, pero no más. Y me acuerdo que en una matanza mataron también un gallo y un pavo, porque tú sabes que el día de matanza se comían unos chuletones a la parrilla enormes y además, ese día, había comilona general. Pues el día a que me refiero, habían matado un gallo y un pavo y yo me acuerdo de la impresión que me dio cuando el pavo, después de muerto y estando ya casi pelado del todo, dio un salto enorme - se ve que todavía tenía vida o fué el estertor de la muerte -, y a mi aquello me asustó, porque yo no entendía como estando muerto el animal podía moverse con aquella fuerza que lo hizo. Y me causó una gran impresión

- A lo mejor del que te acuerdas es de un gallo que maté yo en la casa que hizo lo mismo, preguntó la abuela.
- No, no. Me acuerdo del pavo en la casa de mama Rosa. Pero la boda que yo te decía, quizá fuera la del tito Julián o de la tita Carmen, no lo sé, se hizo en el molino, seguro que Andrea se acuerda, porque yo creo que era ella la que venía conmigo.
- Sería esa porque entonces repartían todos los familiares, hermanos, sobrinos, amigos y los que estaban al frente, organizando, venga id por allí que allí no habéis llegado,..
- Sí, sí, exacto, me acuerdo, rió Marcos. Que enseguida a dónde no se había llegado alzaban la mano como pidiendo. Y luego los comentarios que se hacían: pues por dónde yo estaba sólo pasaron dos veces o qué poca cantidad de queso había, por ejemplo, en fin, que la gente se ve que iba a comer más que a otra cosa.
- Sí, ja,ja,ja. Estaba gracioso. Y otra boda que fue muy bonita fue la de padrino, que nos divertimos mucho y hubo de todo. Bueno tan de todo que hasta padrino se peleó con Pepita su novia, bueno su mujer, porque se casó al día siguiente, pero se pelearon un día antes y me decía a mi Pepita ¡anda!, ve y dile esto ú lo otro y yo le decía, pero díselo tú, no, contestaba ella, que me he

peleado con él, ja, ja, ja y yo le decía ¡y entonces como es que te vas a casar con él! Lo pasamos muy bien.

XII

Lo que contaba la abuela de cómo era la vida que la rodeaba en su infancia, incluso en los primeros tiempos de su vida matrimonial y con hijos pequeños, dejaba traslucir una forma de entender ésta supeditada al trabajo y a cubrir las necesidades más inmediatas, aunque también había pasajes festivos, pero parece que tenía menos importancia lo que debería ser una preparación, educación y formación para enfrentarse a los múltiples retos que a todo hijo de vecino se le presentan en la vida. En su tiempo y en su ambiente, a los hijos se le daba una mínima enseñanza de las “*cuatro reglas*”, como se decía entonces, y con eso bastaba. Y eso a los varones que a las hembras, a veces, ni eso. Y la educación consistía en el debido respeto a sus mayores y a las tradiciones familiares. Poco más. Nada de educarles para emprender nuevas metas, sólo seguir las trazadas por sus padres y antes por sus abuelos. Los que tenían la oportunidad de continuar sus estudios más allá de la enseñanza primaria y, en algunos casos, aún de recibir ésta, eran rarezas, pero los que lo hacían, empezaban enseguida a vislumbrar otra forma de entender la vida, al empezar a relacionarse con otro mundo. Pero allí, en el medio rural, la vida y la muerte era algo cercano, algo que se vivía de forma natural por su relación con el mundo animal, en el que desde niños se podía contemplar cómo nacen y mueren éstos y como se aparean. Eso lo sabe cualquier niño, por pequeño que sea. Y lo sabe también porque entonces los hijos nacían en su propia casa ayudados, en su caso, por una matrona y las muertes de sus familiares también se vivían de la misma forma, incluso se podía tener un conocimiento cercano de lo que era el apareamiento entre personas, dadas las formas sencillas de distribución de las casas. Pero esa era su educación: básica en las reglas de la naturaleza con la que convivían, pero escasa en cuanto a las posibilidades reales de desarrollo y progreso, así como de libertad de acción, elección y movimientos y, por supuesto, de la hermosura de unas relaciones con los demás basadas en la igualdad. Siempre ha habido ricos y pobres, nobles y plebeyos, cultos y patanes. Pero entonces, además, había que dejarlo claro. El señorito tenía que ejercer de señorito y el gañán de gañán. Cada uno en su sitio. Pero no te educaban con respecto

a las relaciones humanas, nadie te daba explicaciones de lo que te podía ocurrir y como enfrentarte a ello. Por no hablar de los temas sexuales, temas tabú, sobre todo para las mujeres. Porque a los hombres, siempre había otros hombres – hermanos, tíos, amigos - que los llevaban de putas siendo aún jóvenes, para hacerlos hombres, como se decía.

Por eso las nacidos en el medio rural sobre todo o en pueblos y aldeas lejanas de una cierta calidad de vida, al llegarle la hora de los zarpazos que antes o después les dará la vida, sufren por su falta de comprensión de la realidad. ¿Por qué me pasa esto a mí? se preguntan, sin encontrar respuestas ni entenderlo. No han sido preparados para afrontar una realidad adversa. En esta familia ocurrió con las dos trágicas muertes del cabeza de familia y de la niña de 21 años, si bien antes con el que falleció a los tres meses y medio, ya se notó un primer palo ¿porqué me tiene que pasar esto a mí?

Cuando uno empieza a entender estas cosas, empieza a su vez a estar preparado, a tener asumido, de alguna forma, que el dolor forma parte de la vida tanto o más que la dicha. Que hay cosas buenas y otras que te cuestan media vida. Pero así son las cosas, así es la realidad y la vida: una mezcla de lo blanco y de lo negro, de un sabor agrisado donde, por encima de todo, tú intentas que lo último que prevalezca sea lo blanco, lo alegre, la felicidad. En eso ponemos todo nuestro empeño. Y si lo conseguimos, aunque sea a medias, podemos darnos por satisfechos.

- Yo he pasado mucho, hijo, con todo, continuaba la abuela con sus recuerdos. Porque hasta con los colegios yo tenía lo mío. Primero a los colegios que ibais aquí, en los olivares y después los que ya pudisteis ir al pueblo, que tú fuiste el primero y no pasé yo nada, que tenías que ir muchas veces solo y tan lejos y tú tan pequeño. Porque mi empeño siempre ha sido educaros lo mejor posible ya que ni tu padre ni yo tuvimos esa oportunidad.
- Mamá, una cosa es la educación para la vida y otra la enseñanza que recibas. De todas formas, papá sabía bastante, mucho diría yo, para el tiempo que le tocó vivir y las condiciones de su casa, una vez fallecido el abuelo.

- Pues sí que sabía, si, pero el apenas fue a la escuela. El lo que sabía se lo enseñó la vida, más que nada, y su padre, porque yo no sé si tú te acuerdas que él decía que “había ido tres días a la escuela nada más”. Pero su padre sabía mucho, mucho, era muy capaz, un hombre muy bajito, pero muy capaz para todo, sabiendo estar. Y claro eso se lo metió él a sus hijos, sobre todo a los más mayores como tu padre que fueron los que pudieron aprender un poco de él. Pero tú padre fue solo unos días a la escuela, porque dice que le había pegado el maestro y a él no le pegaba nadie. Así que cogió su cartera y se fue y su padre lo dijo que bien, que no fuera, ya sabes tú que entonces no había la presión que hoy hay por la enseñanza, aparte de no haber colegios como hoy, que entonces se transmitía de padres a hijos lo que éstos sabían. Y eso fue la enseñanza que recibió tu padre hasta los catorce años en que falleció su padre. El resto, lo ha hecho él porque el era muy decidido, se fijaba en todo, se relacionaba con todo el mundo y de ahí ha sacado él su educación, de la vida, de las relaciones, de los tratos. Tu padre con lo que era, si lo hubieran dejado ir a América, ya que un tío suyo se lo quiso llevar allí, un hombre con bastante dinero que era hermano de tu abuelo aunque yo no sé quién era, no lo conocí nunca. Pero claro ¿cómo iban a dejar marchar a su niño? Eso de dejar ir a un hijo lejos entonces, era bastante raro, no había esa mentalidad. Pero si se hubiera ido ...
- Pues no te habría conocido y no estaríamos hoy hablando tú y yo de éstas cosas.
- Ja, ja, ja, Sí, claro. Pero tu padre era muy capaz, muy echado para adelante.

Ya, pero para con sus hijos, era más bien tímido, no les alentaba a volar solos, dijo su hijo. Tú sabes que cuando yo me quise ir voluntario a la mili, lejos claro, él no quería porque decía que yo me quedaba en Córdoba y allí con las amistades que él tenía no iba a hacer casi la mili. Yo le dije que no era eso lo que yo quería, que yo quería conocer otros lugares, otra gente, valerme por mí mismo. También me pudisteis meter en los

salesianos, que ya ves sería yo ahora cura u obispo por lo menos, eso sí, cachondo porque a mí las mujeres me gustan más que las sotanas, ja, ja. Pero tampoco me dejasteis ir, aunque es verdad que tú si has sido siempre más decidida para estas cosas, tú no ponías pegas al que quisiera labrarse un futuro de otra forma. Pero él era más miedoso, por llamarlo de alguna forma. Me acuerdo una vez que iba yo con mis botas al hombro para ir a jugar un partido de futbol que tú sabes que todos los domingos jugábamos y me daban de lo lindo en cada partido y yo creo que él tenía miedo de que me pasara algo, el caso es que me lo encuentro en la calle yo con mis botas al hombro y me dice: ¿qué, donde vas hoy? Pues vamos a tal sitio a jugar, le digo. Y va él y se echa mano al bolsillo y saca dos mil pesetas, que eso era un pastón entonces, y me dice: toma y vete de putas o por ahí de juerga, pero no vayas al futbol. Yo le dije, pero papá si yo prefiero ir a jugar al futbol antes que irme de putas, hombre, no ves que con esto me divierto más. Yo creo que él lo pasaba mal, por lo que nos pudiera pasar estando lejos de él. Con esto del futbol, no sé si te acuerdas, que al final sus amigos le convencieron para que fuera a ver un partido, que él no iba nunca a verme jugar y eso que a él le gustaba el futbol y a mi de niño me llevaba todos los domingos en la vieja bicicleta a ver el partido que hubiera, que seguro que de ahí me viene la afición. Pues le convencieron sus amigos ya que le decían, pero ¡coño Pepe!, no vas a ir a ver a tu hijo si es uno de los mejores. Total que le convencen un día, con la mala fortuna de que ese día me dieron una patada que caí yo aparatosamente, aunque no me pasó nada ya sabes tú que entonces estaba bien preparado, pero como fue una patada muy fea, pues se armó una buena bronca en el campo que hasta se suspendió el partido, vamos se dio por terminado. Y el se dijo ¡en que maldita hora, he venido yo a ver a mi hijo! Y ya no volvió más a un partido en el que yo jugara.

- Si él lo pasaba mal con esas cosas. Me acuerdo que también se fue Lolo a hacer un cursillo a Madrid con aquello de los piensos que yo no sé si estaría en tu casa, no, yo creo que los cursillos los dio lejos de tu casa y se quedaría por ahí y a él no lo hizo ni pizca de gracia que se fuera.

Es lo que yo te digo, mamá, que a nosotros, y hablo en términos generales, nos ha faltado esa capacidad de tomar iniciativas que nos llevaran lejos, quizá porque hemos estado demasiado atados a las costumbres. Tú sabes que yo muchas veces te protesto cuando empiezas a decir, niño ¿has comido? ¿quieres café?, etc., como si fuéramos niños a los que hay que mimar, que es lo que tú has hecho siempre, porque yo me acuerdo de cuando nos llevabas el café a la cama, sobre todo a Bernardo, y empezabas ¡vamos! ¡Levántate! ¡Despierta!, que tú has sido el despertador de todos. ¿Es que no hay despertadores y somos adultos? ¡Pues que cada uno se responsabilice de levantarse, de ir a trabajar y de lo que tenga que hacer sin que tú tengas que estar siempre pendiente de todo! Pues eso es lo que yo te digo con respecto a la educación, que nos habéis dado toda la enseñanza que ha sido posible o que hemos querido porque alguno no ha querido seguir o hacer determinados estudios, prepararse, pero no el educarnos para ser decididos, capaces, para enfrentarnos no sólo a los retos del trabajo o de los negocios sino a los más importantes de la vida, de las relaciones humanas. En eso nos habéis mimado demasiado o, dicho de otro modo, nos habéis dado pocas alas para volar lejos y con seguridad. Lo que en ese terreno hemos hecho algunos, ha sido más por iniciativa propia que por inducción. Y nos habría venido muy bien una ayudita y conocer esos terrenos que bien difíciles que son.

Verás, continuó Marcos: Yo he discutido, en el buen sentido se entiende, con papá muchas veces de esto, de las formas en que recibíamos la educación. Porque él decía: es que tú le debes mucho a Curro, porque si él te ha enseñado, que si él te ha ayudado. Y yo le contestaba: Pero vamos a ver, papá; yo estaba trabajando allí, le estaba haciendo un trabajo y yo cumplía y él me pagaba. Eso es todo. Ni yo le debo a él ni él a mí. Y que he aprendido mucho allí, seguro. Pero porque yo he querido aprender, porque yo me prestaba a ello, que si no que coño me van a enseñar nada, ni Curro ni nadie. Si uno quiere, aprende, si no, no hay maestro que sea capaz de enseñar nada a nadie. Y es que tú sabes que él, sobre todo cuando llegaban las navidades, decía, voy a llevarle un gallo a fulano, o un jamón al otro, o unas botellas a la guardia civil. Y claro, es verdad que en todos los

sitios tenía amigos y, seguro, que le habían hecho favores. Pero a mi nunca me ha parecido que esa sea la forma de pagar un favor, mediante regalos que, para mí, no tienen sentido. Si yo tengo un amigo y me hace un favor, pues cuando llegue la ocasión yo se lo voy a devolver con el mismo desprendimiento con que él me lo ha hecho a mí. Pero no mediante pago con un regalito. Pero él entendía las cosas así y esas son las cosas que yo entiendo equivocadas en cuanto a la educación que nos habéis dado.

En cualquier caso, después de la muerte de papá yo he entendido, he comprendido mejor su forma de hacer las cosas. El no podía cambiar su forma de ser, pues era la educación recibida y eso es muy difícil de cambiar. Su entorno, su tiempo funcionaba así, mediante el pago de favores para que fueras atendido con una mínima dignidad: había que pagar al médico del seguro si querías que te atendiera bien; tenías que llevarle regalos al alcalde, para cualquier trámite o papeleo; a la guardia civil, por lo que pudiera pasar, en fin un tiempo que, afortunadamente, ya está casi en el olvido, aunque rescoldos quedan.

Y lo mismo que he entendido que papá hacía las cosas así y, para él, era la mejor forma de hacerlas, también he entendido, mejor dicho, me he reafirmado en que no es posible cambiar a las personas, que cada uno es como es y que eso tiene muy difícil vuelta. Me ocurre con mi hijo, con su madre, con mis hermanos. Yo ya no intento decirle a nadie lo que tiene que hacer, ni siquiera darle recomendaciones si no me las pide. Sólo les digo a los que son muy íntimos, como haría yo las cosas, les doy consejo aunque no me lo pidan porque creo que es un derecho y un deber de todo padre hacerlo para con sus hijos o de un hermano mayor hacerlo con sus hermanos menores de edad. Pero nunca decirle lo que tienen que hacer. A los hijos hay que educarlos en libertad total para que ellos decidan, eso sí, dándoles toda la información y conocimientos que uno tenga y trasmitiéndole la educación recibida, pero sin condicionarle: no se le puede decir a una persona, por ejemplo, lo que tiene que hacer con respecto a la religión. Se le tiene que dar información sobre todas las religiones y dioses que nos rodean y, en algunos casos, casi asfixian. No se le puede condicionar en sus relaciones familiares, pues las relaciones humanas tienen sus dificultades. Si se le debe hablar

sobre esas dificultades y que mantenga el respeto debido hacia los demás, pero sin hacer un drama si en algunos casos, no hay sintonía entre algunos hermanos. Uno debe asumir que si sólo puede hablar de fútbol, toros o el tiempo con alguno, pues bien. Más vale eso que nada. Que no hay coincidencia en los asuntos familiares, profesionales, políticos o lo que sea, pues no pasa nada. Hablamos de aquello en lo que nos sentimos cómodos, tomamos una caña y punto. En resumen, la educación es poner a disposición de uno todas las opciones e, incluso, hacer una valoración de ellas. Pero es la persona, cada persona, la que tiene que elegir. Y para eso, para tener capacidad de decisión, no se puede educar a los hijos en una sola dirección. Hay que ser abiertos y hacerle ver los caminos posibles: los buenos y los malos, o los que creemos que son los buenos y los malos, para ser más precisos.

- Si, tienes razón, no digo que no, dijo la abuela. Pero la vida de cada uno transcurre en su tiempo y no en otro y es verdad que lo que tu padre hacía, o lo que yo podía hacer, era con la mejor intención de ayudar a sus hijos. Una vez me dijo, porque no sé si le preguntaste tú o Lolo sobre un amigo que él tenía en Madrid, no se para qué, y me dice: tú ves, todavía le hacemos falta, aunque sean mayores. Y esa era nuestra forma de ver las cosas, claro.
- Para ese amigo suyo en Madrid, que era un alto cargo en el Sindicato y yo lo conocía, me dio el una tarjeta cuando me fui a Madrid. Y en la tarjeta dice, pues todavía la conservo: “Don Ángel: El dador, mi hijo Marcos. Espero que le atienda usted como acostumbra a los buenos amigos, si a su alcance está. Como ve, busca un puesto de trabajo en Madrid. Seguro de su atención, si a su alcance está (otra vez) abrazos para usted y saludos a su señora”. Pero yo nunca fui con la tarjeta a este señor a pedirle un favor. Yo no sirvo para eso, mamá. Y me gustaría haber ido, sólo por darle saludos de parte de papá, pero sé que si voy pues le iba a poner en el compromiso de interesarse por lo que yo hiciera y a mí nunca me ha gustado tener que agradecer nada a nadie. Yo sé que a papá le hubiera gustado porque él si hacía las cosas así,

pero yo no podía. Y creo que él nunca supo que yo no estuve a ver a su amigo.

- Si lo supo, él sabía que tú no usaste la tarjeta. Pero él funcionaba así: a éste le hago un favor, a aquel le tengo que agradecer, al otro le mandó un regalito, etc. El hacía así las cosas y tenía muchas y buenas amistades. Una vez, había no se que problema con el dinero para pagar a la gente del paro y se fue él a a gestionarlo a la oficina que llevaba lo de todos los pueblos de la provincia, que ya ves tú que el no tenía poderes, ni era nadie en aquello. Claro y en allí le preguntaron: Y usted ¿quién es? Pues yo soy fulano, diría, y allí como tenía conocidos, porque tenía amigos en todos los sitios, pues le dieron su dinero y cuando llegó aquí al pueblo, estaba ya la gente soliviantada porque creían que no iban a cobrar y al Alcalde que no sabía qué hacer. Y llegó tu padre con el dinero ¡jea! A cobrar todo el mundo, y el Alcalde le dice: ¿Pero cómo te has "apañado" para que te den el dinero? En fin que a él le iban bien esas relaciones.
- Sí yo se que era así, pero yo sirvo para ello, mamá. Si yo hubiera utilizado la tarjeta de papá, igual estaba hoy en un importante puesto en el Banco de España, que allí hice unas oposiciones y no me admitieron. No porque no hiciera bien las pruebas, no, porque terminé el primero de todos en las pruebas que hice, que fueron tres. Pasé las tres pruebas. Lo que ocurre es que yo no presenté tarjeta y supongo que otros sí. Pero es un poco a esto a lo que yo me refiero en lo de la educación. A casi todos nosotros nos han dado el puesto de trabajo sin esfuerzo y pasando de unos a otros, al menos cuando hemos sido jóvenes. Gracias a sus relaciones. Es verdad que en todos sitios hemos cumplido y eso hace que tengamos, en general, aceptación de la gente. La marca de la casa es, con alguna que otra excepción, la de gente formal, responsable y profesional. Y esto viene ya desde nuestro padre. Pero a lo que yo me refiero es que en los hermanos, sobre todo los más pequeños, siempre han buscado el apoyo de los mayores, no como ayuda sino como dependencia. ¿Qué

dice mi hermano mayor, esto? Pues estará bien. Y eso es lo que yo digo, que deberían ser más conscientes de que son ellos los que tienen que tomar decisiones en solitario, aunque pregunten a sus hermanos ú a otros sobre las posibles alternativas. Hasta que no han sido bastante mayores, han tenido esa dependencia y eso viene de la dependencia que tenían de papá y de ti. En eso no le habéis sabido empujar para que salgan al mundo real.

- Sí, eso es verdad y te lo he dicho yo muchas veces, que los pequeños van donde vayan sus hermanos mayores. Hombre, ellos ven que vosotros marcháis bien, pues detrás de ellos, se dirán. Y es verdad que, por ejemplo Julián, podía y debía haberse metido en montar una carpintería que a él tanto le gusta y lo entiende y nunca se atrevió solo a hacer nada. Y Bernardo, si no es con alguno de sus hermanos o con quien sea, no es capaz de hacer nada solo. Y los otros, excepto los mayores, pues tampoco han emprendido nada.

XIII

Los asuntos de familia, como no podía ser de otra forma en una tan numerosa, sufrían algún que otro deterioro con el tiempo de forma que la unanimidad de la infancia, de los juegos, de aquellas reuniones pascuales ú otras, llegó un momento en que hubo que dejar de hacerlas porque dividían más que acercaban o creaban problemas más que resolvían. La abuela, desde que enviudó, siempre se apoyó en sus hijos que, en cualquier caso, ellos tenían una buena relación entre sí, eso sí, con los lógicos desmarques de alguno que otro. Pero ella gustaba de oír a todos lo que tuvieran que decirle con respecto a los asuntos familiares aunque la mayoría, aún dando su opinión, siempre la decía que ella podía hacer lo que quisiera, que lo que hiciera, bien hecho estaba. Eso sí, alguno que otro de los que eso decía, más tarde no se mostraba de acuerdo con la decisión que ella tomara. No era el caso de la mayoría pero, como digo, no había acuerdo entre ellos en la forma de ver algunas cosas, y a veces había que hacerlas aunque a alguno o a alguna no le gustaran. Pero quedarse viuda, con cuatro hijos pequeños, sin un duro y con un montón de deudas que su marido no había tenido tiempo de liquidar pues si no, nadie, si se exceptúa a sus tres hijos varones mayores que conocían la mayor parte de sus cuentas y, por tanto, conocían la situación si no, digo, no habría llegado a los demás. El las habría liquidado como fuera, como siempre lo había hecho que no fue de otra manera que trampeando unas deudas con otras para sacar adelante su casa, con sus catorce hijos y la de su madre con otros nueve hijos ya que cuando fusilaron a su padre, que esa es otra historia, él era el hijo mayor con catorce años. Así que no podía ser de otra manera. Trampas hasta para cazar leones.

Pero, decía, ella tuvo que mediar y suavizar tensiones entre hermanos, actuar como cabeza de familia mientras la edad y la salud le permitían luchar y hasta casi sus últimos días tuvo que estar librando batallas por conflictos familiares pues a pesar de que sus hijos ya sobrepasaban todos los cuarenta, algunos se comportaban todavía como si fueran unos críos.

- Muchos palos me ha dado a mí la vida, repetía la abuela. Y a muchas cosas me he tenido que enfrentar en esta lucha continua con la casa, los hijos, el bar, la finca. Porque tuvimos que vender todo para pagar las deudas, pero lo que yo no creí nunca era que tuviera que vender la tierra donde todos habéis nacido, la casa, mi casa, porque esa es la que se puede llamar mi casa. Porque vamos si yo tuviera que vender hoy, si el problema se hubiera presentado ahora con todo lo que ha pasado, yo no la vendo y si me hubiera visto obligada hubiera vendido un pedazo más pequeño, yo no me meto la linde del vecino encima de mi casa como ha pasado. Y si hubiera tenido que pedir un préstamo, lo hubiera pedido antes que vender.
- ¡Ya! mamá, pero la cosa vino por lo que vino. Tú necesitabas dinero para hacerte la casa en el pueblo y te acuerdas que la idea que “parimos” tú y yo un día allí en el campo fue la de hacer una cooperativa o sociedad en la que estuviéramos todos los hermanos, darte el dinero que necesitabas y así tener todos una parte de la finca. Porque de otra manera ¿Cómo la íbamos a dividir? No se puede parcelar aquello, porque es pequeño y ni la ley lo permite ni en la realidad aquello se puede partir para tener un trozo cada uno. Por eso surgió esa idea y fue la que trasladamos a los demás. Y así, además, se resolvían los posibles problemas de herencias y gaitas.
- Así era. Pero lo que no esperábamos era que alguno de los hermanos no le pareciera bien compartir propiedad con los otros. Que ojalá no le hubiéramos hecho caso y haber seguido los demás adelante. Yo tenía que haber dicho que el que no quisiera, que se quedara fuera y hacerlo con los demás como hubo que hacerlo, en cualquier caso, más adelante. El caso es que Chema me llegó un día diciéndome eso, que había pensado que lo mejor era vender sólo un pedazo, porque tú sabes que estuvimos pensando en vender todo, pero yo decía ¡Aay! yo no quiero quedarme sin mi casa y mi campo, que allí han nacido todos mis hijos, que aquella finca era para mi

padre su favorita y para papá, que papá le tenía cariño a la finca, conocía cada olivo, cada rama, cada retoño. Y yo, que también le tengo mucho cariño, que allí he pasado una parte importante de mi vida. Así que ya, pues un pedazo ¡vale!, pero quedándonos con la casa y el resto. Pero nos tuvo que entrar de comprador y vecino el peor que podía ser, que es que le tengo una manía a éste, porque él lo que quería era quedarse con toda la finca, que un día me lo dijo: Si tú no quieres llevar la finca, yo te la llevo, me dijo. Pero en fin, nos sacó del apuro y pudimos continuar luchando.

- Estos temas familiares a veces, ya se sabe, dan muchos quebraderos de cabeza, dijo Marcos.

Y tanto, respondió la abuela. Porque cuando yo recuerdo estas cosas y las asocio con otras vivencias en mi casa, hay algunas que no hay forma de entenderlas. Por ejemplo, me pregunto a veces, vamos que lo pienso más que preguntármelo ¿cómo mamá Carmina pudo ser tan dura, tan dura, teniendo ella tanto, porque teníamos para vivir todos muy bien, y que nosotros pasáramos lo que pasamos trabajando, sin estudios casi y que ella no se condoliera de sus hijos? Si ya sé que eran otros tiempos y ella tenía doce hijos y si le daba a uno, pues parece tenía que hacer igual con los demás. Pero esto es una forma simple de decirlo porque no todos teníamos las mismas necesidades, que unos Vivian mejor y otros peor y cada uno hizo el casorio que le tocó y se cargó con los hijos que le vinieron. Así que todos no estábamos igual. Porque inclusive yo una vez hablé con papa Manuel para que le comprara un coche al tito Isidro. La cosa era que como fue el único al que se le dio una carrera, el único que ha estudiado yo pensaba que el tener una carrera pues también debería llevar asociado el tener algo más de estilo y no parecer un gañán. Porque el tito con su título de maestro en el bolsillo, se tenía que ir a dar las clases en bicicleta, que ni siquiera le compraron una moto. Así es que me fui un día a papa Manuel y le dije:

- ¿Sabe usted padre lo que tiene que hacer ahora que ha terminado la carrera Isidro?
- ¿Qué? me dice.

- Pues comprarle un coche para que no vaya por ahí a dar sus clases en una bicicleta o andando, una persona que ha estudiado una carrera y tiene una categoría que no tienen los demás debe tener también una apariencia diferente, así que lo que necesita es un coche.
- Pero yo no puedo hacer eso, me dice. Si le compro un coche, tengo que comprarle coche a los demás también.
- ¿Porqué va a tener usted que comprarle coche a todos?. Además, a Quique se lo compró y nadie a dicho nada, porque a Quique si le había comprado coche, que Quique y Lolo eran su ojito derecho. Total que así quedó la cosa, pero no le compraron coche.

Y una vez lo comenté con la tita Charo, continuó la abuela, la mujer de Lolo, y ella opinaba que él no tenía derecho ni a herencia siquiera, pues con la carrera ya tenía suficiente. Así que ni que heredara quería, la señora. Y eso es lo que hizo ella luego con sus hijos, dejar sin herencia a los que tenían carrera, porque les dejó bien poco. Porque cuando ya estaba el tito Lolo muy malo, que él ya no entendía nada, ni razonaba nada, hizo ella las partes a sus hijos. Y casi todo se lo dejó al mayor, a Manolín, que era el que más había trabajado en la casa. Pero como Bernardo tenía su carrera, pues sólo le dejó un trozo de terreno que no tendría más de 100 metros para que allí se hiciera una casa, en la finca del hermano. Y a la Mari le dejó una finquilla bien pequeñita que ella tenía, que la pobrecita de la Mari fue incluso a ver a papa Manuel llorando todo lo que se puede llorar a ver si papa Manuel podía hacer algo. Pero papa Manuel le dijo, lo que le había dicho la propia tita Charo a él, que aquello era cosa de ellos y ellos eran los que lo tenían que arreglar. A ver que podía hacer él, sino decirle que lo hiciera como le diera la gana. Así que a la Mari no pudo sino decirle que no se podía hacer nada.

Así que al mayor le dejó toda la tierra, la finca de las palomas que tú sabes que es muy buena, con mucha agua y muy buena tierra, además de la casa del pueblo. Después yo que creo se ha arrepentido, por lo menos de dejarle la casa, porque cuando la mujer de su Manolin se puso enferma, se vinieron a la casa y allí se han metido con ella. Así que ella le está criando los chiquillos, porque la nuera no puede atenderlos y es ella la que

tiene que cargar con ellos. Y ahora ni la Mari ni el Bernardo vienen a verla, porque ya no van a la casa de su madre sino a la casa de su hermano. Así que ni los dos hijos desheredados la visitan. Ellos cuando vienen al pueblo se van, la Mari, a la casa de los suegros y Bernardo igual, a la de la suegra. Y ella se ha quedado allí sola, bueno, con su Manolin.

XIV

Y eso ha sido toda mi vida, hijo, dijo la abuela casi a modo de resumen, trabajar desde que era chiquitilla, aunque afortunadamente en lo de papa Manuel, que a él le decían el pobre rico, porque como se casó con mama Carmina y él no tenía nada y ella bastante, pues se encontró de la noche a la mañana con un capital. Aunque luego fue él el que siguió comprando y al final, tendrían el doble o el triple. Y ya ves, el chacho se quedó igual, no aumentó nada lo que heredó y eso que recibió igual que mi madre.

Y parece que nacimos ayer pero no hemos dejado nada atrás. Cuando erais pequeños yo en la casa para llevar aquello para adelante y cuando íbamos a por agua, bueno que ibais vosotros, con la burra a la casa de la vieja que no podíais ni con los cántaros que teníais que llenarlos, subidos en el *pinchanclón* y arrimando allí a la burra.

- Si, de todo eso me acuerdo yo, dijo Marcos, que teníamos que sujetar las aguaderas por un lado porque sino con el peso del agua se iban abajo y moviendo la burra para que se acercara primero por un lado, luego por el otro o cuando llevábamos la burra cargada con sacos o con leña que a veces se nos vino la carga abajo porque estaría mal cinchada la burra, en fin toda una odisea para un niño que no tiene la fuerza necesaria y tiene que usar las artes y mañas que nos enseña la vida cuando te enfrentas a estas situaciones.

Cierto es que el que esto relata se acuerda de aquello y de muchas cosas más que no ha contado la abuela bien por olvido o bien porque son tantas que es imposible tenerlas actualizadas todas en lugar accesible en la memoria. Por ejemplo el recuerdo de cómo siendo niños, al menos los hijos mayores de la abuela, tuvimos que trabajar en las más variadas labores agrícolas y ganaderas robándole tiempo a la escuela o completando la jornada después de ésta, así que escuela, trabajo y juegos para los niños de entonces era todo uno. Los niños éramos mano de obra barata para sacar adelante las labores del campo y en muchos casos había que hacer (nos obligaban a hacer) trabajos de hombres.

Este, sin ir más lejos, no podía muchas veces guiar a la yunta de bestias que tiraban del arado y que acababa echando el surco por donde los animales querían. Y a duras penas podía darle la vuelta al arado al llegar al final de la besana. O cargar con peso que excedía en mucho de lo que debería soportar un niño. O manejar el pico y la pala siendo un chaval, cual si de un hombre hecho y derecho se tratara. En fin, muchas cosas habría que decir de la dureza del trabajo de entonces.

En otro orden y éste más festivo, recuerda aquellos “hoyos de aceite” que no eran otra cosa que un cacho de pan al que se le hacía un hoyo en el cual se echaba el aceite y azúcar y que eran un manjar exquisito para la merienda. O las rebanadas de pan frito mojadas en agua con sal que era uno de los desayunos más celebrados, si bien, le ganaban las sopaipas pues el día que las había era de auténtica fiesta. No me olvido de las tostadas de pan mojadas en aceite y que nos apresurábamos a remojar todo lo posible para que no quedara una gota del líquido graso. Y hay más, porque aquel cocido diario con muchos garbanzos y patatas que era lo que más abundaba, algo de berza y un poco de tocino nuevo y añejo y carne, cuando la había. El cocido era el menú prácticamente diario en cualquier casa rural en aquellos tiempos. Eso sí, algún día se mataba un gallo o gallina, que eso si había en la casa de la abuela, o cuando ésta le decía a su marido con su dulzura natural: niño, ¿porqué no matas un conejo que mañana voy a hacer un arroz?, a lo que el abuelo, escopeta en ristre salía al campo a cazar el conejo para el arroz. Porque el conejo y otros animales eran otros de los productos que nos ofrecía libremente la naturaleza. Así que ese día, comilona. Y no puedo dejar de mencionar las cenas de Nochebuena o navidad en las que, casi invariablemente, había pavo y bacalao que era uno de los manjares caros de entonces. Esos días, además, contaban con la complicidad bulliciosa de catorce hijos disfrutando en armonía.

Sobre los temas de alimentación se podría hacer un gran relato porque en las casas de los abuelos, los padres del abuelo y la abuela, y en la de ellos mismos, la mayor parte de la alimentación era de elaboración propia. Las tres casas disponían de horno donde se cocía el pan que trabajosamente se había amasado en la artesa aprovechando el momento en que el horno

empezaba a bajar de grados para hacer perrunas, roscos, tirabuzones y otros dulces. Normalmente se hacía pan una vez al mes. Y una vez al año se hacía la matanza sacrificando uno o dos cerdos, según se hubiera dado el año, con los que se elaboraban los chorizos, morcillas, manteca, chicharrones, lomos y demás exquisiteces aprovechables del cerdo, como los jamones, y todo ello era bien administrado el resto del año en la lóbrega despensa, junto a la gran tinaja del aceite, ristras de ajos y demás productos almacenables. El resto de la alimentación procedía de la huerta, de dónde se sacaba la parte vegetal, frutas y verduras y que servían de base para hacer las conservas de estos productos para que se pudieran tener también, en el invierno. Y la otra parte alimentaria, el pescado, había que contentarse con comerlo de vez en cuando, ya que el pescadero del pueblo iba con su moto o bicicleta algunas veces por aquellas zonas rurales con un poco de sardinas, pescadilla y poco más.

Otro de los temas en el recuerdo de aquella niñez y de aquellos tiempos, tiempos que parece que pasaban más lentamente y no a la velocidad de vértigo a la que ocurren los acontecimientos en éste era de la informática es, por ejemplo, el del momento de la trilla en verano que tenía lugar una vez recogida la mies de los campos. Terminada la siega, las carretas tiradas por bueyes o mulos transportaban los haces de trigo, cebada, centeno, etc., hasta la era, donde se apilaban hasta el momento de la trilla en la que, primero se daba unas vueltas a las bestias sobre la parva de cereal hasta aplacar un poco, para después meter el trillo tirado por las bestias que iba, poco a poco, picando finamente la paja y separando ésta del grano. Una vez hecho esto, se aventaba la paja con el grano hasta que ambos quedaban separados en dos montones separados, procediendo a guardar el grano en los trojes o ensacarlo y la paja llevándola al pajar o al almiar que se construía en la misma era. Todo esto dicho así, parece serio. Nada de eso. La trilla era festiva pues terminaba el ciclo de la cosecha y además los chavales, sobre todo, disfrutábamos montándonos en el trillo o revolcándonos en la paja y, llegada la noche, durmiendo todos sobre la paja en la era y al raso, bajo la luz siempre agradable de las estrellas. Una pasada.

O también dormir al raso cuando se iba con sus tíos por la noche a llevar a pastar a las bestias en los campos recién segados para aprovechar el grano dejado en los rastrojos, en unas noches de clara luna y en camas sobre el suelo con toda su dureza, pero que por el encanto y la sensación de libertad que se respiraba, eran una delicia. O los riegos a manta en la huerta que también se hacían por la noche, en las que estabas todo el tiempo descalzo sobre aquellas fértiles tierras entre tomates, pimientos o algodón, disfrutando y metido en el agua de las regueras y en la tierra fangosa. O el ir de caza con su padre o tíos, por aquellos campos siguiendo el rastro de un conejo, una perdiz, una liebre o una avutarda y cazando, al final, lo que antes se cruzara en la mira de la escopeta. Son muchas las cosas que se guardan en el baúl de los recuerdos. Y algunas, vale la pena sacarlas de vez en cuando y disfrutar del haberlas vivido.

Si cada uno de los miembros de la extensa familia de la abuela contara aquí sus recuerdos más señalados, este libro no tendría fin. Porque la familia de la abuela llegó a tener en algún momento catorce niños, y digo bien, niños pues con el último recién nacido el primero no había llegado aún a la mayoría de edad. Esto hizo que recibieran tres premios de natalidad en la década de los setenta (dos primeros consecutivos y un tercero un par de años más tarde) lo que conllevaba unas ayudas económicas importantes pues entonces se premiaba la natalidad (había finalizado una guerra en la que se perdieron muchas vidas o se tuvieron que exiliar muchos y había que reponer mano de obra). Esta faceta familiar, unida a su buen hacer en las relaciones personales, permitió al abuelo ocupar cargos públicos de representación familiar o ser un tiempo Presidente de la Unión de Trabajadores o concejal del ayuntamiento de su pueblo. Y todo ello contribuyó a sacar delante de la mejor manera posible a toda aquella prole de la que la abuela se siente orgullosa a pesar de todos los pesares. Si el tiempo retrocediera a sus comienzos, ella volvería a hacer lo mismo.

- Y de tus aficiones o las de papá no me has contado nada, quiso saber Marcos.

- A mí me gustaban los toros, no sé porqué y a papá no le gustaban. Sólo una vez me llevó a ver los toros a las Torres con otros amigos. Y algunas veces me llevaba a ver las corridas en la tele, cuando pusieron tele en el molino. Y lo que si me gustaba mucho era la música y el baile. Yo creo que si me lo hubiera propuesto habría aprendido a cantar o a tocar algún instrumento. Me gustaba mucho cantar je, je, y además no se me daba mal. Y me queda una cosilla aquí de no haber podido hacerlo que, tú ves, si cuando vosotros tocabais con el grupo hubierais seguido, seguro que lo estarías haciendo tan bien como cualquiera de los grupos que tocan ahora. Y a mí me hubiera gustado mucho aprender, ¡vaya! si me habría gustado hacerlo.

En fin, aquí pongo punto final al relato aunque las charlas con la abuela darían para mucho más, ya que lo aquí escrito sólo llevó unas siete horas de conversación con grabadora de por medio, si bien muchas más sobre estos temas en las que se dio repaso a todo y a todos.

Quiero añadir en este apunte final, el gran esfuerzo que conlleva escribir una historia como ésta y viviéndola tan de cerca, ya que cuando se hablaba o se tocaban los temas más tristes de las vivencias de la abuela, enseguida aparecían las lágrimas a pesar del tiempo y la distancia con los hechos y, además, tocaba llorar más tarde otra vez, cuando al transcribir esos momentos había que oír las cintas y como a veces no se entendía bien lo que se oía, pues había que repetir hasta el punto que muchas veces había que dejarlo y volver a ello más tarde. E igualmente ha ocurrido con los repasos dados al manuscrito para las correcciones correspondientes.

Y es que yo creo que aunque en la vida de uno siempre hay momentos buenos y malos, parece como si los malos los tuviéramos más vivos, más presentes en el recuerdo y que te hacen por una parte más fuertes ante el dolor y por otra más sensible hacia la vida.

¿Así es la vida? Parece que sí.